



Universidad de Chile<sup>[L]</sup><sub>[SEP]</sub>  
Instituto de la Comunicación en Imagen  
Escuela de Periodismo

**HISTORIAS DE CLANDESTINIDAD**  
**(Chile, 1973-1992)**

**SOFÍA TUPPER COLL**

**MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA**

Categoría: Crónica.

**Profesor/a Guía: Ximena Póo**

**SANTIAGO DE CHILE**

**MAYO, 2016**

“Existía<sup>[ ]</sup><sub>[SEP]</sub> bajo la ciudad<sup>[ ]</sup><sub>[SEP]</sub>  
una tercera ciudad<sup>[ ]</sup><sub>[SEP]</sub>  
la ciudad de la guerra.

Allí vivíamos,  
sin domicilio,  
sin retorno.

En la superficie,  
dormían temprano.

Allí<sup>[ ]</sup><sub>[SEP]</sub>  
en la tercera ciudad<sup>[ ]</sup><sub>[SEP]</sub>  
la muerte  
nos mordía los costados.”

**La tercera ciudad, María Luz García.**

## **AGRADECIMIENTOS**

A los entrevistados que pusieron a mi disposición sus testimonios de vida, por su confianza y acogida.

A la profesora Ximena Póo, por guiar esta memoria y darme gran libertad creativa.

A Juan, a mis padres y a mi hijo Damián.

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	5-9
CAPÍTULO I: La única mujer.....	10-47
CAPÍTULO II: Veinte años en la sombra.....	49-81
CAPÍTULO III: Amor en la clandestinidad .....	82-121
CAPÍTULO IV: De la mano con Gladys .....	122-161
EPÍLOGO .....	162-164
BIBLIOGRAFÍA.....	165-169

## PRÓLOGO

El año 1975 mi abuela Marcela y sus cinco hijos, entre ellos mi madre Alejandra de ocho años, debieron abandonar su país. La partida fue organizada por la ACNUR (agencia de la ONU para los refugiados), que meses antes se había encargado del traslado de mi abuelo Gabriel Colla Prado, Tato, hacia Europa.

Tato era militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), ex funcionario de la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) y fiel colaborador del proyecto de la Unidad Popular. A fines de 1973 la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) dio con su paradero, a pesar de estar clandestino y lo tomaron detenido. Durante más de un año deambuló por distintos centros de detención y tortura.

La familia se incorporó a la extensa lista de exiliados chilenos en Bélgica, un país que les abrió sus puertas con generosidad, donde vivieron ocho años. La cordillera, el olor de la empanada, los amigos, las canciones de Víctor Jara quedaban restringidos al recuerdo y el “hola” fue rápidamente sustituido por un “dag”.

Luego vino Cuba, el perfecto escenario para su reinención. Mi madre y sus hermanos estuvieron internos en el campo haciendo trabajo campesino, mi abuela, periodista, se desempeñó como corresponsal extranjera y mi abuelo trabajó para el gobierno en la elaboración de programas turísticos. La Habana, el corazón de Cuba le permitió a mi familia volver a soñar, volver a creer en el amor, en la justicia, en la hermandad. Dicen, fueron los mejores años de sus vidas, que no hay otro rincón del mundo que tenga capital humano igual. Algunos no volvieron a Chile, tengo cinco primos cubanos. Otros, como mi madre, decidieron regresar, pero chocó con un país tan distinto que a veces se siente de nuevo, como una exiliada.

Crecí escuchando sobre los delirios de una dictadura sangrienta que dejó enraizada su esencia hasta hoy, mi infancia estuvo marcada por cuentos del exilio, relatos sobre el paso de mi abuelo, ya muerto, por el Estadio Nacional, Cuatro Álamos y la Cárcel Pública. Crecí escuchando

historias de militantes de izquierda que lo dieron todo por recuperar su patria y todo esto me inspiró para elaborar el presente trabajo.

Recuerdo una anécdota en particular que me relató hace algunos años mi abuela, cuando la visité en su departamento en Alamar, muy cerca del “edificio de los chilenos”.

Era 1973, vivían en El Manzano, en una casa modesta cerca del río. Les había advertido a todos sus hijos que no podía revelar sus apellidos a ningún desconocido. Les había ordenado también, que jamás respondieran cuando les preguntaran por sus amigos del MIR.

Una mañana mi tío Coco, que en ese entonces tenía cinco años, sería interrogado en la escuela. El día anterior había estudiado toda la tarde con mi abuela. La profesora le preguntó por Camilo Enríquez. Se negó a contestar y repitió varias veces con firmeza que no sabía quién era aquel hombre.

Esa tarde llegó a la casa con aires heroicos. Mi abuela le preguntó cómo le había ido en la interrogación y él contestó con su voz ronca y algunas palabras mal pronunciadas, que le había ido mal, pero explicó que fue por una noble causa. “La profe me preguntó por Miguel Enríquez y le dije que no lo conocía mamá, le dije no sé, no sé, no sé, hasta el final”. El pequeño había confundido al sacerdote patriota que trajo la primera imprenta y fundó en 1812 La Aurora de Chile, el primer diario en este país, con el secretario general del MIR, en ese momento clandestino.

Con esta anécdota no pretendo recrear una escena tierna, ni resaltar la ingenuidad de los niños o de mi tío en particular. Quiero volver a lo que fue la vida para miles de chilenos, hombres y mujeres, niños y adultos, que luego del golpe de Estado el 11 de septiembre 1973 debieron funcionar bajo la lógica de la clandestinidad, con miedo y en silencio, viendo transformados hasta los detalles más mínimos de sus vidas.

Históricamente la clandestinidad se ha configurado como una herramienta de lucha en períodos de dictaduras, conflicto social, guerras civiles, gobiernos de facto, democracias tuteladas o regímenes autoritarios.

En Chile, previo al golpe de Estado, se dieron casos puntuales como la clandestinidad de Manuel Rodríguez en el período de la Reconquista o la de Pablo Neruda tras la promulgación de la Ley Maldita por Gabriel González Videla, que proscribió al Partido Comunista. En esta misma categoría se puede señalar la clandestinidad, e incluso la simulación de su muerte en un accidente aéreo, del líder de Patria y Libertad Roberto Thieme, durante la Unidad Popular.

Esto cambió de manera radical durante el régimen del general Augusto Pinochet, donde por primera vez en la historia, se sistematizó la persecución y exterminio de los opositores y aun críticos del gobierno. Los militares crearon unidades especializadas de inteligencia, como la DINA y el Comando Conjunto, para detectar y liquidar sus objetivos, sobre todo militantes de izquierda y gente vinculada a la Unidad Popular. La maquinaria represiva fue de tal magnitud que obligó a miles de chilenos a sumergirse en la clandestinidad, no sólo redefiniendo sus hábitos, cambiando sus residencias y trabajo o dejando de frecuentar familiares y amigos, sino que, por sobre todo, modificando sus vidas de una manera tan radical, que con el tiempo, tal vez para siempre, se harían irreconocibles. No era simplemente esconderse, simular, eludir o aparentar. Era ser otra persona.

Según la Comisión Valech, los 17 años de dictadura militar dejaron 40 mil víctimas de distinta índole (torturados, exonerados, relegados), además de 3.065 muertos y desaparecidos. Sin embargo ese recuento minucioso deja afuera inevitablemente a otros protagonistas: los que murieron metafóricamente para renacer con otro nombre, otro pasado, otra familia y hasta otro rostro. Los clandestinos por fuerza o convicción. Los que se sumergieron en la vastedad del país para salvar el pellejo o los otros, los que cambiaron sus vidas para siempre con el objetivo de derrotar a la dictadura con la movilización, la insurrección y también las armas.

El presente trabajo se propone reconstruir la historia de clandestinidad de cuatro militantes de la izquierda chilena (Partido Comunista, Frente Patriótico Manuel Rodríguez, Movimiento de

Izquierda Revolucionaria) en esos ominosos tiempos. En sus testimonios hay un amplio recorrido retrospectivo, que se inicia en la infancia y llega a la actualidad, develando así las causas y consecuencias de un modo de vida que en su momento se constituyó para ellos en la única forma posible de resistencia, y, como la única forma de sobrevivir.

Hernán Aguiló, uno de los líderes del MIR, por primera vez cuenta aquí los detalles de su vida clandestina, que se extendió por casi veinte años. La partida de su hija Macarena al Proyecto Hogares (Cuba) y la posterior inclusión de sus dos hijos a la clandestinidad son el reflejo de una lucha política que tuvo grandes costos a nivel sentimental.

Raquel Echiburú, militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez narra su relación con Roberto Nordenflycht, comandante del mismo grupo muerto en una operación armada. Vuelve a revivir su presidio, cuando estaba embarazada, y a través de su relato nos ayuda a esclarecer cómo funcionaba el amor en el laberinto de la clandestinidad.

Marta Frtitz, militante del Partido Comunista, que llegó a ser funcionaria de este sector político, cuenta su sorprendente historia de amistad con Gladys Marín, quien fue un histórico nombre del PC y luego, en democracia, su secretaria general. Recorre los tiempos de su clandestinidad, cuando además de ser encargada de seguridad de la connotada militante y ex parlamentaria del PC, debió cuidar de sus hijos, mientras ambas luchaban contra la dictadura.

La “comandante Fabiola”, que durante la entrevista pidió resguardar su identidad real, relata su participación en varias operaciones ejecutadas por el FPMR, entre ellas, el atentado a Augusto Pinochet, el 7 de septiembre de 1986. Es una historia de arrojo, cuyas consecuencias se arrastran hasta hoy.

Son cuatro historias cuyo factor común es el amor, el amor como motor de una lucha que significó la utopía de la liberación de una patria.

El presente trabajo es fruto de varias jornadas de entrevistas. Cada historia está basada exclusivamente en el testimonio de los entrevistados y se ve apoyada por la investigación histórica complementaria, imprescindible para apoyar el relato. Así, no se pretende narrar la



historia del MIR, del FPMR o del PC, ni tampoco hablar de la clandestinidad como fenómeno particular, sino instalar a través de estas cuatro historias de vida, la noción de clandestinidad como un arma de apoyo a la lucha política y social que contribuyó enormemente a terminar con el régimen militar.

Sigo con la tarea de reconstruir la historia a través del rescate biográfico de otros y como bien sabemos, en el mar de la memoria hay distorsión, hay recuerdos tergiversados o al menos, mutados. Como dice la investigadora argentina, experta en temas de memoria y dictaduras, Elizabeth Jelin, “abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas”.<sup>1</sup>

Mi intención no es contar una verdad. Mi promesa es la de relatar los hechos en palabras de los propios protagonistas. Soy apenas un enlace entre quienes vivieron y lucharon en las sombras y los lectores que se animen a mirar el pasado y encontrar en él un presente anclado en el futuro de Chile.

---

<sup>1</sup> Jelin, Elizabeth, p1: 2002

## CAPÍTULO I LA ÚNICA MUJER

**(La entrevistada ha pedido resguardar su identidad real)**

Tiene varios nombres. En un comienzo fue Gabriela, luego Rebeca y terminó siendo Fabiola . Es una mujer sin cara, aunque todo Chile pudo verla por televisión abierta en la serie “guerrilleros” de CHV. Tras la peluca rubia y esa gruesa capa de maquillaje, se escondía ella. Es la única mujer que participó directamente en el atentado contra el dictador Augusto Pinochet el 7 de septiembre de 1986 y fue parte de múltiples operaciones realizadas por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, grupo revolucionario en el cual militó durante siete años. Sentada en un café que no tiene dirección, me cuenta su historia con cautela, en voz baja, después de haber vivido clandestina por casi dos décadas.

### **Toma y asalto: Radio Minería**

Era su primera operación. Se acuarteló, junto al resto del grupo operativo en el Lomitón de Providencia con Tobalaba, justo frente a la emisora. Tenían que esperar a las siete de la tarde para entrar en acción. Por mientras, pidieron sandwiches y café para todos los combatientes, pero ella estaba tan nerviosa, que apenas pudo con un sorbo de bebida. Su jefe le llevó una peluca. Era de pelo largo, tono castaño claro. Entró al baño con disimulo y se la probó. Parada frente al espejo quedó aún más nerviosa al comprobar que su apariencia no cambiaba en lo absoluto, pero al salir, sus compañeros, todos hombres, le aseguraron que estaba irreconocible. Faltaban pocos minutos para actuar y recién se enteraba de cuál sería su misión.

El 7 de junio de 1984 un contingente del FPMR se tomó Radio Minería. Fernando Larenas, conocido como “Salomón”, jefe operativo de Santiago y del destacamento<sup>2</sup>, dirigía la primera operación de propaganda armada que contemplaba paralelamente, tomar la antena de la misma radioemisora ubicada en La Florida. Se interrumpió la transmisión de un partido de fútbol que se jugaba en el Estadio Nacional, para dar paso a una proclama que llamaba al pueblo chileno, en plena dictadura, a no permitir más abusos. “Es la hora de terminar con este régimen de hambre,

---

<sup>2</sup> Unidad de combate especial del FPMR, creada por el comandante Raúl Pellegrin, quienes tenían por misión llevar a cabo las primeras acciones armadas del grupo guerrillero.

miseria y terror. Ha llegado la hora de decir basta (...) luchar con renovada fuerza, empleando todos los medios que podamos, incluidas las armas”, decía la grabación.

Fabiola fue parte de un montaje perfecto, a través del cual lograron que les abrieran las puertas de Radio Minería, sin siquiera bacilar. Iba de la mano con Fernando, simulando ser su pareja. Puso la cara más triste que pudo, mientras él suplicaba que los dejaran dar un aviso de utilidad pública. “Se nos perdió nuestro hijito de dos años”, explicaba con la voz compungida. El recepcionista no dudó en hacerlos pasar, cuando notó que no venían solos. Todo los combatientes armados, con subametralladoras y pistolas, coparon el lugar en cosa de minutos, reduciendo a los periodistas y a todo el personal, al casino de la radio. Todos estaban en el suelo, mientras la proclama salía al aire.

“Yo no abrí la boca porque de los nervios, probablemente, habría tartamudeado. Ingresamos, me quedé en el hall y observé. Iba sin arma, porque habría sido irresponsable, dado mi inexperiencia. Cuando tenían todo controlado, la persona destinada a poner el casete lo hizo y en ese momento, Fernando me dice que me retire”.

Un auto la esperaba estacionado justo a la entrada. Nunca supo cómo se llamaba el chofer, pero tenía claro que era el jefe de logística de Santiago. Entró al auto y lo primero que hizo fue sacarse la peluca. Apenas cruzaron palabra en el camino. Estaba desbordada, con la adrenalina en las nubes, así que se bajó por Plaza Italia y caminó sola rumbo a su casa, intentando calmarse.

“Apenas llegué, prendí la radio y lo que había sucedido era noticia en todas las estaciones. Hablaban de un ataque a Radio Minería y mientras escuchaba, sentía que describían otra operación, distinta a la cual yo había participado. Si bien es cierto, se utilizó la violencia, porque había que juntar a un montón de gente, no fue como lo contaban ellos. Se llevaban armas en función de amedrentar, pero no se disparó, ni se pegaron culatazos, ni nada por el estilo, porque además, el personal de la radio reaccionó muy bien, no se hicieron los *choros*, porque en el fondo no iban a arriesgar el pellejo por algo que no les pertenecía”.

Se desplomó sobre su cama, como un bulto pesado y cerró los ojos, pero no pudo quedarse dormida. Escuchaba cómo su madre y su hermanos comentaban lo sucedido, pero era evidente que no sospechaban de ella. Al otro día, en la micro escuchaba que la gente comentaba también. Quería decir que había estado ahí, pero no lo hizo. La discreción que tendría de ahí en adelante, fue su mejor arma de guerra.

## **La puerta de entrada**

Había vivido su “rito de iniciación” con el asalto a Radio Minería. Días antes, era sólo una estudiante de ingeniería de la Universidad Técnica y una militante más de las Juventudes Comunistas. Como máximo acto de rebeldía había participado en barricadas o apagones que organizaban en la célula. Pero el rumbo de su vida cambió rotundamente cuando un amigo del barrio e Ignacio Valenzuela<sup>3</sup>, a quien no conocía, llegaron a su casa y la invitaron a un bar. La cerveza era el pretexto para otro ofrecimiento de mayor envergadura: ser parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

“Esto es una cadena de confianza. Si no hay confianza no llegas a ningún lado, porque todos están arriesgando el pellejo. Nos pusimos a conversar de la vida, en muy buena onda y de repente, noté que se pusieron serios. Jamás me imaginé lo que se venía, a lo más pensé que me iban a decir que me fuera ailiar a otra célula. Empezaron a hablar del Frente y yo me quedé *plop*, porque lo poco y nada que sabía de ellos, para mí era impresionante. Eso de que hubiesen hecho el apagón<sup>4</sup> en todo Chile desafiando a la Dictadura era algo muy impresionante, que me encantaba, porque yo sabía que lo que hacíamos en la Jota nos estaba quedando chico, que con eso no íbamos a llegar a ninguna parte. Yo pensaba que necesitábamos algo así como un Ché Guevara, pero sola no me podía ir pal’ monte.”

---

<sup>3</sup> Ignacio Valenzuela Pohoreky, fue jefe del Destacamento Especial del FPMR, asesinado por la CNI el 15 Junio 1987 en la Operación Albania, también conocida como matanza de Corpus Christi. Recibió tres impactos de bala que terminaron con su vida, a 30 metros de la casa de su madre, en la calle Alhué, en Las Condes.

<sup>4</sup> El 14 de diciembre de 1983 el FPMR se dio a conocer con la realización del primer apagón nacional.

Apenas le propusieron ingresar, se paralizó. Antes de contestar, fue al baño, donde estuvo encerrada alrededor de diez minutos, con la cabeza bombardeada de pensamientos. Sabía que ese ‘sí’ o ese ‘no’, significaría un vuelco radical en su vida. Sabía también que sólo tenía una respuesta posible, porque estaba convencida de que era su camino. Se lavó la cara con abundante agua fría, volvió a la barra y sin titubear dijo: “por supuesto que sí”. Ese fue el comienzo de una década dedicada exclusivamente al FPMR.

Esa misma semana se generó un vínculo donde le dieron las coordenadas para su primera reunión. Se encontrarían en un lugar específico previamente acordado. Sabía que no había espacio para la impuntualidad. Conoció a su nuevo jefe y grupo operativo. No eran más de seis personas, debido a la alta compartimentación con la que trabajaba el FPMR. Sus oídos y su lengua rápidamente se acomodaron al lenguaje militar, todos los días tenía la obligación de hacer entrenamiento físico y se equivocó cuando pensó que estaría un tiempo en la banca por su calidad novata. La acción ya había empezado y por fin tenía nombre: se llamaba Gabriela.

### **Infancia y golpe de Estado**

El pasaje Philips era mágico a los ojos de esa niña. Le encantaba la arquitectura antigua, el puente en altura que conectaba ambos edificios, pero lo que más la deslumbraba era la Casa Hombó, una tienda de juguetes importados que desfilaban tras la vitrina. Le gustaba acompañar a su madre a trabajar a la peluquería. Recuerda que con esfuerzo, la invitó un par de veces a tomar once al café Santos. Siempre pedían café helado y disfrutaban del canasto repleto de todo tipo de panes, tan característico del lugar.

“Mi mamá se casó dos veces y los maridos no fueron capaces de seguirle el ritmo. Ella fue padre y madre de sus dos hijos. Soy hija del segundo matrimonio y tengo once años de diferencia con mi hermano. Ella tenía hasta sexto básico cursado, pero era una mujer culta, que leía mucho. Recuerdo haber tenido cinco o seis años, cuando despertaba y veía a mi mamá con su lamparita prendida, leyendo. Era una imagen recurrente. Los fines de semana se compraba el diario, pero no en la semana porque salía muy caro. Mi mamá siempre habló del no abuso, se conmovía mucho con la situación de los animales callejeros, lo mismo pasaba con los niños abandonados.

En mi casa no se concebía que alguien mirara en menos a otro. Ella no era una mujer muy política, sin embargo, no estaba de acuerdo con el gobierno de Salvador Allende, porque le tenía un poco de miedo al comunismo. Yo siempre escuchaba el mito de los comunistas come guagua y no podía explicarme cómo es que en Rusia había tanta gente si eso realmente ocurría”.

Pese a la ausencia paterna y la austeridad obligada en su hogar, los años de su remota infancia pasaron sin grandes sobresaltos. Era una niña feliz.

La siguiente imagen, más definida, es en la adolescencia: Se ve en la esquina de Irarrázaval con General Gorostiaga, haciendo una fila interminable para comprar tallarines en el supermercado Unicop, que durante el período de la Unidad Popular estuvo siempre desabastecido. A veces se pasaba al Portofino que quedaba a pocas cuadras, en Irarrázaval con Villagra, para ver si tenía mejor suerte, pero era en vano. Las colas eran inevitables hasta la semana posterior al golpe, cuando por arte de magia, ambos boliches aparecieron abarrotados, llenos de comida, con los congeladores repletos de carne y pollo.

El 11 de septiembre de 1973 la pilló con catorce años. Vivía en una población en la comuna de Ñuñoa, con su madre y su hermano mayor. Él trabajaba de técnico mecánico y ese día, como era habitual, salió temprano de la casa. Ella, en cambio, no pudo ir al liceo ni su madre a la peluquería que atendía en el centro. La radio advertía peligro y si bien, no entendía lo que estaba pasando, tuvo miedo cuando se asomó desde el cuarto piso y vio pasar los Hawker Hunter que iban a bombardear La Moneda.

Muchos de sus vecinos del edificio salieron a celebrar con champaña. Se confundía el sonido de los bombazos con el choque de las copas, mientras que una querida amiga del barrio, junto a su familia, intentaban quemar un montón de papeles y libros que tiraban apresuradamente por el incinerador. Luego tomaron el auto y escaparon.

Su hermano llegó ya a oscuras y contó exaltado que había logrado escapar de un allanamiento que le hicieron a la empresa donde trabajaba.

- ¿Qué haces aquí?- le preguntó uno de los milicos.
- Sólo estoy trabajando- contestó balbuceando.
- Agarra tus cosas y ándate rápido *weon-*.

Así lo hizo y volvió a su casa ubicada en el corazón de Ñuñoa, caminando desde el cordón Vicuña Mackenna. Aquel hombre vestido de verde había sido su compañero de curso en el Internado Nacional Barros Arana (IMBA).

Pasó al menos un año mirando, desconcertada, tratando de armar un puzle cuyas piezas no encajaban. No tocaron a su familia ni a sus mejores amigos, pero olía a sangre. Su amiga, la misma que había escapado para el día del golpe, le hablaba de cadáveres que flotaban por el río Mapocho, pero eso no cabía en su mente llana. Creía que se trataba de terrorismo-ficción, que era algo así como el mito de los comunistas come guaguas, pero pronto la realidad le daría una cachetada.

“El ’74 entré a estudiar teatro a la Casa de la Cultura de la Municipalidad de Ñuñoa. Era un extra programático que se daba como a las seis de la tarde y recuerdo que el profesor del taller, de apellido Cuadra, un día desapareció y nos enteramos de que estaba en Cuatro Álamos. Casos así había todos los días”.

Tiempo después, ya a fines del ’75, la hermana mayor de una amiga le pasó un libro de tapa blanca, cuyas páginas estaban unidas con *scotch*. Fue enfática en pedirle que lo leyera. Eran historias de personas detenidas y torturadas, informes que se estaban editando fuera del país. Tenía dibujos de las torturas que se empezaron a practicar en Chile en aquella época. Mientras leía, pensaba que en sus manos tenía una impresión clandestina y no se equivocaba. Ya con 16 años, podía entender el panorama.

Nunca más pudo abstraerse de la realidad y espontáneamente, con los amigos del barrio, empezaron a tener pequeños actos de rebeldía. Hacían rayados y panfletos. Entre risas melancólicas se recuerda vigilando los pasillos de la villa, mientras trasladaban una máquina de escribir, gruesa y antigua hasta su departamento. Sentía miedo mientras tecleaba, porque en los

noticieros dentro de las instrucciones de “cómo detectar un terrorista”, figuraba el sonido agudo de la máquina, capaz de traspasar la densidad de un muro, como signo de alarma. En una papa tallaban un timbre y firmaban como “La Resistencia”, para luego tirar los panfletos por debajo de la puerta de sus vecinos.

### **Atención: ¡Toma y asalto del Frente Patriótico Manuel Rodríguez!**

Entre 1983 y el 1986 el FPMR llevó a cabo varias acciones para desestabilizar el régimen dictatorial encabezado por Augusto Pinochet. Para Gabriela fueron meses intensos. Ahora, con arma en mano, participaría en acciones de propaganda y asaltos. Las clases de la universidad y las reuniones sociales, cada vez más, se vieron sustituidas por el entrenamiento militar clandestino que realizaba junto a su grupo. Era un método artesanal, donde aquellos combatientes con mayor experiencia, les traspasaban sus conocimientos básicos de manejo de armas y autodefensa. A todos los integrantes, alguna vez le tocaba conseguir una casa para realizar la preparación. Cuando era el turno de Gabriela, acudía a sus ex compañeros de la Jota, con el pretexto de una reunión extracurricular, pero siempre omitiendo su vínculo con el Frente.

### **Asalto a camión Soprole**

Era 1984. Para capear el toque de queda, tuvieron que pasar la noche en un motel ubicado cerca del paradero uno de Gran Avenida. Las prostitutas y sus clientes, daban una atmósfera decadente al lugar que abandonaron llegadas las cinco de la mañana. Tomó a su compañero de la mano y con aires de pareja feliz, caminaron hasta la esquina donde todos los días paraba el camión de Soprole, que transportaba productos lácteos. Durante una semana usaron el mismo *modus operandis*. Observaba con disimulo, pero hasta el más mínimo detalle quedó grabado en su retina. Se trataba de la exploración que hacían previo a operar. Sabía cuánto duraba el semáforo de la esquina, si había o no transeúntes, cómo era el conductor, quién era el copiloto, cuánto tiempo demoraban en cargar la leche, el queso o el yogurt... Gracias a esa información, el jefe de grupo diseñaba la estrategia de ataque, minimizando así el margen de error.



“Después, conseguimos una casa por Santa Rosa, cerca de Departamental y pasamos toda la noche ahí. Hubo que recuperar un taxi, porque no podías quemar tu auto personal. Eso consistía básicamente en amedrentar al chofer, obligándolo a bajar y dejar los documentos. Me tocó hacer eso en varias ocasiones, me hice experta. Las primeras veces vas de comparsa, miras y aprendes. Estuvimos hasta las cinco de la mañana en la casa, subimos al taxi recuperado con el armamento a cuesta y fuimos al punto donde debía llegar el camión”.

Su jefe y uno de sus compañeros abordaron la cabina y ella se sentó en la parte trasera. El chofer del camión fue obligado a manejar. Tenían cinco minutos para llegar a La Legua. El taxi que habían recuperado la noche anterior iba escoltándolos por atrás, con el chofer operativo a cuesta. Se estacionaron justo en la esquina que habían explorado, era un lugar de convergencia de los vecinos de La Legua. Obligaron al peoneta a abrir la parte trasera, donde se almacenaba la carga que bajó a la calle, junto al chofer. Mientras tanto, Gabriela y su compañero golpeaban con fuerza las casas del sector para despertar a la gente y lograr que salieran a buscar el alimento.

Las mujeres se asomaban en pijama, al principio con temor, pero al cabo de unos minutos, se veía un gran tumulto de gente, con bolsa en mano, agarrando la leche, los yogures, el quesillo y los jugos. La operación había terminado con éxito.

### **Saludo cordial a la población La Victoria**

Gabriela tuvo alrededor de quince días de relativa calma luego de asaltar el camión Soprole. Su próximo objetivo sería un tren con destino al sur del país. El 20 de junio de 1984, llegó hasta Estación Central, tomó el tren y esperó calmadamente, como proyectando la imagen de una joven que viaja a visitar a su familia. Había un grupo operativo por cada vagón y nuevamente, era la única mujer. Justo frente a la población La Victoria, se escuchó la señal previamente pactada y uno de los combatientes accionó el freno de emergencia. El tren chirrió hasta detenerse por completo. ¡Esto es toma y asalto del FPMR!, gritaron los combatientes ya encapuchados y con arma en mano. Estaban concentrando a todos los viajeros en el vagón del medio, cuando Iván Ávila<sup>5</sup>, ayudante del chofer, se reveló y en el intento por desarmar a uno de los combatientes,

---

<sup>5</sup> Iván Ávila, de 32 años de edad, se desempeñaba como ayudante de conductor de Ferrocarriles del Estado. Era casado y tenía tres hijos, cuando un combatiente del FPMR le disparó causándole la muerte.

perdió la vida. La bala de la subametralladora lo impactó de tal manera, que a los pocos minutos yacía desangrado el piso del tren.

“Él murió ahí, porque teniendo tiempo los equipos de seguridad, no se lo llevaron a la posta, porque según ellos no eran heridas graves. La gente quedó muy mal, fue un hecho muy triste, porque la idea era cero bajas, por ningún lado. El compañero que disparó no era de mi grupo, pero se que no lo sancionaron, porque no fue una arrancada de tarros, sino que simplemente fue atacado y reaccionó. A uno lo sancionaban por otras cosas; si llegabas tarde al punto, si no te conseguías lugar para la preparación militar...El castigo era que te bajaban de grado, porque esto era bien jerárquico, de tal manera que si eras el último del grupo, te tocaba estar para los mandados. De todos modos, creo que se cumplió con el objetivo, porque la gente nunca se sintió agredida. Está claro que no estaban felices, de partida porque el viaje se les había ido a las pailas, pero no pensaron que los iban a matar ni nada por el estilo. Se veían como recién informándose. Recuerdo una señora humilde que me dijo: ‘pero *mijita*, ¿y usted no tiene miedo de que le vaya a pasar algo?’.”

Fernando Larenas, a cargo de la operación, tocó el silbato que indicaba la retirada. Gabriela subió a uno de los taxis que se habían recuperado el día anterior, exclusivamente para la operación. El chofer fue dejando, uno a uno a los combatientes en distintos puntos de la ciudad. Era una forma de evitar bajas masivas en caso de sufrir una emboscada. Cada uno siguió su rumbo y el taxi quedó votado en alguna esquina.

### **Triple asalto a las armerías**

Estaba oscuro. Miró a todos lados tratando de detectar de dónde venían los disparos, pero fue en vano. Aturdida por el ruido, se agachó detrás del auto y sacó su escopeta de doble cañón, pero no supo dónde disparar. Su jefe, mientras, daba tiros al aire. Lograron entrar al Chevrolet Opala, ella se sentó entre Ignacio Valenzuela, el chofer operativo, y el jefe de grupo y zigzaguearon por las calles del centro, intentando capear la persecución.

-¿Alguien está herido?, tóquense porque con tanta adrenalina no van a sentir nada- dijo su jefe-. Desde el asiento trasero, uno de los combatientes esbozó tímidamente que estaba herido. En la

rodilla, justo a la altura de la rótula, había recibido un balazo. Pero no era el único. La pierna de Gabriela sangraba.

A unas pocas cuadras los esperaba una Citroneta, donde debían dejar todo el armamento que habían recuperado. Ambos heridos subieron al auto junto al jefe, y los demás combatientes se fueron caminando sigilosamente.

La primera parada fue en la casa de un amigo de Gabriela, cuya hermana era enfermera.

–Váyanse rápido por favor, tengo dos hijos chicos- les decía la muchacha asustada, mientras desinfectaba sus heridas. Por la televisión daban en vivo lo que ocurría en los alrededores de la calle Arturo Prat. El auto que habían abandonado aparecía en pantalla como un colador, lleno de hoyos y supieron que el grupo que operaba frente a ellos, en la armería Italiana, no había tenido su misma suerte.

Siguieron camino al puesto médico habilitado, que era siempre la casa de algún ayudista, donde pasaron la noche.

Al otro día, Gabriela partió a su casa. Su madre estaba consternada: su hija era del Frente y no podía evitarlo. Pero no había tiempo para lamentarse, así que tomó las botas de cuero, ahora rotas y ensangrentadas, que hace poco le había regalado, y las cortó en pedazos como intentando hacer desaparecer la evidencia. Por varios días la ayudó con las curaciones y de manera espontánea, comenzó a funcionar también bajo la lógica conspirativa; en una farmacia compraba la gaza, en otra el alcohol y en otra, las vendas.

Guardó reposo durante una semana. Por la prensa, se enteró de las nefastas consecuencias que había dejado el triple asalto a las armerías de Santiago Centro. Un civil muerto<sup>6</sup>, que pasaba por el Parque O'Higgins justo cuando enfrentaba la CNI con uno de los grupos operativos. Pero además, el FPMR tenía sus primeros dos muertos, víctimas de la CNI: Julio César Olivia

---

<sup>6</sup> En la huida del asalto a las armerías realizado por el FPMR en agosto de 1984, se enfrentaron con efectivos de la CNI, en el sector de la ruta Norte-Sur con el Parque O'Higgins, resultando herido de muerte Guido Héctor Sepúlveda Ferreira, quien transitaba por el lugar.

Villalobos y Roberto Homero González Lizama, compañeros a quienes nunca conoció directamente por causa de los altos estándares de compartimentación.

“Éramos tres grupos operativos y a cada uno le tocó una armería<sup>7</sup>. La idea era recuperar pertrechos, armamentos, balas, rifles, pistolas, todas esas cosas. En el Frente nunca se habló de robo, sino de recuperación, porque todo se hacía por un bien colectivo, superior al de uno. Nosotros éramos siete y nos tocó una armería de la calle Arturo Prat. Se hizo una revisión exhaustiva del lugar, porque era un objetivo peligroso. Habíamos explorado con luz, practicamos la retirada, etc. Incluso entramos a las armerías, vitrineando, como un civil más. Uno sabía que los dueños podían reaccionar y además sabíamos que tenían relación con las Fuerzas Armadas y específicamente con la CNI. De no haber sido así, jamás las habrían dejado funcionar en plena dictadura, con la paranoia que existía en ese tiempo. La gran dificultad que tenía la operación, además de la seguridad del objetivo, era que la retirada era muy riesgosa”.

Se acuartelaron en una casa cercana a la armería el mismo día, llevaban bolsas grandes donde meterían la mayor cantidad de armas posible. Llegaron a pie, mientras el auto destinado para el retiro, daba vueltas alrededor de la manzana. Eran las siete de la tarde y el tránsito estaba lento. “¡Toma y asalto del FPMR. Todo el mundo al suelo o disparamos!” , dijo el jefe, mientras los demás combatientes intentaban amedrentar con las armas, porque debían anular cualquier capacidad de reacción de los dueños y trabajadores del local. Todos obedecieron. Desde la calle, por las vitrinas traslúcidas, se veía el rostro de impacto de los transeúntes, que se asomaban con ánimo copuchento. Tomaron escopetas, armas cortas, linternas, sacos de dormir y todo lo que estaba a la mano, y a penas el chofer calculó que estarían listos, se estacionó frente a la tienda para emprender la escapada.

“Por ser una de las primeras operaciones del Frente hubo muchas falencias, detalles, que en ese momento uno no veía. Por ejemplo, estaba el jefe de logística en plena operación controlando todo. Y eso si que era un error, porque la logística es la parte más sensible de un grupo, no tenía nada que hacer ahí. En medio de la balacera en las armerías, él salió detrás del otro grupo en su auto para ayudarlos, pero fue detectado por la CNI y lo tomaron detenido. Eso implicó que las

---

<sup>7</sup> El 23 de agosto de 1984 distintos contingentes del FPMR asaltaron las armerías Italiana y Real situadas en los Nos. 164 y 169 de la calle Arturo Prat, además de otra ubicada en plena Alameda, cerca de Santa Lucía.

casas de seguridad de las cuales él tenía conocimiento, cayeron. No solamente se perdieron vidas en esa operación, sino que también casas de seguridad. En el diario salió que había caído el jefe de logística de Santiago. Eso fue uno de los golpes más duros para el Frente y así aprendimos también. De ahí en adelante todo lo que era logística se extremó en términos de seguridad. La gente que tenía que ver con esa área perdió toda vida social. Nunca más vimos o supimos quién era el nuevo jefe de logística, estuvo siempre sumergido. Como se dice, “después de la guerra todos somos generales” y ahora, con el tiempo, con perspectiva, uno se da cuenta. Esos errores fueron productos de nuestra tremenda inexperiencia, porque no éramos milicos profesionales”.

Gabriela quedó marginada de las operaciones venideras producto del accidente. La dirección nacional de FPMR determinó sacarla del país mientras se recuperaba. Sin pensarlo aceptó, aunque decepcionada por el ofrecimiento de salir al extranjero para tomar cursos de enmascaramiento o barretines. Ella quería tener preparación militar y como fuese, lo conseguiría. Se despidió de su madre sin decir el rumbo, congeló la universidad y con sus documentos legales, abordó el avión que la llevaría a Cuba.

### **Adiós a la cordillera**

Era septiembre de 1984. La humedad calaba los huesos de su cuerpo delgado. A las cinco de la mañana el jefe a cargo, Roberto Nordenflycht<sup>8</sup>, llamó a levantarse. ¡Pelotón arriba!, gritó con fuerza y ella, con apresuro, vistió su short y camiseta para salir a trotar por el campo de la instalación militar. Sus pies estaban agrietados, porque el tipo de preparación Vietnamita,<sup>9</sup> que estaban siguiendo, no permitía el uso de zapatos. Nuevamente, era la única mujer entre quince hombres, con los cuales compartía una barraca para dormir. Todo había cambiado de golpe, incluso su nombre: ahora se llamaba Rebeca.

“Los cubanos nos hacían la preparación, eso era independiente de que nosotros teníamos jefes, porque ellos también recibían la instrucción. Era como hacer el servicio militar. Nordenflycht

---

<sup>8</sup> Roberto Nordenflycht pertenecía a la Dirección Nacional del FPMR y era Jefe de las Unidades de Fuerzas Especiales. Se le conocía como “Comandante Aurelio”. Murió en manos de la CNI, el 20 de agosto de 1989, en el marco de un ataque con explosivos en el Aeródromo de Tobalaba.

<sup>9</sup> Se refiere a la ruda preparación militar que recibían los guerrilleros del Vietcong: no usaban zapatos, dormían en hoyos cavados en el piso y prácticamente no consumían alimentos.

planteó la idea de que pusieran un biombo para que yo durmiera separada, o me planteó que podía ausentarme de la preparación física si estaba con la regla. Era el tipo de conductas machistas a las cuales siempre me opuse. Lo único que pedí fue ducharme sola, pero todo lo demás sin diferencias. La idea era que yo asumiera un papel secundario, pero no lo permití. Quería ser una más y así fue. Llegué a tener mucho músculo con tanto entrenamiento”.

Pero la participación de Rebeca en ese curso no estaba contemplada. En mas, Fernando Larenas, se la había negado días antes, mientras conversaban dentro de un auto estacionados en la comuna de Ñuñoa.

“Fernando me hablaba del esfuerzo que significaba sacar gente del país, me decía que tenía que esforzarme y remató haciéndome optar por un curso de enmascaramiento o de barretines. Yo quedé en *shock*, no lo podía creer. Le dije “¿disculpa?”, porque dada mi experiencia, no era eso lo que esperaba. Me dijo que no lo tomara a mal, pero yo en el fondo sabía que era una decisión absolutamente machista, que tenía que ver con género nomás. Se me hizo un nudo en la garganta, estuve a punto de ponerme a llorar de impotencia. Me di cuenta de que a pesar de estar en una orgánica muy progresista, en ciertas cosas seguían siendo los mismos machos latinos retrógrados. La revolución llegaba hasta la puerta de la casa nomás, porque adentro las mujeres hacían unas cosas y los hombres otras. Al otro día le conté a mi jefe de grupo y él estaba muy molesto con la situación también. Era una persona de confianza para mí, con quien tuve una relación de amistad. Bueno, yo de todas maneras no iba a perder la oportunidad de salir y aportar. Me pasaron el dinero, me dieron los detalles de la salida y partí”.

Rebeca llegó a La Habana y fue ubicada en una casa de seguridad, que había sido preparada para recibir a un grupo de diez combatientes chilenos. Estuvo ahí un par de días, hasta un oficial llegó a entrevistarlos para asignarlos a sus respectivos cursos.

-¿A qué viene usted, compañera?- dijo el oficial, mientras hojeaba la carpeta con sus antecedentes.

- Vengo al curso de preparación militar- dijo sin titubear, aunque sabiendo lo que arriesgaba.

- Bueno, sólo le falta llenar este formulario. Mañana la pasan a buscar a las ocho de la mañana-agregó antes de retirarse.

“No podía creer que lo había logrado. Para el oficial fue lógico que me hubiesen mandado a ese curso, dado mi trayectoria. Por eso fui arriesgada, no me podía conformar con esa situación de machismo, sabiendo que no se trataba de algo personal. Yo tenía las capacidades”.

Rebeca tuvo la suerte de caer en el curso de preparación militar más avanzado, donde se enseñaba estrategia militar, inteligencia y contrainteligencia, además de preparación física. Era un curso de comando, cuyo foco estaba en el ataque a aeropuertos. Estuvo ahí cuatro meses, sin salir de la unidad. No existieron sábados ni domingos y tenían una tarde de descanso a la semana, que solían pasar en un pequeño living, junto al televisor.

“Se nos enseñó cómo ingresar, qué vestimenta usar, tipos de cargas explosivas para tirar dentro de las naves. Aprendimos a reconocer distintos tipos de aeronaves; aviones, helicópteros... Reconocíamos los aviones por sus siluetas, deben haber sido como cien tipos. También aprendimos de enmascaramiento vietnamita. Ellos se confundían con el paisaje, era un enmascaramiento más militar, que no tenía que ver con las pelucas y el maquillaje. Creo que este curso tenía que ver con planes que se estaban gestando a mediano plazo. Tener el control de las comunicaciones era algo crucial y dejar sin aeropuerto a una ciudad es aislar fuerzas”.

El curso había terminado. Estuvo varias semanas en una casa de seguridad esperando las indicaciones para volver. Voló a Argentina, donde esperó algunos días que abrieran el paso fronterizo, cerrado en ese entonces por el terremoto ocurrido en Chile el 3 de marzo de 1985. Su casa y su madre estaban en perfectas condiciones. Pero la represión de la dictadura mostraba sus garras, ahora más que nunca con el Caso Degollados<sup>10</sup>. Quería seguir combatiendo, pero sabía que era hora de demostrar todo lo aprendido, participando en alguna operación de mayor calibre.

---

<sup>10</sup> A fines de marzo de 1985 aparecieron degollados y con signos de tortura, frente al fundo “El Retiro”, camino a Quilicura, los cuerpos de José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Natino, todos militantes del Partido Comunista. El juez José Cánovas Robles, designado como ministro en visita, tras meses de investigación y con la colaboración de la Central Nacional de Informaciones (CNI), determinó que el triple asesinato fue llevado a cabo por agentes de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (DICOMCAR). En Agosto del mismo año, dimite el general César Mendoza, General Director de Carabineros y Miembro de la Junta del Gobierno desde el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 y se disuelve la DICOMCAR.

## Sur de Chile

Era de noche cuando llegaron a acuartelarse en el cementerio de Concepción, con armas y explosivos. Estuvieron ahí alrededor de tres horas. Por primera vez, Fabiola estaba al mando de una operación. A las once de la noche, varias horas después de que cerraran las puertas del lugar, salieron con disimulo y acto seguido, hicieron explotar el retén de carabineros colindante. Todo había sido previamente estudiado, de tal manera que no hubo muertos, pero sí daños materiales.

Entre abril y octubre de 1985 dirigió incontables jornadas de preparación física, reuniones y exploraciones. Tenía a su cargo un nuevo grupo operativo, que recién se formaba en el sur. Eran seis personas, todos jóvenes de escasos recursos, que no pudieron acceder a la Universidad, pero que dedicaban su tiempo a combatir la dictadura.

En medio de una protesta nacional, se dirigieron a Charrúa, un punto clave del sistema interconectado. Caminaron varias horas a campo travieso y a las nueve de la noche, volaron las torres de alta tensión. Era parte de un nuevo apagón nacional.

Fabiola se hacía pasar por estudiante, arrendaba pieza en una pensión universitaria y cada dos meses se cambiaba para resguardar su seguridad. La última operación que dirigió en el sur, antes de ser trasladada nuevamente a Santiago en pos del proyecto de rebelión nacional<sup>11</sup>, fue hacer explotar una oficina de Enacar, ubicada en pleno centro de Concepción. Había problemas con los mineros del carbón en Lota, así que justo en la puerta de entrada, colocaron una carga explosiva enmascarada en un paquete de cinco kilos de azúcar. No había gente en el lugar, de tal modo que sólo causaron daños materiales. Dejaron panfletos y prepararon un comunicado de prensa que atribuía aquella acción al FPMR.

---

<sup>11</sup> En la década del ochenta, el Partido Comunista chileno adoptó una política de rebelión popular para enfrentar la dictadura de Pinochet. Esto significó posicionar la lucha armada como mecanismo de combate, para lo cual se creó el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, como brazo armado encargado de dirigir y coordinar las acciones militares del partido. En el manifiesto del PCCH de 1981, lo definió como “un proceso de masas, político, ideológico, moral, cultural, organizativo, civil, militar y paramilitar que se engrana con toda la actividad del pueblo que no se vincula sólo a un tipo de forma de combate, sino que debe recurrir al arsenal histórico de lucha de nuestro pueblo y aprender formas de acción que aún le son desconocidas”.



“Por mi experiencia previa y mi salida al extranjero, me imaginé que me iban a destinar a alguna operación interesante, pero para mi sorpresa no fue así. Me encontré con Nordenflycht, que venía de Nicaragua, luego Cuba y ahora estaba en Chile. Cuando llegó el momento de contarme mi tarea, me dijo ‘vas a tener que caminar mucho’ y yo entendí que sería exploradora. A esas alturas, había aprendido que no tenía que discutir tonteras, pero tenía claro que no me iba a quedar en eso. Me junté con quien había sido mi primer jefe de grupo, le conté lo que había sucedido, le dije que estaba muy decepcionada, que me ponían mal estas situaciones de machismo y me dio la posibilidad de irme al sur y hacerme cargo de un grupo allá. Eso significaba dejar la universidad e irme de mi casa... Y así fue. Mi mamá muy triste, muy preocupada... No llegué al punto que me habían indicado para comenzar con mis tareas de exploradora, por supuesto, y me enteré de que Nordenflycht había pedido sanción para mí, cosa que no ocurrió, porque José Miguel, Jefe de la Dirección Nacional, estimó que los costos de devolverme eran muy altos en todo sentido”.

Llegó a Concepción y cuando bajó del bus estaba su jefe esperándola, pero también estaba esperando a otra chica que resultó ser Cecilia Magni. Ella iba a supervisar la zona, mientras que Gabriela tenía la misión de formar un nuevo grupo operativo. Compartieron pieza cuatro días, en los que no dejaron de reírse. Por el hecho de ser las únicas mujeres, les había tocado pasar por las mismas situaciones machistas a las que ambas se revelaban. Cecilia retornó a Santiago, porque era parte de la dirección nacional y Gabriela siguió con su tarea. Estuvo al mando de varias operaciones, pero además formó una escuela de preparación militar para los militantes más inexpertos de la zona.

## **El accidente**

Tomaron posición en la población La Estrella. Los cacerolazos y bocinazos copaban el sector, mientras se gritaba con fuerza “y va a caer...”, pidiendo la salida del dictador. Había humo en las calles, producto de las barricadas que no cesaron esa primera semana de noviembre de 1985, en el marco de una nueva protesta nacional. Con pistolas, subametralladoras y granadas caseras, los seis se enfrentarían a la micro militar. Uno de los combatientes se paró una cuadra antes y apenas divisó el objetivo, dio la señal para empezar el fuego. Sus compañeros sin dudarle, empujaron las armas, pero en cosa de segundos se generó una explosión. Todos estaban heridos y un pito

ensordecedor retumbaba en sus oídos. “Compañera, mi mano”, escuchó Gabriela. Su impresión fue brutal al percatarse de que uno de los jóvenes a su cargo, había perdido la mano de cuajo. No tenía sangre, porque el calor de la onda expansiva lo había cauterizado. No sabe si fue un error de cálculo, pero el hecho es que la deflagración de la granada fue instantánea y en cuanto fue activada, explotó. El camión siguió su rumbo, sin percatarse del intento de emboscada fallido. Había toque de queda, el hospital no era una opción, así que fueron a la capilla más cercana que había en la población. El sacerdote Mariano Puga recibió al muchacho y ahí pasó la noche, entre curaciones y vendajes.

“Lo que se hacía en ese tiempo era acudir a la iglesia. En las capillas que había en las poblaciones, se ponían puestos médicos. Ahí la gente se refugiaba, hacían ollas comunes. Yo a pesar de ser agnóstica, creo que la iglesia tuvo un papel fundamental, sobre todo el Cardenal Raúl Silva Enríquez, quien puso la infraestructura al servicio de un pueblo sufriente. En esa oportunidad todos quedamos heridos, pero con daños menores, porque afortunadamente eran granadas caseras, sin esquirlas. Si tú estás cerca, te causa el daño que le causó a él. Ahí apliqué lo que había aprendido y tuve que hacer de tripas corazón. Le dije al herido que no era el momento de gritar y le pedí a uno de los compañeros que lo llevara al puesto médico de la iglesia. Acto seguido, le pedí a todos que se revisaran. La mayoría tenían un trauma acústico y estaban muy asustados, porque eran cabros de 18, 20 años. Uno en esas situaciones no puede permitir que nadie opine, así que di órdenes bien precisas”.

Gabriela también estaba herida. Le pidió a los dos compañeros que quedaron ilesos, que activaran el puesto médico del FPMR. Esperó en una casa del sector, que gente ayudista, puso a su disposición. En una habitación revisó sus heridas, que eran básicamente quemaduras por la pólvora en uno de los muslos. Sus manos también estaban quemadas, pero no con la misma intensidad, gracias a los guantes ceñidos de cuero negro que usaba, cada vez que debía manipular armas.

Dos horas después, luego de haber recorrido varias cuadras en busca de un teléfono público habilitado, llegaron los compañeros informando que la población estaba sitiada. Gabriela tendría que pasar la noche ahí, así que aguantó el dolor e intentó dormir. Al día siguiente, a las ocho la

mañana, la recogió un auto que la dejó cerca de su casa. Tomó un taxi y ya en su cama, esperó la visita de los médicos, dos jóvenes que trabajaban en la Posta Central y colaboraban con el FPMR. Días después la visitó Cecilia Magni, y le informó que, por razones de seguridad, debía abandonar la casa de su madre.

“Se me asignó la zona nor-poniente, mi jefa directa era Cecilia Magni, que en ese entonces estaba a cargo de todo Santiago. Estuve ahí hasta mayo de 1986. La idea era formar grupos territoriales. Todo el trabajo se hacía en función de la rebelión popular que tenía el PC. La gente vivía ahí mismo, algunos en Renca, otros en Pudahuel o Cerro Navia y los grupos crecían con los mismos vecinos o militantes que incluían a sus amigos. En teoría el partido iba a reclutar gente, pero eso no sucedió. Me tocó ir a varios puntos, donde supuestamente me presentarían nuevos integrantes, pero nunca llegó nadie. Incluso, muchas veces el propio Partido suspendía operaciones que estaban a punto de ser ejecutadas. Por un lado se entregaban muchos recursos, pero por otro se frenaban los procesos, entonces era muy confuso para uno”.

Gabriela ya era funcionaria del FPMR, vivía con un aporte asignado por la dirección. Había dejado la universidad, también la casa de su madre y ahora el cien por ciento de su tiempo lo dedicaba a tareas de la agrupación.

## **Paso a la clandestinidad**

“¡Otro mártir!”, era el titular de Las Últimas Noticias en portada el 29 de abril de 1986, que aludía al carabinero Miguel Vásquez Tobar, muerto el día anterior tras un ataque realizado por un grupo operativo del FPMR a la Panadería Lautaro<sup>12</sup>, en San Bernardo. Pero no fue el único caído. Murió también el frentista Lenin Miranda Clavijo y tres de sus compañeros fueron apresados. Hugo Gómez Peña, parte del comando también, estaba herido y prófugo de la justicia. Lo llevaron de inmediato a la Vicaría de la Solidaridad y fue atendido por el doctor Ramiro Olivares.

---

<sup>12</sup> El 28 de abril de 1984, seis combatientes del FPMR asaltaron la Panadería Lautaro ubicada en la calle San Florencio, esquina calle Corta, población Cóncores de Chile. En la sentencia N° 278, del 27 de diciembre de 1990 del 2° Juzgado Militar de Santiago, se identifica como autores del asalto a “Lenin César Miranda Clavijo, nombres políticos “Alex” y “El Jefe”; Germán Alfaro Rojas, nombre político “Pancho”; Hugo Segundo Gómez Peña, nombre político “Pedro”; Jorge Antonio Marín Correa, nombre político “Marco Antonio”; Luis Humberto Miranda Clavijo, nombre político “Juan o Bruno”; y Belinda Raquel de Fátima Zubicueta Carmona, nombres políticos “Bely, Roxana y La Mongólica”.

Luego fue derivado a la Clínica Chiloé<sup>13</sup>, donde lo operaron de urgencia. Allí permaneció sólo unas horas y con ayuda del director de la clínica, Ramón Rojas, fue trasladado a una casa de seguridad, con el fin de capear a los organismos represivos. Al día siguiente, en la misma clínica, fue detenido el equipo médico en cuestión<sup>14</sup> y el 6 de mayo, en la Tercera Fiscalía Militar, fueron arrestados dos funcionarios de la Vicaría<sup>15</sup>, luego de haber prestado declaraciones voluntariamente. El fiscal militar Fernando Torres Silva se hizo cargo del caso.

Gabriela no estaba involucrada con lo ocurrido en la Panadería Lautaro. Se enteró por la prensa, como cualquier ciudadano que veía en todos los diarios, la búsqueda desafortada del “terrorista”. Pero desde el 10 de mayo estuvo, sin quererlo, implicada.

Revisó el buzón de mensajes, como de costumbre. Tenía un recado de Cecilia Magni, en ese entonces encargada de Santiago, quien le pedía una reunión urgente. Fue muy precisa en el encuentro: “Necesitamos que escondas a Gómez Peña”. Cecilia sabía que Gabriela contaba con buenas casas de seguridad, al contrario del muchacho en cuestión, un compañero de escasos recursos sin redes de protección.

“Yo tendría que haber dicho que no, pero como uno sabe del compañero herido y sabe que en el fondo una misma podría estar en esa situación, no te puedes negar. Finalmente terminé cediendo y llevé a Gómez Peña a una de las casas que me facilitaban para hacer reuniones en pleno corazón de Ñuñoa, en Juan Moya con Irrarrázaval. Uno escuchaba las noticias y por todos lados salía que estaban buscando a este compañero, porque en la operación murió un paco. Estaban allanando todo para llegar a él y la Cecilia lo quiso sacar de su entorno habitual para que no lo encontraran. En la zona oriente se cuidaban un poco en los allanamientos, aunque sea tocaban la

---

<sup>13</sup> La Clínica Chiloé, fundada por el médico comunista Ramón Rojas, estaba ubicada en la calle Chiloé #1844, cerca del barrio Franklin. Fue de los pocos centros asistenciales comprometidos en la lucha anti dictatorial, que para ese entonces, tenía convenio de atención con la Vicaría de la Solidaridad.

<sup>14</sup> Fueron detenidos Ramón Rojas, director de la clínica; Álvaro Reyes, traumatólogo y médico cirujano que atendió a Gómez Peña; y Claudio Muñoz, ayudante.

<sup>15</sup> Ramiro Olivares, médico y Gustavo Villalobos, abogado, ambos funcionarios de la Vicaría de la Solidaridad, quienes prestaron ayuda al frentista Hugo Gómez Peña, quedaron detenidos e incomunicados, por sentencia del fiscal Luis Acevedo, el 6 de mayo de 1986. El 11 de mayo, el fiscal militar Torres Silva prohíbe informar sobre el caso. Se inició una larga batalla entre la Vicaría de la Solidaridad y el régimen. Recién en Junio de 1990, la Corte Suprema anuló los autos de reos dictados por la Corte Marcial.

puerta, no como en las poblaciones que avasallaban. Bueno, puse al compañero en esta casa y como yo estaba ocupada, a cargo de la zona Norponiente de Santiago, le pedí a mi mamá que me ayudara. Ella lo trasladaba de una casa a otra, porque en una lo dejaban pasar el día y en otra la noche”.

Su impacto fue grande cuando vio a Gómez Peña completamente inconsciente. Sabía que no podía llevarlo a ningún centro asistencial, porque lo tomarían detenido. Pero tenía claro también que había que actuar rápido, antes de que la infección por heridas de bala hiciera lo suyo. Le pegó un par de cachetadas, pero no respondió. Era un cuerpo lacio, aunque aún tenía pulso. Llamó al encargado de logística de la zona nor-poniente del Frente y pidió que activaran el puesto médico. Llegó un compañero a recogerlos en auto y los llevó hasta el domicilio del doctor Macaya. Era un departamento de los años 40, ubicado en Av. Santa María. No podían arrastrarlo por el pasto del antejardín hasta la entrada del edificio, como quien acarrea un saco de papas, porque sería sospechoso, así que optaron por la terraza. Estacionaron el auto en la parte trasera del edificio y con fuerza, entre ambos, alzaron el bulto hasta el segundo piso, donde estaba el médico listo para recibirlo. Tenían mucho miedo. Sabían que si eran sorprendidos se irían presos, sin vuelta. El diagnóstico fue negro; se trataba de una septicemia generalizada. Sólo podían salvarle la vida haciendo un recambio completo de sangre, procedimiento realizado exclusivamente en la Posta Central. Gabriela tenía dos opciones; Llevar a Gómez Peña hasta un peladero lejano y darle un tiro o salvarle la vida. Pero la segunda opción ponía en jaque su legalidad, la de su madre y la del doctor Macaya. Mientras se debatía entre ambas ideas, el doctor atendía al moribundo y su compañero corría hacia la farmacia más cercana, ubicada en Portugal, para conseguir suero.

“Cuando le pusieron el suero, el compañero gritaba muy fuerte, aunque se supone que estaba inconsciente. La casa del doctor se ponía en riesgo y nosotros también. Sabía que llevarlo a la Posta Central iba a tener un costo enorme para todos, pero opté por vida. A la larga o a la corta, Gómez Peña iba a dar información, porque lo iban a torturar. Eso lo tenía claro, pero estaba el tema de que cuando uno participa en una operación, tú confías en la lealtad entre combatientes, confías en que si te pasa cualquier cosa, van a salvar tu vida como sea. A mí no me gustaría que me pegaran un tiro, porque no saben qué hacer conmigo”.

La misma noche del 13 de mayo ingresaron a Hugo Gómez Peña a la Posta Central a través de la Vicaría de la Solidaridad. El fiscal Torres ordenó su detención. El doctor Macaya se fue preso, Gabriela tuvo que entrar a la clandestinidad más absoluta y su madre tuvo que salir del país por más de diez años. Hugo Gómez Peña fue condenado a 35 años de cárcel, pero estuvo preso siete años y seis meses. En 1993, bajo el gobierno de Patricio Aylwin, fue indultado y cumplió un extrañamiento de 20 años en Bélgica.

“Gómez Peña entregó bajo tortura mucha información. A partir de esto cayó mucha gente, mucha infraestructura. Cuando tomé esta decisión, dejé varios recados para contactarme con la Cecilia Magni, pero ella no controlaba los buzones a cada rato, entonces lo vio mucho después. Finalmente nos vimos al otro día temprano, pero ella ya está enterada por las noticias. Dos horas después de haberlo dejado en la Posta, la radio Cooperativa tiró la noticia. Fue una especie de aviso para toda la gente que tenía relación con él, para que se protegieran. Esa misma noche mi mamá agarró algunas cositas y se fue a la casa de una amiga. Nunca más volvió, hasta diez años después, porque el Frente la sacó del país con documentación de suplantación. Ella es una mujer muy resiliente. Un día me dijo, “quién iba a pensar que a esta edad iba a estar jugando a los bandidos...” No le quedaba otra que tomársela con humor y aceptar lo que estaba pasando. Ella accedió a ayudar, sabiendo los costos que esto podía traer. Mi familia se vio involucrada también. Allanaron un negocio que tenían en el centro, algunas casas y la nuestra también, por supuesto. Mis amistades también fueron seguidas”.

Ahí se terminó la vida social de Fabiola. Siguió viviendo en la casa que arrendaba cerca del actual Cine Hoyts, porque nadie más que ella la conocía. Dejó de ver a sus amigos, no transitó más por su barrio ni por los lugares que solía frecuentar. Se quedó aislada del mundo, pero la dirección del FPMR le tenía una nueva misión, allá, en el Cajón del Maipo.

## **Operación Siglo XX**

### **Preparación**

En pleno centro de Santiago se juntó con Cecilia Magni, quien le comunicó su nueva misión<sup>16</sup>. Debía trasladarse al Cajón del Maipo, contaba con un par de horas para hacer su bolso y sacar algunas cosas de la casa que arrendaba. En la tarde, como habían acordado, estaba instalada en un restaurante de Puente Alto junto a otro combatiente, tomando café. Después de conversar unos minutos, tomaron el auto y partieron a la amasandería ubicada en la ruta El Volcán, en Las Vizcachas. Su primera tarea fue aprender a amasar el pan que ofrecería cada mañana a los transeúntes. Ahora se llamaba Fabiola.

“Llegamos a la amasandería y ahí mi compañero me dijo que le haríamos una emboscada a Pinochet y que nosotros teníamos que hacer de pantalla en la amasandería y estar muy atentos a lo que estaba pasando en el sector. No me pilló por sorpresa la operación, sabíamos que algo así tenía que suceder, pero si me sorprendió que me eligieran a mí, me sentí privilegiada, porque era un cambio desde el punto de vista subjetivo para la gente, independiente de si nos resultaba o no”.

Entre mayo y septiembre estuvo ahí, vendiendo pan, bebidas y abarrotes. Pero era sólo una pantalla para maquillar la “Operación Siglo XX”, el plan que urdía la dirección del FPMR para acabar con el dictador. A la vista estaba ella, además de su supuesto novio y cuñado, todos combatientes del Frente. Pero en la amasandería subyacía un secreto: Cuatro compañeros cavaban un largo túnel, en el cual se pondrían los explosivos que serían activados en el momento preciso, cuando el auto de Augusto Pinochet se encaminara a Santiago, luego de sus clásicas estadías en la casa de El Melocotón. Se trataba de un atentado con explosivos inspirado en el de 1973, cuando la ETA logró asesinar al segundo almirante del régimen franquista, Luis Carrera Blanco.

La dictadura era cada vez más cruda y feroz. Así quedaba evidenciado el 2 de julio de 1986, cuando se produjo una gran protesta nacional, durante la cual un grupo de militares, comandado

por el oficial Pedro Fernández Ditus, roció con combustible a dos jóvenes y los quemó vivos<sup>17</sup>. A los ojos de Fabiola había que actuar rápido.

La amasandería tenía su rutina. Dormían los tres juntos en la pieza que daba atrás del local. El frío se colaba por las tejas de zinc en las noches y a penas salía el sol, tenían que salir de la cama, porque el hielo se derretía y goteaba. A las seis de la mañana Fabiola hervía agua para evitar la ducha fría en el baño rudimentario. Horneaba el pan, para luego venderlo calentito. Era también la encargada de hacerle almuerzo a los invisibles; aquellos que permanecían todo el día cavando.

Para justificar los cúmulos de tierra depositados en su terreno, que cada vez eran más grandes, y el ruido y los maestros, contaba que estaban ampliando la casa. Ya conocía a la gente del barrio, saludaba a sus vecinos, e incluso, una vez por semana tomaban once con un grupo de evangélicos que tenían por misión apresurar el matrimonio para sacar a esta pareja del pecado. Mientras todo transcurría con aparente normalidad, Fabiola observaba sigilosamente, desde la amasandería la carretera y anotaba cada movimiento.

“La mamá de un compañero compró el lugar. Era básicamente la amasandería adelante y atrás una casa a medio construir, sólo la obra gruesa con ladrillo al desnudo. Hubo todo un trabajo de exploración, se hizo un levantamiento de la zona. Yo sabía que podía morir, sabía que eso podía pasar, porque el lugar estaba encerrado y porque eran muchos explosivos. Lo que nosotros teníamos era el cerro hacia atrás, la propiedad, la calle y al frente Las Vizcachas. La explosión se iba a ir por donde hubiese menos resistencia, pero de todas maneras parte de la onda iba a chocar contra el cerro y en ese sentido, pensábamos que iba a ser difícil librarnos de la onda expansiva”.

El 6 de agosto de 1985 cae Carrizal<sup>18</sup>. Dado que estaba estipulado utilizar parte de ese depósito para concretar el atentado explosivo a Pinochet, el plan tuvo que ser modificada. Cecilia

---

<sup>17</sup>Carmen Gloria Quintana, estudiante de psicología y Rodrigo Rojas De Negri, fotógrafo, fueron quemados vivos por un grupo de militares en el marco de una protesta nacional el 2 de julio de 1986. Ella sobrevivió al ataque, aunque con más del 60% de su cuerpo quemado, mientras que él murió cuatro días después en la Posta Central. Tras 29 años de impunidad, este 2015 el Juez Mario Carroza reabrió la causa a partir de las declaraciones emitidas por el ex conscripto Fernando Guzmán, quien participó en los hechos y decidió romper el pacto de silencio.

<sup>18</sup> El 6 de agosto de 1985 la CNI descubre en Carrizal Bajo, una playa ubicada al norte de Chile, en la comuna de Huasco, un depósito con toneladas de armas provenientes de Cuba, que estaba recibiendo el PC junto al FPRM. Estas serían utilizadas para desestabilizar el régimen, en el marco de la Política de Rebelión Popular de masas, anunciada cinco años antes por el Partido, que admitía “todas las formas de lucha”. El botín contenía mil fusiles M-16 de fabricación norteamericana, 1.900 kilos de explosivos; 360.000 cartuchos de bala de 5.56 mm, además de



Magni se acercó días después a la amasandería y explicó a grandes rasgos la nueva operación, que tenía el mismo fin, pero cambiaba completamente su forma. Joaquín Valenzuela Levi estaba a cargo del diseño general y Cecilia Magni de la logística. El túnel ya no era necesario, los excavadores se retiraron y ahora sólo se necesitaba la valentía de los combatientes que le tenderían una emboscada al dictador. La amasandería se mantuvo como pantalla, sólo que desde ese momento funcionó como una receptáculo de las armas que llegaban embarretinadas en vehículos desde la logística central. Se ingresaban los autos al patio trasero de la casa, que daba justo al cerro, se desarmaban y eran devueltos.

“La caída de Carrizal significó un gran golpe para nosotros. Nos afectaba en todo sentido, porque significaba cambiar el plan inicial y las posibilidades de salir con vida se reducían aún más. Desde el punto de vista material, la cantidad de vehículos, combatientes, granadas, explosivos, municiones, era mucho mayor y en un mes hubo que resolverlo todo. El Frente tuvo que destinar muchos recursos materiales y humanos al rediseño de la operación. Durante ese mes tuve que cambiar la exploración. Me tocó visitar el lugar donde se apostarían los combatientes, los fusileros. Lo visité muchas veces. El paisaje ha cambiado mucho... De la existencia de la casa de la obra, por ejemplo, me enteré el día del primer intento. Eso tenía que ver con la compartimentación, uno conocía lo mínimo. Yo no quería saber nada que no fuese necesario, para mi sobrevivencia y la de mis compañeros. Yo pensaba que los escoltas de Pinochet estaban dispuestos a todo, que además contaban con una buena preparación militar, y obviamente, con muchos más recursos que nosotros, porque el cincuenta por ciento de nuestros combatientes, tenían poca experiencia. Había muy pocos que se habían preparado en el extranjero como era mi caso y en ese sentido fui privilegiada”.

El viernes 30 de agosto en la noche se acuartelaron en la casa de La Obra<sup>19</sup>. Fabiola, como había estado a cargo de la exploración, sabía que el auto del dictador bajaba todos los domingos, entre cinco y siete de la tarde. Siguiendo la lógica, los combatientes se apostaron en el camino, con armas en mano y esperaron al objetivo. Pero no apareció. El día anterior había vuelto a Santiago,

---

granadas de mano y lanzacohetes RPG-7 y LAW. Guillermo Tellier era encargado militar del PC en aquel entonces y el frentista Orlando Bahamondes Barría, “Pedro”, fue el jefe máximo de dicha operación.

<sup>19</sup> Se conoce como “casa de La Obra”, la vivienda donde acuarteló el comando que emboscó a la comitiva de Pinochet. Fue arrendada por César Búnster Aristía, integrante del FPMR y encargado de la parte logística de la operación.

para asistir al funeral del ex Presidente Jorge Alessandri. Se desarmó el operativo que, por suerte, pasó desapercibido. Una semana más tarde lo volverían a intentar.

## **El atentado**

Estaba convencida de que no saldría con vida. Miraba con optimismo el plan inicial, ése que contemplaba el atentado por la vía del túnel, pero las cosas habían cambiado después de la caída de Carrizal<sup>20</sup>. Bajo el cielo estrellado del Cajón del Maipo, se imaginaba lacia y fría entre el polvo suspendido luego del fuego. Pero eso no era más que ficción.

Contaban con un armamento muy rudimentario. Cada combatiente tenía asignado un fusil roñoso, de esos M16 que habían sido abandonados por Estados Unidos en Vietnam hacia 1975, cada uno tenía un par de granadas y otras municiones, pero todas, lejos del anhelado AK 47. Fabiola era la única mujer dentro del grupo<sup>21</sup>.

“Si bien yo tenía buen acondicionamiento físico, al lado de un hombre esas capacidades se veían disminuidas por lógica. Sabía que para mi era aún más difícil salir viva. A nosotros se nos planteó derechamente que la posibilidad de salir con vida era escasa y quienes aceptamos sabíamos a lo que íbamos. En la operación misma, pensé que el cincuenta por ciento de los disparos que sentía, venían de los escoltas. Nunca pensé que el 99% de ellos fuesen nuestros. La operación no duró más de diez minutos”.

Sintió mucha adrenalina cuando dieron la orden de salir de la casa de “La Obra”, lugar donde habían estado acuartelados desde el viernes 3 de agosto. Cada quien sabía de ante mano a qué

---

<sup>20</sup> En 1986 el FPMR junto al PC, en el marco de la Política de Rebelión Popular, ingresan toneladas de armamento al país proveniente de Cuba. Estas fueron internadas en barretines contruidos en las playas cercanas a Carrizal Bajo, al norte del país y serían utilizadas con el único propósito de boicotear el régimen de Pinochet. El 6 de agosto de 1986 la CNI descubre el operativo. Encautan el arsenal y tras varios enfrentamientos, toman detenidos a los principales implicados; Claudio Molina, Sergio Buschmann, Eduardo Niedbalski, Diego Lira, Alfredo Malbrich, entre otros treinta y un Frentistas, fueron procesados por la Ley de Control de armas.

<sup>21</sup> Un grupo de 21 jóvenes combatientes del FPMR al mando de José Joaquín Valenzuela Levi (Ernesto) participaron en el atentado a Pinochet el 7 de septiembre de 1986.

auto subir. Vestían ropa de calle, pero sobre eso tenían un buzo, una especie de overol, pensado para que aquellos que se salvaran, pudieran tirarlo y escapar con ropa limpia.

Fue la tarde del domingo 7 de septiembre. Se apostó en el lugar, junto a todos sus compañeros y cuando sintió el pito, supo que el objetivo estaba cerca. A penas se cruzó la casa rodante, los autos empezaron a detenerse y ella tiró el Low, con el arrojo de un animal salvaje que defiende a su cría. Lanzó varias granadas y tres de los cuatro cargadores que llevaba consigo. Guardó uno para la retirada, aunque tenía la certeza de que moriría. Sintió otro pitazo, el último que indicaba la retirada. Los compañeros que estaban a su lado estaban vivos. Se levantaron todos juntos medios agachados, pensando en que los contrincantes seguirían contestando al fuego, pero instantáneamente el ruido cesó. La pólvora había vestido el lugar encajonado con un espeso humo, los minutos transcurrían como en un reloj de arena y ya estaba a punto de oscurecer. Camino al auto se tropezó y uno sus compañeros la ayudó a levantarse con apresuro.

“Me tocó ir acostada en la parte trasera del auto y sobre mí; cuatro compañeros iban sentados. Esto, porque no se podía notar que había una mujer, porque el plan era hacerse pasar por la caravana de escoltas. Los *pacos* que estaban frente al retén de Las Vizcachas nos abrieron las barricadas, porque ellos sintieron la emboscada y como vieron que las balizas estaban prendidas pensaron que éramos parte de la comitiva. Recuerdo que quería que esa parte terminara luego, porque me pesaban mucho los compañeros, me dolía la espalda, además yo era muy delgada. Uno de los jefes del grupo me decía ‘agáchate más’, pero yo no podía porque no había nada más abajo”.

El chofer del operativo enfiló por La Florida hacia el norte y por San Jorge estacionó la camioneta. Era de noche. Todos se sacaron el buzo y lo tiraron en el camino. El armamento quedó abandonado en la camioneta, el grupo se disolvió y cada combatiente siguió su rumbo. Se les había asignado dinero para tomar taxi ,micro o que lo que fuera necesario. Fabiola tomó una micro a pocos metros del lugar y uno de sus compañeros se le sumó en el siguiente paradero. Se sentaron juntos, simulando ser una pareja feliz, pero ni una sola palabra salió por sus bocas. Estaban orgullosos, rebalsados de emoción, porque creían haber logrado el objetivo. Llegaron al metro y se separaron. En la estación Lo Prado una mujer, de 28 años, madre de dos hijos,

esperaba a Fabiola y a otro de sus compañeros. Pudieron reconocerla gracias al sombrero que llevaba puesto y el diario que balanceaba entre las manos. Era la señal visual acordada. Llegaron a una casa de seguridad y con ansiedad prendieron la televisión. Querían ser espectadores de su propio triunfo. Pero el noticiario de las nueve de la noche de golpe, los bajó de la nube. Cinco escoltas murieron<sup>22</sup>, varios resultaron heridos, pero el dictador seguía vivo y peor aún, estaba ileso.

“Fue un balde de agua fría, una decepción enorme, quedé muy triste. Además no teníamos la certeza de que estábamos todos vivos, estaba la posibilidad de que hubiesen agarrado a algún compañero en el camino. Estuvimos un poco más de una semana en esa casa y en el intertanto, llegó Cecilia Magni y nos dijo que todos estaban bien, que sólo había un herido<sup>23</sup> y ningún detenido. De ahí, la idea era estar descansando, en el sentido de no hacer nada, porque obviamente iban a buscarnos a todos”.

Horas después del atentado la Junta decretó Estado de Sitio en el país y ya de madrugada, la CNI pasaba la cuenta: Felipe Rivera Gajardo, militante del PC y electricista, fue sacado a la fuerza de su casa en Pudahuel. Luego irrumpieron en San Bernardo, en el domicilio de Gastón Vidaurrazaga Manríquez, militante del MIR y profesor. Terminaron en Bellavista, en el domicilio del periodista José Humerto Carrasco Tapia, también mirista y dirigente gremial.

El 9 de septiembre en el diario La Segunda se advertía la tragedia: “Fue reconocido el cadáver de editor de revista Análisis”. Con 14 impactos de bala, fue encontrado cerca del cementerio Parque del Recuerdo. Pocas horas después aparecieron los cuerpos restantes, también acribillados. Pero el ataque no terminó ahí. Esa misma noche fue secuestrado Abraham Muskatblit Eidelstein, publicista y militante del PC, cuyo cuerpo sin vida fue hallado al día siguiente, camino a

---

<sup>22</sup> Los cinco escoltas fallecidos en el Cajón del Maipo, producto del Atentado a Pinochet, fueron los suboficiales de Ejército Cardenio Hernández, Miguel Guerrero Guzmán, Gerardo Rebolledo Cisternas y Roberto Rosales Martínez, además del suboficial de carabineros, Pablo Silva Pizarro.

<sup>23</sup> Mauricio Arenas Bejas fue el único herido que tuvo el FPMR en el atentado contra el dictador Augusto Pinochet. Por esa causa estuvo preso entre 1987 y 1990, cuando se fugó el mes de enero, junto a otros presos políticos de la Cárcel Pública. Murió producto de un cáncer pulmonar, el 19 de octubre de 1991 en el Hospital Vecinal de Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Lonquén. El abogado de la Vicaría de la Solidaridad, Luis Toro era el último objetivo, pero logró escapar<sup>24</sup>.

Fabiola había sido trasladada a una casa de seguridad del FPMR ubicada en Monseñor Edwards en la comuna de La Reina, donde permaneció alrededor de un mes intentando pasar desapercibida. Por el vecindario se paseaba todos los días una mujer vestida de enfermera. Contaba la trágica situación del dueño de la propiedad, un adulto mayor postrado a quien cuidaba día y noche. Pero detrás del impecable uniforme blanco se escondía una combatiente más del FPMR.

“Era una manera de justificar las entradas y salidas de esa casa, porque podía ser su familia que lo visitaba. De haber estado un par de semanas "de vacaciones", volví a mi casa, que quedaba en Gran Avenida. Era una casa interior que arrendé en el período que estuve en el Cajón del Maipo. Exactamente no recuerdo cuál era la leyenda que tenía en esa casa, pero creo que decía que era del Sur y que por eso iba y volvía. El sentido de tener esa casa era que yo tuviera un lugar donde retornar después del atentado en caso de sobrevivir”.

Los días en esa casa pasaron lentamente, se sentía sola. El 22 de octubre de 1986 se enteró por la prensa de que cuatro de los combatientes que habían participado con ella en el Atentado habían caído; Lenin Peralta Véliz, Jorge Angulo González, Arnaldo Arenas Bejas y Víctor Díaz Caro<sup>25</sup>. Su corazón se encogió como cuando se arruga una hoja de cuaderno con zaña.

“No tuve miedo, pero si fue muy triste cuando me enteré. Gente de la jefatura me contó porqué los habían agarrado y era lo típico; se habían roto normas de seguridad que estaban dichas y redichas... Un compañero<sup>26</sup> fue a ver a su hijo recién nacido y ahí lo agarraron, porque

---

<sup>24</sup> Ricardo García, Ministro del Interior y Francisco Javier Cuadra, secretario general de Gobierno, atribuyeron los cuatro crímenes a “pugnas entre comunistas”. El ministro en visita Aquiles Rojas se hizo cargo de la investigación. Casi trece años después, la jueza Dobra Lusic, dicta una resolución que atribuye los cuatro homicidios a agentes de la CNI y miembros del “Comando 11 de Septiembre”, encabezados por Álvaro Corbalán.

<sup>25</sup> Lenin Peralta Véliz, Jorge Angulo González, Arnaldo Arenas Bejas y Víctor Díaz, se encontraban en el Parque O’Higgins, al portas de comenzar un entrenamiento físico, cuando fueron detenidos. En declaraciones extra judiciales ante el Fiscal Torres Silva, admitieron su participación en el Atentado como combatientes del FPMR.

<sup>26</sup> La huella dactilar de Juan Moreno Ávila, fue identificada por la CNI en un envase de gaseosa hallada al interior de la casona arrendada en el pueblo de La Obra a la entrada del Cajón del Maipo. Fue el primero de los combatientes de la “ Operación Siglo XX” en ser detenido. Fue torturado y condenado a cadena perpetua. En 1990 fue uno de los 49 presos políticos fugados de la Cárcel Pública.

obviamente la CNI lo estaba esperando en la casa de su polola. Él tenía prohibido acercarse, pero hay gente que piensa que es inmortal yo creo. De ahí obtuvieron la información de que al día siguiente se iban a juntar todos en el Parque”.

## **Clandestina**

Era octubre de 1986 y nuevamente tendría que armar maletas, esta vez con destino al sur. Dijo a sus arrendadores santiaguinos, quienes la tenían por sureña, que debía viajar urgente por motivos familiares. Ahora su misión era formar estructura del Frente en Talca.

Se alojó en una pensión de estudiantes, pero no se sentía cómoda en la ciudad. Pensaba que no tenía cabida en ese reducto de gente apatronada y conservadora. Volvió varias veces a Santiago por reuniones con otros miembros del Frente y un día, por casualidad, se encontró con un querido compañero. Él debía entregarle algunos lineamientos que venían de la Dirección, así que aprovecharon de ponerse al día en el Café Santos, ése que solía frecuentar con su madre cuando era niña. Pidió, como siempre, un café helado, estuvieron largo rato hablando de sus vidas, que a esas alturas estaban confiscadas por el FPMR.

Salieron del café y justo en la esquina se encontraron con un quiosco.

-Espérame un segundo, que quiero leer los titulares- dijo Fabiola, quien a los pocos segundos estaba paralizada al ver las escandalosas letras rojas de La Segunda que advertía que habían sido detectadas las dos mujeres que participaron en el atentado a Pinochet. Compró el vespertino con la esperanza de que no aparecería su nombre, pero el corazón casi se le arrancó del pecho cuando lo vio acompañado de una foto.

“Me sentí absolutamente vulnerable, como un niño perdido en el bosque. Si tenían mi nombre era porque gente había hablado y porque habían cruzado información. Sentí que mi radio de acción se había reducido prácticamente a cero. Le pedí al compañero que informara, quedamos con señales para encontrarnos y resolví quedarme en Santiago y no volver a Talca”.

---

Decidió quedarse en la casa de Santiago y no volver a Talca. Se encerró en su pieza, incluso salir a la esquina era peligroso. A los pocos días se volvió a juntar con el amigo del café, quien le comunicó que por decisión de la Dirección y para su seguridad, debía abandonar el país. Le dieron la opción de hacer un curso político en el extranjero, así que rápidamente, entregó su casa y acudió a unos compañeros de universidad para que la alojaran. Era su última reserva. Entre Pascua y Año Nuevo salió de Chile, pero antes de llegar a destino, hizo una escala<sup>27</sup>. La recibió Cecilia Magni, quien había salido de Chile con la misión de recibir a la gente involucrada con Carrizal.

Desde Chile llegaban noticias alarmantes como la sangrienta Operación Albania<sup>28</sup>. Desde el intento por ajusticiar a Pinochet a la fecha, se hacía evidente que el Partido Comunista, poco a poco daba un paso al costado en torno a la política de Rebelión Popular condicionado por el cada vez más débil apoyo desde Moscú y Europa del Este. Desde el lanzamiento de la Perestroika por parte de Mijail Gorbachov en 1985, el “internacionalismo” revolucionario había sido apartado de manera paulatina por parte de los soviéticos, más atareados en asegurar los frentes internos y priorizar el descongelamiento con el Occidente. También era evidente y casi irreversible un debilitamiento en la relación entre los países del Pacto de Varsovia. Dos años más tarde, todo se derrumbaría, cayendo una tras otra las “repúblicas populares y democráticas” de Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania, Polonia, Alemania del Este, Albania hasta la disolución de la propia URSS en 1991.

Con lo anterior, las organizaciones revolucionarias del Tercer Mundo, perdían gran parte, si no todo, de su financiamiento, provisión de armas y protección internacional. A la larga sólo quedaría Cuba como sitio seguro. En ese contexto muy complejo, interno como externo, Raúl

---

<sup>27</sup> La entrevistada ha preferido no revelar el nombre del país donde hizo escala y tampoco del que la recibió más adelante.

<sup>28</sup> En junio de 1987 la CNI llevó a cabo la Operación Albania, también conocida como matanza de Corpus Christi, dirigida contra varios miembros del FPMR. Ignacio Valenzuela Pochoreky, fue acribillado el 15 de junio en la calle Alhué de Santiago. Ese fue el comienzo de una seguidilla de atentados que terminaron con la vida de 12 miembros del FPMR: Patricio Ricardo Acosta Castro, Juan Waldemar Henríquez Araya, Wilson Daniel Henríquez Gallegos, Julio Arturo Guerra Olivarez, Ester Angélica Cabrera Hinojosa, Elizabeth Edelmira Escobar Mondaca, Patricia Angélica Quiroz Nilo, Ricardo Hernán Rivera Silva, Ricardo Cristián Silva Soto, Manuel Eduardo Valencia Calderón y José Joaquín Valenzuela Levi. Todos estos asesinatos fueron presentados ante la opinión pública como consecuencia de enfrentamientos subversivos, lo que fue desmentido tras la investigación judicial.

Pellegrin elabora un comunicado donde hace un balance del año y asegura que el FPMR no dará marcha atrás:

“Hoy nos proponemos avanzar en elevar la lucha, en avanzar hacia la crisis nacional en todos los terrenos, hasta desestabilizar a Pinochet, recogiendo el inmenso potencial combativo del pueblo, su indignación y con eso crear las condiciones para que las masas irruman y se atraviesen en el plan de Pinochet. Ese es el único camino, desarrollándolo sin esquemas, asimilando las formas nuevas de hacer política en Chile, y los cambios en la sociedad (...) Desarrollando un enorme movimiento miliciano, lleno de mística y combatividad”.

Pero para el Frente, ahora Autónomo, el quiebre con el PC significó un rediseño desde el punto de vista estratégico y económico. La falta de recursos se hizo latente para Fabiola, cuando su paso por el país se extendió de una semana a un año. Los planes de estudiar se veían cada vez más lejanos. Durante ese período vivió en el departamento de Cecilia Magni, a quien ayudó en sus tareas. Entablaron una linda relación de amistad, pero ella tuvo que regresar a Chile y como el departamento ya no estaba disponible, Fabiola se fue a vivir a la periferia de la ciudad principal. Fue un período duro. No tenía dinero y tampoco papeles legales, por lo que le fue imposible encontrar trabajo. Vivió gracias a la solidaridad de varios militantes del PC de aquel país vecino que la acogía.

“Fue una etapa muy dura. Con suerte tenía dinero para movilizarme. En ese período empezó a gestarse el plebiscito y la campaña del “NO”. Después de Carrizal y el atentado, los *yankis* sacaron la cuenta de que la dictadura no daba para más, que probablemente íbamos a terminar como Nicaragua, y es por eso que le quitaron el piso a Pinochet y hubo una suerte de cambio en la política y se abrió la puerta para la salida democrática con cual mucha gente enganchó”.

En 1988 Fabiola pudo viajar a un destino que la acogió y ayudó. Estaba en un internado femenino, como alumna de un curso político impartido para mujeres de distintos lugares del mundo. Clases de 8:30 a 13:00 y la tarde para pasear. El país huésped fue generoso con ellas, todas las comidas y hasta el dinero para pasear iba por su cuenta. Muchas culturas convergían en ese lugar. Parada frente a dos salvadoreñas de diecisiete años, una sin pierna y la otra, con un



brazo menos, se sentía afortunada. Ambas muchachas habían pertenecido al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional,<sup>29</sup> y perdieron sus miembros apenas pisaron las granadas escondidas en los campos minados. Al curso de formación política entraron leyendo y escribiendo de manera rudimentaria, como niñas de seis o siete años, pero salieron de ahí instruidas y dignificadas. Fabiola admiraba esa entereza ante las adversidades.

“Yo decía, si a mí me faltara un miembro, estaría destruida debajo de la cama sin querer ver a nadie, en cambio ellas tenían un ánimo increíble. La vida de las africanas me impresionó también. Hice buenas migas con las angolanas. Eran mujeres que habían sufrido mucho maltrato. Su pecado era doble: ser negra y ser mujer. Los maridos las violaban, les pegaban, vivían muy marginadas de la sociedad, pero a pesar de todo eso, habían logrado levantar la cabeza y mirar el mundo de otra manera. Traspasaron todo el océano y rompieron los cánones de sus países, llegando a este curso. Ahí al lado de ellas, pensaba que las cosas por las cuales me había tocado pasar no eran nada, que las situaciones de machismo a las cuales me vi enfrentada eran un pelo en la cola”.

Mientras avanzaba el curso, Fabiola planificaba su regreso a Chile. Segura de que el “SI” arrasaría en el Plebiscito, estaba lista para retornar y derrocar por fin el régimen de Pinochet. Pero el 5 de octubre de 1988 sus planes se desmoronaron por completo, luego de que siete millones de chilenos cambiaran en las urnas el destino de la nación, diciendo “no más” a la dictadura que imperaba desde hace quince años. Mientras en la Plaza Italia de la capital miles de chilenos celebraban, un terremoto sacudía por dentro a Fabiola.

“¿Qué hago ahora con mi vida?, me preguntaba. Me sentí muy en el aire, tuve mucho resentimiento hacia el Partido, porque ellos te convocan a dejarlo todo, pero cuando hay que apoyar, te dejan botado. Fuimos hijos no reconocidos, *huachos* permanentes, habíamos nacido por generación espontánea. Y como yo, hubo mucha gente que postergó su vida y de una, nos quedamos de brazos cruzados”.

---

<sup>29</sup> El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) surge como un colectivo político-guerrillero de izquierda, que se enfrentó al gobierno militar de la época, en la guerra civil entre 1980 y 1992. Actualmente está constituido con partido político legal salvadoreño.

El 21 de octubre de 1988, un grupo del FPMR realiza la toma y copamiento de cuatro poblados: Aguas Grandes, La Mora, Pichipellahuén y del cuartel Los Queñes. En este último, caen sus máximos dirigentes, Cecilia Magni Camino, “Comandante Tamara” y Raúl Pellegrini Friedman, “Comandante José Miguel”<sup>30</sup>

Fabiola muy lejos de su país natal, se entera por la prensa de lo ocurrido y siente no haber podido despedir a su gran amiga.

“Uno ahora mira hacia atrás y se da cuenta de lo voluntarista que fue, en el sentido de que tratábamos de arreglar el mundo a nuestra pinta y nos marginábamos de la realidad. Yo hago que el mundo cambie y así mismo, el mundo hace que yo cambie, es una retroalimentación permanente y cuando tu te ensimismas, cuando dices: "si la realidad no se ajusta a la teoría, que se joda la realidad", todo se tuerce. Creo que eso nos pasó, porque no fuimos capaces como Frente de darnos cuenta y eso quedó confirmado en el ataque a Los Queñes, porque convertimos a la dirección nacional en un grupo operativo. Además, toda esa operación había sido diseñada en función de que ganara el “Sí” y ganó el “No”, pero se hizo igual. Claramente, no tuvimos la capacidad de acomodarnos a la realidad”.

## **Ni perdón ni olvido**

Patricio Aylwin había salido electo en las elecciones presidenciales<sup>31</sup>, pero para Fabiola el escenario seguía siendo el mismo. Retornó a Chile con suplantación de identidad el verano de 1989. Entró desde Argentina, vía Bariloche, donde se quedó un par de días contemplando el paisaje. Llegó a Puerto Montt y desde ahí tomó un bus a Santiago. Tenía un contacto pactado con

---

<sup>30</sup> Los máximos dirigentes del FPMR Cecilia Magni Camino y Raúl Pellegrin Friedmann, participaron en el ataque al poblado de Los Queñes realizado el 21 de octubre de 1988. Durante el episodio murió el Cabo Segundo, Juvenal Vargas Sepúlveda. Siete días después, en el río Tinguiririca fueron hallados los cadáveres de ambos líderes, que según los informes de autopsia, presentaron claros signos de tortura, como lesiones contusas y huellas de aplicación de electricidad.

<sup>31</sup> El candidato del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin, ganó las elecciones presidenciales realizadas el jueves 14 de diciembre de 1989, con el 55% de los votos a favor. Se enfrentó a Hernán Alberto Buchi Buc y a Francisco Javier Errázuriz Talavera, también conocido como “Fra Fra”. El primero, que había ocupado el puesto de Ministro de Hacienda en los últimos años de dictadura, participó por el conglomerado de derecha Democracia y Progreso, obteniendo el segundo lugar con un 29% de los votos, mientras que el empresario, fue como candidato de la Unión de Centro Centro Progresista (UCCP) y se llevó el tercer lugar con un 15% de los votos.

Roberto Nordenflycht. Quería retomar cuanto antes su actividad, aunque sabía que el Frente que había dejado, ya no era el mismo.

“En primer lugar, estaba la separación con el Partido Comunista, que nos limitaba en términos de recursos. En ese sentido yo tenía claro que no me iban a mandar al sur a formar guerrilla. Sabía que había que adaptarse a esta nueva ‘democracia’, ya estaba llegando Patricio Aylwin, entonces había que cambiar la estrategia. Ya no se trataba de una dirección militar netamente, sino que había todo un trabajo de masas. Como ya no existía el partido, alguien tenía que hacer política, porque mientras dependíamos de ellos, nosotros teníamos solamente responsabilidad militar. Ese fue un error. Nunca debimos habernos separado así de las masas, debimos haber abarcado el ámbito político. Pero bueno, esas son cosas que uno ve ahora desde lejos”.

Su tarea fue apoyar la estructura de Santiago. Con treinta años, se sorprendió al ver que los militantes eran en su mayoría jóvenes menores de edad. Los cuadros antiguos, con los que había trabajado tiempo atrás, estaban en otras localidades, algunos habían sido detenidos y muchos estaban muertos. Ya no se hablaba de “grupos operativos”, sino de “milicias rodriguistas”. Aún funcionaban como organización clandestina, pero los nuevos militantes, en su mayoría eran legales. El Frente estaba gestando su propia línea política. Comienza la “jornada de rediseño” a principios de los ’90, que duró varios meses, durante los cuales Fabiola se hizo cargo de una escuela. El propósito era instruir en lo político y en lo militar a los nuevos integrantes. Ella misma arrendó una casa de estilo colonial con varias piezas ubicada en San Bernardo en la cual se rotaban distintos grupos para recibir sus clases.

“Para mi el tema de las masas era algo muy alejado, porque eso lo hice en la universidad y después estuve diez años funcionando en otra lógica. El curso que hice en el extranjero me sirvió mucho, para ser más empática y poder aportar a esta nueva forma. Desde el punto de vista militar fui un apoyo, ya que nunca se dejó atrás. Los chicos que militaban aportaban ideas como hacer el festival Víctor Jara e invitar a todos los cantantes de las poblaciones. Eran cosas de ese estilo que a mí jamás se me habrían ocurrido, y a los viejos yo creo que tampoco, porque vivimos la dictadura en el estado de represión más brutal. Estas nuevas milicias no tenían tanto miedo”.

Dentro del período de rediseño, se elevó la consigna “ni perdón ni olvido”, tiempo durante el cual el FPMR concretó varios ajusticiamientos a altos jefes de las Fuerzas Armadas. El 9 de junio de 1989 un contingente del FPMR acaba con la vida de Cristian Roberto Fuentes Morrison<sup>32</sup>, quien recibió dieciocho impactos de bala. Siguió el entonces coronel director de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (Dicomcar) desde 1984, Luis Fontaine<sup>33</sup>. Gustavo Leigh<sup>34</sup>, comandante en jefe de la Fuerza Aérea al momento del golpe de Estado, sufrió un atentado con armas de fuego el 20 de marzo de 1990. Fueron cinco balazos, que le causaron heridas y la pérdida de un ojo, pero sobrevivió. El mayor del Ejército Carlos Pérez Castro<sup>35</sup> perdió la vida junto a su esposa Anita Schlager, el 3 de marzo de 1991.

Fabiola ya era miembro de la dirección de Santiago. Había sido designada en la reunión de la dirección nacional del FPMR, celebrada el verano de 1990, días después de la fuga masiva de la Cárcel Pública<sup>36</sup>. El encuentro se realizó clandestinamente en una casa en Reñaca. Asistieron alrededor de treinta personas, incluido, el “Lobo Arenas<sup>37</sup>”, uno de los fugados.

“Ahí se eligió a la nueva dirección nacional y me designaron como parte de la nueva jefatura de Santiago. Éramos cinco y había otra mujer. Lo que vino fue generar actividad más cercana a las

---

<sup>32</sup> Cristian Roberto Fuentes Morrison fue Patria Libertad durante el gobierno de la UP. En 1976 toma el mando de la Dirección de Inteligencia de la Fuerza Aérea (DIFA), Más tarde, como Comandante de escuadrilla de la FACH, pasa a ser jefe operativo del grupo criminal “Comando Conjunto”, cuyo objetivo era la persecución del MIR y el PC. Es recordado como uno de los más crueles torturadores de la época.

<sup>33</sup> El 10 de mayo de 1990, dos integrantes del FPMR interceptaron el auto del coronel Luis Fontaine y lo acribillaron. El cadáver fue hallado con 18 impactos de bala.

<sup>34</sup> Gustavo Leigh, se empeñó en sacar de las filas de la FACH a todos los militantes de izquierda. Fue el creador de “Comando Conjunto” y falleció el día 29 de septiembre de 1999 en el Hospital de la Fuerza Aérea producto de un paro cardíaco.

<sup>35</sup> Carlos Pérez Castro, Mayor del Ejército, colaboró como médico con los equipos de tortura de la CNI durante la década del '80. Fue acribillado por un comando del FPMR, junto a su esposa, mientras ingresaban a su domicilio en la ciudad de Rancagua.

<sup>36</sup> La mayor fuga de la historia de Chile tuvo cabida el 29 de enero de 1990. Se conoció como “Operación Éxito”, cuando 49 presos políticos se evadieron la Cárcel Pública de Santiago, a través de un túnel de 60 metros, que militantes del Partido Comunista y del FPMR, cavaron durante más de un año, con rudimentarias herramientas. Entre ellos están algunos de los frentistas que participaron en la internación, como Alfredo Malbrich; Diego Lira; Claudio Molina; Juan de Dios Márquez, Italo Moya; Rafael Pascual; Mauricio Gómez y José Delgado, pero también dio libertad a otros jóvenes detenidos por el intento frustrado de ajusticiar a Pinochet el 7 de septiembre de 1986.

<sup>37</sup> Mauricio Fabio Arenas Bejas, conocido como el “Lobo Arenas”, fue militante del FPMR, detenido en Santiago el 19 de febrero de 1987, por infracción a la Ley de Control de Armas y por su responsabilidad en el ataque a la comitiva del General Pinochet. Se fugó desde la ex Cárcel Pública, junto a otros compañeros en enero de 1990 y se asiló en Argentina, donde falleció producto de un paro cardio-respiratorio y cáncer de pulmón, el 12 de octubre de 1991 en el Hospital Vecinal de Lanús, Provincia de Buenos Aires.

masas, en ese entonces nuestro vocero era Vasilli Carrillo.<sup>38</sup>Arrendamos una casa en Carmen, cerca del centro de la UC. Se llamó ‘epicentro’ y en el fondo era la parte pública del Frente, que poco a poco intentaba salir de la clandestinidad.”

Fabiola anhelaba legalizar su situación, pero no contaba con los medios para hacerlo, ya que su único ingreso provenía de la misma organización. Tenía dos órdenes de arresto en su contra, por lo que mantuvo un estilo de vida clandestina. Aunque Pinochet ya no estaba en el poder, la fragilidad de la democracia era evidente.

“En ese tiempo se trató de llevar a la justicia al hijo de Pinochet, por los tres cheques de mil millones y se hizo todo un movimiento de tropas. Esa fue una manera de decirle al pueblo que seguían organizados y de hecho todos los milicos, como el *Mamo* Contreras, estaban libres. Nosotros teníamos claro que la justicia chilena, ya sea civil o militar, estaba muy permeable a lo que eran los milicos. Teníamos claro que por esa vía no nos íbamos a salvar, porque incluso, estando Belisario Velasco en el Ministerio del Interior, se dieron asesinatos. Todos los políticos miraban la reacción de Pinochet antes de tomar cualquier decisión”.

El PPMR se disgregaba poco a poco. Fabiola ya no se sentía convocada con el proyecto y en 1993 decide dar un paso al costado.

“Poco a poco, empecé a depender de mi misma y a la par me alejé de este nuevo Frente, porque habían cosas con las que no estaba de acuerdo, empecé a no sentirme convocada. Hubo una política extremadamente amarilla, se dio una suerte de dinastía y hubo una persona en particular que lo frenaba todo. Ahí yo di un paso al costado. Junto con la conversión económica, empecé a darme el tiempo de ejecutar planes personales, como era la maternidad, tener una casa, cosas de ese estilo que para mi en ese momento eran lujos.”

---

<sup>38</sup> Vasilli Carrillo fue detenido el 11 de noviembre de 1986 por la Brigada de Asalto de la Policía de Investigaciones. Fue acusado de participar en el atentado a Augusto Pinochet y en el internamiento de armas en Carrizal, por el Fiscal Militar Fernando Torres Silva. Salió en libertad en julio de 1991 y un año después dio un paso al costado del FPMR, por diferencias con la Dirección Nacional.

## **El final**

Se conmociona cuando vuelve a su pasado y llega al lugar más oscuro: ella, con 35 años detrás de un carro al final del pasaje de la población, vendiendo completos. Luego, en su casa, una casa pobre, calentándose las manos en la estufa de parafina, junto a sus hijos pequeños. Ya no estaba emparejada, no podía llegar a su familia y tampoco acudir a sus amigos. Se sentía encerrada dentro de sí misma, presa de la clandestinidad, atada de pies y manos. Después de haber dedicado diez años de su vida al FPMR no sabía vivir de otra manera. No tenía carné de identidad y para el sistema era una indigente más.

“Muchas veces me preguntaron ¿qué puedes hacer? y yo contestaba ‘yo puedo hacer de todo’. Cuando llegas a eso es porque no sabes hacer nada. En el fondo, no sabía hacer nada en profundidad, con calidad, que me permitiera tener un sueldo para sobrevivir. Tenía un montón de conocimientos y potenciales, pero no sabía dónde canalizarlos. En ese tiempo hice de todo un poco, estuve vendiendo en tiendas, de secretaria en oficina, vendí productos de belleza... Todos los trabajos que tuve fueron por paleteadas de gente conocida, pero eran sin contrato, entonces no tenía salud, mis hijos tampoco y desde ese punto de vista estaba muy coja”.

Fueron años de búsqueda para Fabiola. Poco a poco fue encontrando su lugar en el ámbito laboral. Se le abrieron puertas y entendió que su paso por la universidad no había sido en vano. Volvió a tener contacto con algunas amistades y a paso lento retomó la vida que había congelado hace más una década. Pero fue el regreso de su madre, en 1996, lo que sin duda, la ayudó a estabilizarse. Por fin había alguien en quien podía apoyarse. Pudo salir a trabajar, con la tranquilidad de que sus hijos quedaban en buenas manos.

“Mi mamá también tenía órdenes de arresto, entonces un abogado la esperó en el aeropuerto por si la tomaban detenida. Por suerte, eso no pasó. La vi como al mes después, nos juntamos en la casa de unos tíos y fue maravilloso. Ya no me sentía tan sola, tan huérfana. Sabía que si algo me pasaba, mis hijos tendrían alguien con quien estar, porque al padre de mis hijos, al que conocí en el Frente, le quedó grande el poncho”.

Fabiola había logrado rearmarse medianamente, cuando a principios de 1999 le diagnosticaron cáncer de pulmón. Se sometió al tratamiento de quimioterapia, aunque pensaba, una vez más, que no sobreviviría. Le llovía sobre mojado y a finales de ese año estaba tras las rejas, por motivos lejanos a la política.

-Gusto en conocerla, hace tiempo que la estábamos buscando- dijo el director de Investigaciones, con tono irónico.

-Aquí se arregla todo o caga todo. No hay más salida - pensó Fabiola, sin emitir sonido. Estaba apurada por alcanzar su libertad, porque el 5 de enero tenía la primera sesión de radioterapia. Había esperado mucho por ese turno, que no estaba dispuesta a perder.

Tenía dos órdenes de arresto, una por su participación en el atentado a Pinochet y otra que prefiere no detallar. Pasó Navidad y Año Nuevo encerrada en el Centro de Orientación Femenina (COF), en el mismo lugar donde tiempo antes habían estado las presas políticas. Estaba en una isla dentro de la cárcel, entre las reclusas de alta peligrosidad que habían intentado fugarse y narcotraficantes de alto vuelo.

“Los presos se pasan la voz y saben exactamente quién llega. Cuando entré, me estaban esperando unas reas y me dijeron que yo iba a ser de su carreta. Me pasaron ropa y todo lo que necesitaba. Como eran narcotraficantes, tenían mucha plata y había de todo en la cárcel. Los familiares para la Pascua y Año Nuevo llegaron con langostinos y camarones, en la mesa había de todo menos alcohol. Recuerdo que para las fiestas ellas me vistieron y me maquillaron. De eso no me voy a olvidar nunca, porque fueron un siete conmigo. Fueron 15 días muy entretenidos”.

Paralelamente, la Corte debía decidir si declaraban reo a Pinochet. El argumento que presentó el abogado del dictador fue: ‘mi cliente nunca fue notificado’. Así mismo argumentó Boris Paredes, abogado defensor de Fabiola. “En vista y considerando que no declararon reo a Pinochet, porque nunca lo notificaron, tampoco pueden hacerlo con mi cliente, porque tampoco fue notificada”. Esas fueron las palabras que lograron la libertad de Fabiola. Quince días tardó la fiscalía en sobreseer la causa y el 3 de enero de 2000 estaba libre, celebrando su legalidad.

Nunca salió nada en la prensa, Fabiola piensa que pasó desapercibido porque el titular “mujer con cáncer y con hijos detenida” habría sido feo. Apenas quince días después de haber dejado la clandestinidad definitivamente, su casa se llenó de visitas. Lo había recuperado todo y sólo le quedaba pelear contra el cáncer que después desaparecería sin dejar rastro. Actualmente trabaja en el área técnica de una empresa. En su vida todo es legal, pero su pasado sigue bajo la alfombra.

“Funciono en la legalidad, mis papeles están limpios, pero mantengo oculto mi pasado, porque no todos tienen el sentido del humor para aceptar lo que soy. En todo caso, mi posición política es abierta, no paso gato por liebre, pero nadie sabe que yo estuve en el Frente. Esto por dos cosas; podría traer problemas de seguridad para mis hijos y porque creo que podría perder mi trabajo. Hace al menos cinco años lo celebro todo, como para recuperar el tiempo perdido”.

Una mañana despertó con el sonido del teléfono que no paraba de sonar. “Prende la tele”, le decía una de sus grandes amigas. Pinochet había sido detenido en Londres. “Nunca pensé que iba a estar viva y poder ver algo así. Soy una mujer privilegiada”.



## CAPÍTULO II

### VEINTE AÑOS EN LA SOMBRA

#### Historia Hernán Aguiló

#### Previas andanzas

Intentaba alcanzar el paso ágil de su padre, pero no lo logró a pesar de sus piernas largas de palote. Era 4 de septiembre de 1952, cuando lo miró hacia arriba y mientras abrazaba sus rodillas, con la curiosidad ansiosa que muestran los niños, preguntó: -¿Por quién vas a votar, papá?- -Por Allende-, contestó justo antes de cruzar una línea vertical adjunta al nombre del candidato socialista<sup>39</sup>.

En la casa de Hernán no había militantes de ningún partido y a pesar de la marcada tendencia progresista de sus padres, en la mesa del *living* convivían los diarios El Mercurio, El Siglo y Punto Final. Más de alguna vez escuchó a su padre, un obstetra anclado toda su vida al servicio público, alegar contra los colegas que practicaban cesáreas reiteradas. “Están haciendo negocios con la medicina”, decía con mucha molestia.

Vivían en Ñuñoa, en una casa de paredes altas y amplio patio en la calle Diagonal Oriente. Hernán pasó las tardes de su infancia en pichangas de barrio organizadas por los mismos vecinos sobre un sitio eriazo del sector. Más tarde, con 18 años, cambiaría las improvisadas canchas de *baby* fútbol por el garaje de su casa, que cada día a las seis de la tarde, se abría para congregarse a los miembros del “Comité Juvenil Allendista”.

“Yo vivía en un barrio heterogéneo desde el punto de vista de la diversidad social. Había amigos como yo, de situación socio-económica pequeño-burguesa, otros que vivían en mejoras y otros, hijos de suboficiales de Carabineros, que vivían en una población justo atrás de mi casa. Ese barrio era como una muestra de lo que era la sociedad en ese momento y creo que era muy bueno

---

<sup>39</sup>En la elección presidencial realizada el 4 de septiembre de 1952, la primera que contempló el sufragio femenino en Chile, se enfrentaron los candidatos Arturo Matte Larraín (PL), Pedro Enrique Alfonso Barrios (PL), Salvador Allende Gossens (PS) y Carlos Ibáñez del Campo, quien con el 46,79 % de los votos salió elegido Presidente de la República. El candidato socialista apenas obtuvo un 5% de apoyo en las urnas.

convivir de esa manera. Por otro lado, las pequeñas influencias políticas y valóricas que salían desde mi casa, fueron aportando a mi acercamiento con la política, que se canalizó en el Comité Juvenil”.

Con miras al reciente triunfo de la Revolución Cubana<sup>40</sup>, Hernán y sus amigos del barrio trabajaban por la nueva candidatura de Salvador Allende. Analizaban su programa, repartían panfletos, y por las noches salían a rayar las ya pocas paredes vírgenes de la comuna.

Se financiaban a través de rifas y completadas bailables realizados en casas de los integrantes del comité. Hernán era el tesorero y Ronald<sup>41</sup>, uno de sus mejores amigos, ya militante de las Juventudes Comunistas y dirigente del Regional Cordillera, era el líder, el presidente.

El año '64 tuvieron su primer golpe tras la derrota del candidato<sup>42</sup>. Sentían que todo el trabajo realizado había ido a parar al tacho de la basura, les dolía dejar atrás las ideas de reforma agraria y nacionalización del cobre. Hernán se recuerda llorando de impotencia y luego, en el cine junto a sus compañeros pasando las penas. El comité llegó a su fin y un nuevo proyecto lo sucedería.

“Uno se va acercando al mundo de la política por el lado de la justicia social, más que por comprensión política global. Por el año 67 empezamos con el grupo a estudiar marxismo. El MIR ya existía en Concepción, pero era muy poco conocido. Como en la casa llegaba el Punto Final, nos empezamos a interesar en sus cuestionamientos respecto a la izquierda tradicional y formamos un nuevo comité de estudio, en el cual leíamos a Lenin, el Manifiesto Comunista, “El Estado de la Revolución”, “El socialismo y el hombre”, cosas de ese estilo y todo esto, en función de que queríamos prepararnos para ingresar al MIR”.

---

<sup>40</sup>El 1 de enero de 1959 Fidel Castro, líder del ejército guerrillero Cubano, entró a La Habana, consolidando así el triunfo de la revolución, tras haber derrotado el régimen de Fulgencio Batista.

<sup>41</sup> Ronald Rivera Calderón, también conocido como “Miguel Campillay”, fue uno de los fundadores en 1968, de la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), un grupo armado de ultraizquierda. Todo esto, luego de dejar su militancia en las Juventudes Comunistas y posteriormente abandonar su militancia en el MIR. Días después de participar en el ajusticiamiento a Pérez Zújovic, un 13 de junio de 1971, fue asesinado por una patrulla de Investigaciones en un enfrentamiento en la calle Alvarado.

<sup>42</sup> En las elecciones presidenciales del 4 de septiembre el 1964, Salvador Allende, candidato por el Frente de Acción Popular, que unía comunistas y socialistas, fue derrotado por segunda vez. Asumió como presidente Eduardo Frei Montalva con un 56% de los votos.

Una tarde, luego de leer en conjunto una entrevista a Luciano Cruz<sup>43</sup>, llegó Ronald por sorpresa al garaje. No lo veían desde hace meses, porque se había mudado del barrio y convencidos de su acérrima militancia en la Jota, decidieron no contarle sobre sus planes revolucionarios.

-Ahora estoy militando en el MIR- dijo el muchacho espontáneamente. -¿les gustaría sumarse?-, agregó. Ese fue el inicio, la puerta de entrada a la nueva vida de Hernán.

### **En las filas del MIR**

A fines de los 60, Hernán militaba formalmente en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Estudiaba ingeniería en la Universidad Técnica del Estado, donde, junto a un grupo de compañeros, formó la primera base de estudiantes del MIR.

Competían con la fuerte presencia de las Juventudes Comunistas en un escenario donde la política estudiantil era débil, casi incipiente y contrarios a las bases del reformismo, llamaban a sus compañeros a empoderarse y plegarse a la lucha revolucionaria.

En plena reforma universitaria, ya cansado de los diálogos sin respuesta con el ministerio y de los paros estudiantiles sostenidos, Hernán se ve como dirigente del Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER)<sup>44</sup>, en medio de las barricadas en Estación Central, rociando de gasolina un cúmulo de cartones y neumáticos. Eran las llamadas “acciones directas de masas”.

“En esa época yo particularmente pensaba que el problema de las formas de lucha era parte de la esencia de la transformación de la sociedad. Incluso la consigna que rayamos por primera vez, “Che, guerrilla adelante”, te indica que para el MIR la lucha revolucionaria está ligada a la lucha armada. El proceso de comprensión más amplio, la necesidad de una inclusión mayor de los

---

<sup>43</sup>Luciano Cruz (1944-1971), conocido como “Juan Carlos” fue uno de los más destacados dirigentes del MIR, luego de abandonar su militancia en las Juventudes Comunistas por el reformismo en ascenso. Saltó como estudiante de medicina de la Universidad de Concepción, y líder de la Federación de dicha casa de estudios, a formar parte del Comité central del MIR y fue, en palabras del líder mirista, Miguel Enríquez, un importante “líder de masas”. Murió asfixiado en un accidente doméstico a los 27 años.

<sup>44</sup>Hacia 1970, el MIR inició una estrategia de inserción política en distintos sectores sociales, para lo cual formó los “Frentes Intermedios de Masas”: Movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR), el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR) y el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER).

trabajadores y otros sectores sociales, etc., fue algo a lo que el MIR se fue acercando con el tiempo. A medida que nos acercamos a las masas, fuimos entendiendo que era fundamental, lo que posteriormente se llamó la fuerza social revolucionaria, la búsqueda de la unidad política y social revolucionaria de los trabajadores y el pueblo”.

Al poco tiempo, hacia 1969 Hernán dejó de asistir a clases y apenas se presentaba a dar las pruebas, aunque tenía la esperanza de algún día recibir el título. Egresó siguiendo los consejos de su padre, que el año ‘69 le dijo, “egresa, recíbete y después te dedicas a la política”.

Dedicado exclusivamente a las tareas del partido, se plegó a los trabajos campesinos realizados ese año en Santiago. Le tocó viajar a Calera de Tango, donde participó por primera vez en una toma de fundo, apoyada por los pobladores del Campamento 26 de Enero y algunos campesinos.

“Era militante y si te decían que dejaras de ir a la universidad por necesidades del partido y la revolución, como militante disciplinado lo hacías. Así lo hicieron también muchos otros compañeros que eran estudiantes universitarios y secundarios. La entrega era total, era el compromiso voluntario que adquirías al ingresar al MIR”.

“Nadie nos trancará el paso”, advertía el lienzo que colgaron en el grueso y oxidado portón de la entrada, ya trancado por varios candados. A las una de la madrugada, mientras un grupo se encargaba de cortar el camino, otros cocían choclos y calentaban la leche que compartirían en el transcurso de la noche. No faltaron los pobladores que durmieron a pata suelta a la intemperie tras la glotonería.

“En Calera de Tango, que no era un sector de grandes latifundios, tomamos contacto con el presidente del sindicato comunal, que fue como nuestro primer militante del campo. Hicimos planes de alfabetización, impulsábamos la participación, pero nos dimos cuenta de que el campesinado no enganchaba. En el fondo, ellos sentían que la Reforma Agraria, impulsada por el presidente Eduardo Frei Montalva, no les traía beneficios”.

Llegada las ocho de la mañana, despertaron de un sopetón. Fueron desalojados agresivamente por carabineros y sólo algunos, entre ellos Hernán, pusieron resistencia. Pero la desorganización fue de tal magnitud, que a los pocos segundos figuraban aglomerados en una cuca con destino a la comisaría.

“Estuve unas horas detenido, porque José Carrasco<sup>45</sup> que estaba a cargo de las comunicaciones de esta acción directa, había ido a la toma para poder darle publicidad posterior en canal 9. Sabiendo de nuestra detención rápidamente se movió con unos abogados para que hicieran las gestiones y nos dejaran libres”.

Hernán estaba empezando su militancia revolucionaria, cuando inició una relación sentimental con Margarita, a quién había conocido por relaciones de amistad entre los padres de ambos. Ella también ingresó al MIR y posteriormente se casaron. La relación no podía desarrollarse sin tener como centro los ideales de la revolución. Por un corto período ambos desarrollaron trabajo político en el campo. En 1970 esperaban a su primera hija.

“Decidimos ponerle Macarena a nuestra hija por uno de los fundos donde íbamos a hacer trabajo político en Malla-rauco, que se llamaba La Macarena y así quedó”.

El 18 de agosto de 1971 tenía por fin a Macarena en los brazos. La veía tan diminuta, que temía que se le escurriera entre las manos. En pocos meses su vida había dado un giro radical; estaba casado, vivía con su mujer, era padre y ya, egresado de la Universidad, tenía un puesto de trabajo en ENAFRI, como encargado de un programa de mantención de frigorífico.

Gozaba de un generoso sueldo, que en gran parte aportaba al MIR y ya en 1972 su carrera política estaba más consolidada: formaba parte de la jefatura del GPM9, Grupo Político Militar

---

<sup>45</sup> José Carrasco Tapia, conocido como el “Pepone”, fue un dirigente del MIR que luchó en contra de la censura mediática durante la dictadura, como editor internacional de la Revista Análisis y consejero del Colegio de Periodistas. Fue asesinado por la CNI, junto a otros militantes MIR y PC, horas después del Atentado a Pinochet realizado por el FPMR en el Cajón del Maipo, el 8 de septiembre de 1986. Fue la venganza del régimen por la muerte de los cinco escoltas. Como homenaje, la calle donde se ubicaba antiguamente la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile lleva su nombre, así como también el auditorio del Instituto de la Comunicación e Imagen de la misma universidad.

de Estación Central, donde formó junto a otros compañeros, el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) de la empresa y la comuna.

Como la raíz de un álamo se expandieron rápidamente hacia otras industrias, siempre insistiendo en la idea de “el pliego del pueblo”<sup>46</sup>. La expropiación de las grandes industrias, la dirección obrera en las empresas y el control de la producción y el abastecimiento, eran algunas de las luchas en el terreno sindical.

“Dentro de esta estrategia estaba la necesidad de organizar la defensa, a través de la constitución de milicias populares, con los sectores más conscientes y comprometidos de las organizaciones sociales que se iban integrando a este incipiente poder popular. Todo lo hacíamos abiertamente como MIR, porque en la época de la UP no teníamos temor. No existía ningún tipo de represión contra nosotros, realmente no recuerdo una época de mayor libertad que esa. Con Margarita nos dedicábamos sólo a la política, el proyecto del MIR era nuestro único norte”.

Hernán siguió con su carrera política. Salió elegido como dirigente provincial de la CUT y paralelamente, fue nombrado encargado de la Comisión de Masas del Regional Santiago del Partido. Ya formaba parte del Comité Central del MIR y era miembro del Secretariado Regional.

### **1973: Inestabilidad Política e Impulso de la Política Revolucionaria**

Hernán estaba enfrascado en sus tareas como dirigente sindical a comienzos de 1973. Recuerda un fuerte sectarismo al interior de la CUT, donde sus ideales revolucionarios no tenían cabida. Varias veces fue marginado de las reuniones del consejo provincial, pero no se rindió, y en conjunto con otros militantes del Partido implementaron varias estrategias para fortalecer la política del poder popular que el MIR esmeradamente, intentaba desarrollar a lo largo del territorio nacional.

“Aprovechando que el ser dirigente provincial de la CUT podía abrir puertas en diferentes empresas de la región, empezamos a coordinar con los compañeros de los distintos GPM, cuando

---

<sup>46</sup> Se llamaba “El pliego del pueblo” es el programa levantado por el MIR alternativo al programa de la UP y que posteriormente fue propuesto a los órganos de poder popular que empezaban a desarrollarse en algunas comunas y cordones industriales

ellos estimaban que era necesaria mi participación en asambleas sindicales locales, por ejemplo, en las industrias de los cordones industriales como Cerrillos, Vicuña Mackenna, Macul, Renca, Panamericana, etc... Eso me permitió tener un conocimiento bastante preciso de cuál era la realidad del partido a nivel sindical en prácticamente todas las industrias donde el MIR tenía trabajo político. Santiago era una muestra de la situación del partido a nivel nacional. Esto lo pude ir confirmando también en la Comisión Nacional de Masas del MIR, donde yo participaba y se entregaban informes de la situación del partido en los distintos sindicatos y en otros sectores sociales de los distintos regionales del país, sobre todo en los regionales más importantes y donde el MIR tenía más influencia de masas: Santiago, Valparaíso, Concepción, Temuco, Valdivia. La situación en regiones, era semejante a la realidad del partido en Santiago. Por lo mismo la respuesta inmediatamente después del golpe fue semejante en las distintas regiones del país”.

La inestabilidad política se hacía notar cada vez más. El gobierno de la Unidad Popular era fuertemente boicoteado y el MIR aprovechaba la coyuntura para implementar en la práctica el Pliego del Pueblo, impulsando la lucha miliciana a nivel de bases, el control de abastecimiento en la distribución de alimentos, entre otras cosas.

El día del tanquetazo<sup>47</sup> llamaron a una movilización de defensa. Hernán participó en diversas movilizaciones en Santiago. Luego, en la casa del Regional Santiago ubicada en el barrio Bellavista y en algunas reuniones realizadas por el FTR en la calle Agustinas con Maturana, debatían sobre el futuro del país. Pensaban en dos posibilidades: Capitulación del Presidente Salvador Allende o golpe de Estado.

“Eso tenía que ver con cómo veíamos la correlación de fuerzas, cómo se estaba viendo la fuerza de la UP, de la política revolucionaria y cómo se organizaba la parte patronal y la contrainsurgencia. Al momento del golpe apostábamos por la capitulación, porque esa fue la

---

<sup>47</sup>El 29 de Junio de 1973 se hizo el primer intento de pronunciamiento militar en contra del gobierno de la UP. Fue liderado por el Teniente Coronel Roberto Souper, a cargo del regimiento Blindado N° 2 y se le conoce como “tanquetazo”, por el uso principalmente de tanques que prendieron fuego contra el Palacio presidencial de La Moneda y el edificio del Ministerio de Defensa. El Comandante en Jefe del Ejército de Chile, General Carlos Prats logró frenar la sublevación con el apoyo de las tropas leales.

información que nos llegó y de hecho, Allende iba a capitular. En un discurso en la Universidad Técnica del Estado iba a llamar a un plebiscito para ver si seguía o no su mandato. Ahora, cualquiera de esas dos alternativas, la capitulación o el golpe, iban a significar una represión al movimiento revolucionario”.

### **Tiempos difíciles para el MIR (1973-1975)**

Y así fue. Era de noche, Hernán estaba en su casa junto a Margarita y su hija, cuando recibió una llamada telefónica de alerta: al día siguiente habría golpe de Estado.

-¿Qué vamos a hacer con la Maca?- preguntó angustiado a la madre de su hija. A pesar de que vivían juntos, el matrimonio había terminado hace meses. Estaban nerviosos, sabían que aunque se trataba de una niña, no estaba eximida del peligro.

- Creo que lo mejor es que se la lleve la Elsitita por un tiempo-, contestó ella con los ojos aguados, mientras imaginaba la separación.

Ya que ambos trabajaban arduamente para el MIR, Elsitita era la señora que durante mucho tiempo ayudaba a cuidar a Macarena. La pequeña en varias ocasiones había alojado en su casa, ubicada en Vicuña Mackenna, y a pesar de que era una especie de segunda madre para ella, Hernán estaba reacio a entregarle la custodia de su hija aunque fuese temporalmente. Sin embargo, ante el apuro, accedió.

“Esa decisión tuvo grandes implicancias, porque la Carola y la flaca Alejandra<sup>48</sup>, dos miristas que se transformaron en traidoras, conocían la relación que nosotros teníamos con Elsitita e incluso sabían dónde vivía. Entonces, tiempo después, y a través de la información que ellas aportaron a los aparatos represivos, la Maca fue secuestrada. La verdad es que ahora miro para atrás y pienso que no estábamos preparados para esa situación, no teníamos un plan para nuestra hija. Lo que yo decía era que, o pasaba a la clandestinidad con uno de nosotros o, como era la política del MIR, los niños debían salir al extranjero”.

---

<sup>48</sup> Marcia Alejandra Merino, la Flaca Alejandra, y María Alicia Uribe Gómez, o Chica Carola, fueron militantes del MIR hasta el golpe de Estado, que luego de ser detenidas por los aparatos represivos de la dictadura y recibir múltiples torturas, se convirtieron en colaboradoras de la DINA y la CNI. Ambas están involucradas en la denuncia, detención y desaparición varios de sus ex compañeros del MIR.



El 11 de septiembre, temprano por la mañana, Hernán asistió a una reunión con la dirección del partido. Dejaba atrás su trabajo en ENAFRI y su dirigencia en la CUT. La junta militar a través de los bandos llamaba a los miembros de la Comisión Política del MIR<sup>49</sup> a presentarse en el Ministerio de Defensa ese mismo día a las 16:30, pero nadie asistió y la orden fue a replegarse.

Hernán junto a otros miembros de la Dirección Regional, llegó a una casa de seguridad instalada en San Ignacio con Salesianos en el sector centro-sur de Santiago, donde permaneció junto a diez compañeros hasta el término del toque de queda. Su vida había cambiado radicalmente, lo estaban buscando y ya no podría caminar tranquilo por las calles de Santiago. La puerta a la clandestinidad era ancha y decidió cruzarla.

“En esa casa estaba con la dirigencia regional, con algunos jefes de GPMs. Estaba Dagoberto Pérez que en ese momento era Secretario Regional y también miembro del Comité Central, del cual también era parte desde hacía unos meses atrás. Estuvimos ahí dos días, hasta que se levantó el toque de queda. Las tareas inmediatamente después del golpe tenían que ver con la seguridad y reconexión de compañeros para la reorganización del partido y la resistencia. Cada uno buscó su propio lugar. La mayoría de los dirigentes por falta de una retaguardia social clandestina y compartimentada, tuvo que optar por fachadas falsas. Para lo anterior funcionaba bien la elaboración de documentación falsa, el doblaje de algunas personas para poder comprar o arrendar casas, etc. Esto fue de gran ayuda para enfrentar la situación represiva inmediata, pero insuficiente para consolidar una sólida clandestinidad de la dirección y militantes, cuando la represión se intensificó sobre el MIR. En ese momento había financiamiento desde la dirección que permitió todo ese despliegue logístico y técnico, que te señalo”.

Consciente de la persecución que sufría el Movimiento tras la caída de Bautista Van Schouwen<sup>50</sup> y otros miembros de la Comisión Política y de la dirección, Hernán no tuvo otra opción que

---

<sup>49</sup>Los miembros de la Comisión Política, llamados a presentarse en el bando N° 10, el 11 de septiembre de 1973, fueron: Miguel Enríquez, Humberto Sotomayor, Bautista van Schouwen, Andrés Pascal Allende, Nelson Gutiérrez, Edgardo Enríquez, Roberto Moreno y Arturo Villabella.

<sup>50</sup>Bautista Van Schouwen, médico cirujano, miembro del Comité Central del MIR, fue detenido el 13 de diciembre de 1973 junto al militante Patricio Munita Castillo y al párroco Enrique White, en la Parroquia de Los Capuchinos en el Centro de Santiago. La detención fue encabezada por varios militares al mando de Marcelo Moren Brito. El único en recuperar su libertad fue Enrique White, testigo de ambos asesinatos.

escondese. El llamado era a no asilarse<sup>51</sup>, en vista de lo cual terminó como un gitano el año 1974, deambulando de casa en casa. Su tarea principal era afianzar su seguridad y reconectar compañeros para integrarlos al trabajo partidario. La represión se dejó caer sobre el MIR con la fuerza de un gigantesco martillo. Hernán transitó por distintas casas durante meses. Recuerda:

“En los primeros meses después del golpe tuve el privilegio de recibir el apoyo de la familia Olivari y de señora Irma Rubio, que acompañarían la resistencia y tareas de apoyo a la dirección durante todo el período que estuve en la clandestinidad. El doctor Felipe Olivari y su señora Olivia no dudaron en recibirme durante los primeros meses de la dictadura. Como había una relación relativamente cercana con mis padres, solo alojaba algunos días en su casa. El doctor Olivari al igual que mi padre, había ejercido su carrera como médico en el sector público y era uno de los más destacados anestesistas de la época, formador de otros profesionales que lo sucedieron. Recuerdo su pena inmensa tras el golpe militar, viviendo además sus últimos días producto de un cáncer terminal, pero con la entereza de un hombre digno que apoyó la resistencia hasta su último día. La señora Olivia Peña, madre ejemplar, y al igual que él, no dudó en seguir apoyándome. Algunos de sus hijos también estuvieron con nosotros en distintos momentos de la lucha antidictatorial, La señora Irma Rubio, mujer formada en el rigor de la vida; como modista, había criado y educado a su hija e hijo, médicos de profesión, los cuales habían decidido quedarse en el extranjero después del golpe. Dura en apariencia, pero de una ternura que en muchas oportunidades me hicieron correr lágrimas. La recuerdo esperándome en las noches, con una contraseña que teníamos establecida en una de las cortinas, la puerta entre abierta y el plato de comida que nunca faltaba. Posteriormente, cuando ya no alojaba ahí, su casa por varios años fue buzón con el exterior, hasta que decidió irse a vivir a Francia con su hija. En sus funerales la recordaría con un secreto, la cama donde dormía me esperaba con un guatero”.

A mediados de 1974 entró definitivamente a la vida de los hermanos Castro, Oscar y Marieta, integrantes del grupo Aleph<sup>52</sup>. Vivían ambos, junto a sus respectivas parejas y, aunque no eran militantes, por su afinidad con la izquierda no dudaron en acogerlo.

---

<sup>51</sup> El MIR sostuvo la política de no asilarse desde el Golpe de Estado, pero hubo excepciones, como fue el caso de Andrés Pascal Allende, quien se asila en la embajada de Costa Rica en 1975.

<sup>52</sup>La compañía de Teatro Aleph nació a fines de la década de 1960. Con el pasar del tiempo fueron considerados como un grupo vanguardista, censurado en 1974 por el régimen luego del estreno de la obra “Y al principio existía la vida en la Sala del Ángel”. Sus integrantes eran Marieta Castro, Ana María Vallejo, Carola Vallejo, Oscar Castro, Luis

Procuraba salir temprano en la mañana y volver en la oscuridad de la noche, con algún bigote falso o peluca que impidiera ser reconocido por algún vecino que pudiera estar colaborando con la dictadura.

Por esos años el trabajo político estaba restringido a la sobrevivencia y la reconstrucción del Partido. Realizaba contactos callejeros para reconectar a los militantes de diversas estructuras de Santiago y provincia, que habían quedado desvinculados como consecuencia del golpe de Estado. Muchas veces le tocó esperar solo en una esquina, a compañeros que no aparecerían jamás: habían pasado a rellenar la larga lista de detenidos desaparecidos.

-No pueden tener ningún contacto con gente del MIR ni con nadie que esté en trabajos de resistencia-, repetía una y otra vez Hernán a sus anfitriones: los hermanos Castro. Ellos asintieron, sabiendo que de lo contrario ponían en jaque la seguridad de la casa. Pero en los hechos, sin el conocimiento de Hernán, los visitaba a los ensayos y mantuvieron una relación política con Humberto Menanteau, militante del MIR<sup>53</sup> que posteriormente cae detenido.

Desde la comodidad del sillón del living, miraba la televisión y grande fue su sorpresa al ver a varios de sus compañeros, llamando a terminar con la lucha de resistencia a través de una conferencia de prensa.<sup>54</sup> Entre esos estaba Menanteau, quien días atrás había caído en manos de la DINA. En ese momento Hernán supo de la relación que los hermanos Castro mantenían con Menanteau.

---

Alfredo Cifuentes, Juan Enrique Droguett, John McLeod y Fernando Cordero. John McLeod forma parte de la lista de Detenidos Desaparecidos de la época.

<sup>53</sup>Humberto Menanteau Aceituno fue dirigente del MIR, detenido junto a José Carrasco Vásquez por la DINA a fines de 1974. Estando presos, participaron junto a otros dirigentes de una conferencia de prensa en donde llamaron a sus compañeros a terminar con la lucha armada. Luego de pasar varios meses en Villa Grimaldi, fueron dejados en libertad, luego vueltos a detener y el 10 de diciembre de 1975 ambos cuerpos aparecieron en las cercanías de Buin con signos de tortura.

<sup>54</sup> Cristián Mallol Comandari, José Hernán Carrasco Vásquez, Juan Carlos Menanteau Aceituno y Héctor Hernán González Osorio, habían sido detenidos a fines de 1974 por la DINA. Estando detenidos, realizan una declaración pública transmitida por Televisión Nacional en febrero de 1975, llamando al MIR a deponer las armas y rendirse, tras un análisis escrito que fue leído por González.

Se paró de un salto, dio un par de zancadas hasta su habitación, metió algunas de sus pertenencias en una maleta y salió de aquella casa para siempre. Por desgracia olvidó un micro-filme que contenía información del Partido en el maquillaje de Marieta.

“En el MIR para hacer las comunicaciones y el diario “El Rebelde”, usábamos micro-films, los negativos se los pasábamos al enlace y eso después se reproducía o en fotografía o a través de mimeógrafos. Cuando de mi cuenta de que había olvidado el micro-filme ya era tarde”.

La DINA no tardó en llegar a los hermanos Castro, quienes fueron trasladados a distintos centros de detención. La madre de los muchachos, una mujer talquina de derecha, al enterarse de los hechos viajó a Santiago para buscarlos e iniciar las gestiones con los organismos de derechos humanos. Antes de visitarlos, pasó por la casa de sus hijos y recogió el neceser de Marieta, sin tener la menor idea sobre la presencia del valioso microfilme. Luego, al ser registrada en Cuatro Álamos, donde estaba presa su hija, fue acusada de ser enlace del MIR y quedó detenida también.

“Ella, por supuesto, era una persona con muchas relaciones en Talca, incluso con el obispo y al final se convencieron de que no tenía vínculo con el MIR y la iban a dejar en libertad. El día que le dijeron que se podía ir, exigió que le entregaran las joyas con las que había entrado, porque era muy parada en la hilacha. Al día de hoy está desaparecida. Yo me quedé convencido de que su desaparición había sido por mi responsabilidad, al dejar olvidado los micro-films. Pero en una oportunidad me encontré con Óscar Castro y le conté lo sucedido y él me dijo que no era así, que a su mamá estaba desaparecida por el tema de las joyas. Esto está en un diálogo nuestro que sale en la película<sup>55</sup> que él hizo cuando nos encontramos en Chile”.

Hernán no había tenido ninguna noticia de la casa que días atrás había abandonado e intranquilo por el olvido del objeto, decidió llamar por teléfono.

-¿Cómo está todo por allá?-, preguntó ansiosamente.

---

<sup>55</sup> "Flor de canela" es una película basada en la vida del actor y director teatral chileno Oscar Castro, fundador del grupo teatral Aleph. Dirigida por Frederic Laffont y protagonizado por el propio Castro.

-Estamos mal-, contestó John McLeod, pareja de Marieta, e inmediatamente cortó la llamada. A su lado estaban varios miembros de la DINA. John McLeod está desaparecido hasta el día de hoy.

“En esa familia hay dos personas desaparecidas John y la señora Julieta, esta última madre de los hermanos Castro. Te cuento esto, porque si bien la seguridad pasa por tener redes sociales, también yo estoy vivo por el comportamiento ejemplar de algunos compañeros, dentro de ellos, John McLeod. Porque si él no me avisa, yo podría haber ido a la casa y habría caído. Así como él, que no era militante, sino que simpatizante, hay compañeros del partido a los que también les debo la vida, porque no entregaron los puntos de encuentro. Dentro de ellos está Martín Elgueta, el cura Cortés, el chico Matías y muchos otros... Todos ellos están desaparecidos y yo estoy vivo. Es una carga emocional que convivirá conmigo toda la vida”.

### **El secuestro de Macarena**

Como una gotera leve, le caen las lágrimas mientras recuerda el secuestro de su hija Macarena. Fue en marzo de 1975 cuando la DINA se la llevó, con solo tres años de edad, de la casa de su tío en el Tambo, en San Vicente de Tagua Tagua. Querían saber dónde se escondía su padre. Lo buscaban a él, Hernán Aguiló, mirista clandestino desde el día del golpe de Estado, a quien los aparatos represivos tenían como prioridad capturar, por su calidad de miembro de la Comisión Política del MIR.

Hernán, perdido en los callejones de la clandestinidad, no se enteró de lo ocurrido hasta que una tarde el dueño de casa donde se alojaba en ese momento, un ayudista del MIR, llegó con el diario londinense Times enrollado bajo la axila. Tras abrirlo con apremio pero mesurado nerviosismo, le mostró la noticia: su hija, a quien había visto por última vez seis meses antes, llevaba casi veinte días desaparecida.

Sintió una puñalada aguda en la boca del estómago. Hace tiempo estaba separado de su mujer, en ese entonces presa en manos del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA). Y así, con la impotencia de saber que ninguno de ellos podía salir al rescate de la niña, su padre se hizo cargo

de la búsqueda. Los días venideros se hicieron tan largos como el infinito. La incertidumbre lo angustiaba y la culpa se apoderaba de cada uno de sus pensamientos.

Su padre, un hombre serio, perteneciente a la masonería y con una amplia red de contactos, consiguió a los pocos días que liberaran a su nieta. Hernán se sintió aliviado, como cuando al pariente más cercano de un enfermo le avisan sobre el triunfo del trasplante de corazón en la sala de espera.

Volvió a conciliar el sueño cuando supo que su hija estaba al cuidado de su hermana Alicia. Un año más tarde Margarita quedó en libertad y en 1976, en los brazos de un tío materno, Macarena salió del país, pisando los talones de su madre exiliada.

Hernán fue informado por la dirección sobre su partida, pero ya era tarde para despedirse. Cartas entre Francia, Cuba y Chile rellenaron casi una década en que no se volvieron a encontrar. Más tarde, su Maquita sería acogida por el “Proyecto Hogares”<sup>56</sup>.

### **Clandestinidad junto a Pilar por 18 años**

Pasaba del bigote largo a la cara lampiña, como de un bebé recién nacido. Del pelo negro al rubio y luego a las canas. Se miraba al espejo contemplando sus nuevas mejillas abultadas y a los pocos días, volvía su rostro escuálido, casi cadavérico. Podría ser Pedro, Miguel, Diego o simplemente llevar el nombre que desde niño había soñado tener, pero sólo en su intimidad podía ser Hernán.

A mediados de 1974 ya era miembro de la Comisión Política del MIR y la clandestinidad se había vuelto su única carta de salvación, luego del enfrentamiento de la capitalina calle Santa Fe<sup>57</sup>, donde fue asesinado el máximo líder del MIR, Miguel Enríquez.

---

<sup>56</sup>El Proyecto Hogares fue creado a fines de los '70 por los militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) exiliados en Europa, que regresaron a Chile a luchar clandestinamente contra la dictadura. Ya que, por motivos de seguridad, no podían llevar a sus hijos, los dejaron en un edificio en Alamar en Cuba, conocido como el Edificio de los Chilenos, donde alrededor de 60 niños vivían en comunidad al cuidado de adultos llamados “padres sociales”.

<sup>57</sup>El 5 de octubre de 1974 la casa donde se ocultaba Miguel Enríquez, Santa Fe #725, fue rodeada por un nutrido contingente de la DINA. En el enfrentamiento cae Enríquez, hasta entonces Secretario General del MIR. Según detalla el Informe Retting, murió tras recibir diez impactos de bala y Carmen Castillo, su mujer embarazada, quedó herida.

“Luego del enfrentamiento en Santa Fe, en que cae Miguel, y Sotomayor<sup>58</sup> sale de la Comisión Política, los golpes represivos no terminaron, siguieron con una intensidad similar hasta marzo del 75. Entonces, como Comisión Política definimos que los miembros de la misma comisión y los miembros de la dirección que había en Chile no debían salir a la calle, sino que tenían que funcionar a través de enlaces”.

Hernán, ya sin tener relación con su familia y habiendo renunciado a todas sus amistades, fue consiguiendo distintas redes de apoyo para capear la represión. Además de su vivienda, contaba con algunos lugares donde podía llegar repentinamente a dormir una siesta, tomar un café o a esconderse luego de alguna persecución.

Recuerda particularmente una casa, donde le guardaban barretines llenos de documentación falsa. Ahí conoció a Pilar, una muchacha joven, de quien se enamoró perdidamente. Con ella emprendió un rumbo vertiginoso, una vida de arrojo absoluto como militantes del MIR.

“Llegué a la casa de los padres de Pilar, que eran amigos de mi familia. No viví allá, pero si iba a almorzar y me guardaban cosas. La mamá de mi compañera actual me guardaba barretinas con documentos, para no tenerlos todos en mi casa de vivienda. Con Pilar iniciamos nuestra relación a fines de 1974 y a mediados de 1975 nos fuimos a vivir juntos. Este año cumplimos 41 años como pareja y con la difícil, dura pero a la vez hermosa tarea de haber tenido dos hijos en la clandestinidad y con el amor de haber estado siempre junto a ellos. Pilar, de gran sensibilidad social y un compromiso político a toda prueba, venía con una experiencia en trabajo de masas que fue decisivo en nuestro trabajo político conjunto durante los 18 años que permanecemos en la clandestinidad. Ella en gran medida realizó el trabajo político que nos permitió generar la retaguardia social para enfrentar exitosamente la represión y llevar adelante las tareas políticas y de apoyo logístico que como encargado del partido se requirieron durante todo el período que permanecemos en la clandestinidad”.

---

<sup>58</sup> Humberto Sotomayor, médico de profesión, era dirigente del MIR y encargado de la seguridad de Miguel Enríquez hasta el día en que cayó en el enfrentamiento de calle Santa Fe. Fue acusado de traición, junto a José Bordás, también miembro del Comité Central, por haber abandonado el combate luego de que creyeron muerto al líder del MIR.

Migraron por varias casas, hasta que la familia Carrasco los acogió. Era una casa relativamente grande, ubicada en Emilia Téllez, en la comuna de Ñuñoa. Hernán, por seguridad, ya casi no salía a la calle. Pilar, en cambio, aprovechando su posibilidad de mantenerse en los márgenes de una clandestinidad legal, oficiaba como enlace del MIR y le bastaba una peluca para salir a calles, esquinas o locales comerciales para realizar las comunicaciones con militantes y miembros de la dirección.

“Al principio ella era legal, entre otras tareas, realizaba la tarea de enlace desde la casa hacia un enlace intermedio. Ella usaba una peluca permanente para aquellas ocasiones. Era una peluca morena con chasquilla que le tapaba bastante la cara, ella en realidad es rubia. Era importante el maquillaje, para acentuar ciertos rasgos y disminuir otros...”.

Estaban en aquella casa, cuando se enteraron por la prensa sobre el golpe represivo en Malloco,<sup>59</sup> ocurrido el 15 de octubre de 1975. A esas alturas el MIR estaba muy golpeado y con la mayoría de sus estructuras desarticuladas.

“Desde el enfrentamiento en Santa Fe, los golpes bajaron en intensidad, pero igualmente se produjo el de Malloco. Dagoberto muere en el enfrentamiento y se asilan Andrés Pascal y Nelson Gutiérrez. En ese momento era el único miembro de la Comisión Política en Chile quedé a cargo del partido. De este golpe me enteré por la prensa y después a través de enlaces con la embajada, empezamos a tener comunicación con Andrés. También tenía comunicación con Edgardo Enríquez, que estaba en Argentina, todavía no había desaparecido. Como era necesario reforzar las comunicaciones con el exterior, decidimos irnos de la casa de los Carrasco y dejarla como casa buzón, para las comunicaciones con el exterior, específicamente con Edgardo Enríquez. Las cartas llegaban a nombre de Sol Carrasco, quien en ese entonces había ingresado a estudiar Ingeniería a la Universidad Técnica Federico Santa María, en Valparaíso”.

---

<sup>59</sup>El 16 de octubre de 1975 la DINA irrumpió sorpresivamente una parcela en Malloco, donde vivía parte de la dirección clandestina del MIR. Logró escapar herido Nelson Gutiérrez, ex presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, y segundo dirigente del MIR, junto con Andrés Pascal Allende, Secretario General. El primero se asiló en la Nunciatura Apostólica y el segundo en la embajada de Costa Rica. Dagoberto Pérez, sociólogo y dirigente del MIR, murió en combate.



Hernán, con sus nuevas y no menores responsabilidades, debía tener mayores cuidados aún. Sabía que su caída podía significar una hecatombe para el partido, en vista a lo cual se comunicaba por escrito con los demás miembros de la dirección y con el nuevo Secretariado Interior que se constituyó después de Malloco. No podía mezclarse casa de vivienda y comunicaciones. Por esa razón decide no seguir viviendo con la familia Carrasco<sup>60</sup>.

Como consecuencia de los golpes represivos en Argentina, la joven estudiante de la Universidad Técnica Federico Santa María, llamaba a su familia para relatar el encuentro que había tenido ese día con la DINA en plena calle, en Valparaíso. Tenía miedo, quería regresar a Santiago con su madre y hermanos, por lo que Hernán y Pilar, a pesar de que la muchacha había logrado escapar de los uniformados, decidieron no visitar más aquella casa. Posteriormente ella parte al exilio en Europa.

“Era lógico que la DINA se acercara a ella, porque sabían de la relación que teníamos con esa familia a partir de los golpes en Argentina. Desde la casa de los Carrascos, nos fuimos por alrededor de seis meses a la casa de la familia Guzmán en la calle Emiliano Zapata en Recoleta. Ahí dormíamos en una especie de taller que había en el patio. El dueño de casa era un ex obrero gráfico que todos los días nos ofrecía una copita de vino a la hora de almuerzo. Recuerdo el cariño y las exquisitas comidas que preparaba su esposa, la señora Anita que con poco hacía mucho. Recuerdo que así como nos regaloneaba a nosotros, atendía con esmero y amor a sus nietos. Su hija posteriormente también ayudó en las tareas de comunicaciones con el exterior, razón por la cual nos fuimos de esa casa a un departamento ubicado en la calle Guanaco, en el sector de plaza Chacabuco. La dueña de casa, Nena Salazar que murió unos años después, había sido obrera de la industria Hirmas. Estuvimos ahí alrededor de dos o tres meses”.

A las pocas semanas estaban viviendo en la casa de un compañero en La Cisterna. Poco después compartirían vivienda con Marcos Llantén, resistente con el que vivieron algunos meses. Refiriéndose a él Hernán señala: “Orgullosa de su origen mapuche, autodidacta en la especialidad de electrónica, posteriormente jugaría un rol muy importante en la calibración, reparación e incluso armado de los equipos de radio liberación que llegaban desde el exterior”.

---

<sup>60</sup> Miembros del secretariado (1975): Augusto Carmona, Germán Cortés, Hugo Ratier, Marotta, Hernán Aguiló.

## Una gran familia

Corrían los últimos meses de 1976. Se estaban mudando, como de costumbre, con la sospecha de que la casa podía estar “quemada”. Cargados de maletas y bolsos pararon un taxi para que los trasladara a la casa de un compañero del Partido en la población Jaime Eyzaguirre en la comuna de Ñuñoa.

Entre los bultos iban los fusiles y algunos armamentos de defensa personal. Cuando estaban a tres cuadras del lugar de destino, le ordenaron al chofer que frenara. No querían que nadie, ni siquiera el hombrecito flaco y chico como un alfeñique que iba al volante, los viera entrar.

Le pagaron, se repartieron las maletas y cuando hasta la sombra del auto había desaparecido, empezaron la breve caminata, que fue interrumpida a los pocos segundos, cuando Pilar se dio cuenta de que había olvidado su cartera en el taxi. Estaban en problemas: adentro estaba su carné real y un cargador de AKA.

“Por supuesto que no podíamos quedarnos en la casa del compañero, porque existía el riesgo de un allanamiento masivo. Le avisamos al compañero, le dijimos que tenían que abandonar la casa y nos fuimos sin saber todavía donde íbamos a pasar la noche. La DINA no se demoró en llegar a la casa de los padres de Pilar y por ese motivo ella tuvo que pasar a la clandestinidad. Su madre obviamente negó la situación. El olvido de la cartera era consecuencia de la situación de gran tensión que estábamos viviendo. Sólo había que encontrar una solución. Eran como las 8 de la noche y decidimos irnos al departamento de una profesora con quien Pilar recién empezaba a hacer un trabajo político. No teníamos otra alternativa”.

Caminaron con pasos rápidos y torpes, sintiendo que las cuadras se multiplicaban. La profesora, una mujer delgada, de belleza nortina y con un corazón gigante, les abrió la puerta y, luego de escuchar lo sucedido, los acogió para pasar la noche ahí, advirtiéndoles que el edificio no era seguro. Al otro día muy temprano los llevó donde los vecinos de su departamento, la familia Santana Lizana. Estaba ubicado en el sector de República, en pleno centro de Santiago, y por lo mismo era poco seguro.

La incertidumbre de su próximo destino se resolvió en un abrir y cerrar de ojos, cuando la familia Santana Lizana, deseosos por mucho tiempo de participar en la lucha de resistencia antidictatorial, los ayudó a conseguir alojamiento para él y su mujer en casa de la hermana. Al día siguiente estaban instalados junto a la familia Rojas Lizana, en Independencia.

La familia estaba constituida por un matrimonio: Regina Lizana y Renán Rojas, y sus dos hijos, Ariel y Sol, de 14 y 10 años. La vivienda tenía dos pisos, varias habitaciones y una linda casa de muñecas que habían construido años atrás en el patio trasero. En esa pequeña construcción vivirían los allegados, solo que ahora, en vez ser escenario de juegos infantiles, sería algo como una habitación y oficina, desde la cual Hernán podría realizar con mayor tranquilidad sus tareas de dirección.

Los niños, ya acostumbrados a callar la afinidad de sus padres con la UP y el repudio total que sentían contra la dictadura, fueron instruidos rápidamente: no podían decir ninguna palabra sobre los nuevos huéspedes, debían simular total normalidad y desde ese día ni amigos del barrio ni compañeros de colegio podrían volver a cruzar la puerta de entrada.

Pocos meses después, la gran familia había sufrido algunas modificaciones. Renán, incomodado con la presencia de los nuevos huéspedes, se había ido de la casa. El matrimonio Rojas Lizana se había separado, pero ése no era el único cambio: los Santana Lizana, Nora y Guille, junto a sus hijos, Chemo y Nela, se habían unido al clan. Después de unos meses de estar viviendo en el sector de 5 de Abril con las Rejas decidieron cambiarse a una casa más grande, porque no cabían todos en la casa.

Se mudaron a la comuna de La Reina. Las reglas eran las mismas y poco a poco todos se fueron comprometiendo con algunas tareas en apoyo al MIR. Hacían reuniones frecuentemente, el análisis político no faltaba y todos sin excepción cooperaban, al llegar del trabajo y de la escuela, con la elaboración del diario “El Rebelde” y otras tareas partidarias. Se turnaban para manipular el mimeógrafo, hacer ilustraciones y escribir las direcciones para el despacho y sólo las niñas

estaban autorizadas a trabajar sin guantes, en vista de que sus huellas dactilares no estaban registradas.

Desde 1977 el MIR trabajó en la reactivación incipiente del movimiento de masas. Ponían en práctica los primeros focos de agitación y lucha<sup>61</sup> y desarrollaban algunas acciones de propaganda armada.

“Esto consistía en juntar a un grupo de compañeros y tomarse algún sector, alguna calle, desplegar propaganda y de forma rápida replegarse. Ahí el nivel de represión era muy fuerte, por eso todo se hacía rápido. Era la misma idea de la acción directa de masas, pero en una situación de mucho más peligro. Se hicieron las primeras colocaciones de bombas de ruidos, donde los objetivos centrales eran bancos, servicios públicos y personeros ligados a la dictadura, pero siempre evitando que esas acciones causaran daños a terceros, por eso se hacían de noche. Las planificábamos en conjunto con el Secretariado Interior de la época”.

Hernán se recuerda encapuchado, mientras daba instrucciones a los nuevos grupos operativos. Reconoce haber participado directamente en varias acciones, incluyendo varias de expropiación de dinero hasta 1980, cuando la Comisión Política decidió que dejara de hacerlo por motivos de seguridad. Rememora con especial nostalgia una de las primeras: la distribución de leche en la población Nueva de La Habana, donde también participó Ricardo Ruz, miembro del Comité Central y la Comisión Política que hacía pocos meses había sido dejado en libertad.

“Primero tomamos algunos autos para apoyar la acción, ya teníamos visto el camión que se iba a detener y se desviaría hacia la población. En la zona sur, en la calle Punta Arenas, se tomó el camión y fuimos acompañados de otros vehículos que iban a apoyar la acción. Yo estaba a cargo de esa operación, pero a la vez jugué el papel de chofer operativo. Resultó muy limpio todo, se repartió la leche e hicimos propaganda con un megáfono que se instaló en uno de los autos. Decíamos que era una acción de la resistencia popular. La gente salió a buscar la leche y todas las cosas que estaban abajo del camión”.

---

<sup>61</sup> Los focos de agitación y lucha eran acciones directas de masas que generalmente se hacían en poblaciones, centros de trabajo, colegios o universidades, que consistían en hacer propaganda con un grupo de resistentes, con cortes de calles o toma momentánea de un lugar, utilizando megáfonos, carteles, rayados, etc, para posteriormente abandonar el lugar.

Los años pasaban y la gran familia se sumergía cada vez más de lleno en las labores del MIR. Hernán pasaba gran parte del día escribiendo documentos y con frecuencia se le podía ver caminando sin rumbo de pared a pared en alguna habitación de la casa, muy concentrado y con el ceño fruncido, pensando como poder desarrollar de mejor forma la resistencia política y armada o como resolver algún problema de seguridad de alguna base o estructura del partido.

Pilar, entre otras tareas, era la encargada de las comunicaciones internas en Chile y con el extranjero, una parte del tiempo debía dedicarlos al revelado de negativos en algún cuarto oscuro improvisado e itinerante, que podía ser un clóset o un baño. Otras veces se le veía muy aplicadamente desentrañando los mensajes cifrados que llegaban a través de algún enlace callejero en barretines que ocultaban su contenido. También era común pillarla atareada en la confección de documentación para compañeros perseguidos por la dictadura. Su compromiso era total, dirigía también tareas de informaciones y de apoyo técnico y logístico que fueron importantes para la recepción y preparación de los equipos de Radio Liberación y el desarrollo de acciones de resistencia.

“Nos comunicábamos con los compañeros que estaban en el extranjero, específicamente con René Valenzuela y su compañera Silvia Hernández. Todo se hacía a través de mensajes cifrados en cartas que llegaban a casas buzones de compañeros resistentes. Además, cada uno o dos meses venían enlaces o enviábamos nosotros enlaces con barretines, donde podía transportarse documentos y dinero de apoyo. Para cifrar las claves teníamos unas hojas predeterminadas o usábamos libros. El mismo libro lo tenía la persona que enviaba el mensaje cifrado y el que lo recibía. Cuando había frases o temas que no se podían explicitar, se intercalaban palabras o frases en las cartas que se enviaban. También se usaba tinta invisible para las cartas. Todo era cifrado. Por ejemplo, “vamos a realizar una acción en tal lugar”. Para decir eso, ponías 1, 2, 3... El 1 estaba en la página tanto, párrafo tanto y así... Aunque a veces compartíamos este trabajo, el peso del mismo lo hacía mi compañera. Como un paréntesis de este relato, debo destacar, que el trabajo conjunto con el exterior fue de gran importancia durante todo el período que me tocó estar a cargo de la dirección del partido en Chile. El equipo a cargo de René y el que conducíamos Pilar y yo en Chile, logró un afiatamiento muy grande, logrando realizar las tareas de comunicaciones, apoyo técnico, logístico, financiero y gran parte del plan de retorno de los

compañeros que regresaron desde el exterior. Fuimos capaces de mantener en el tiempo la continuidad y la seguridad de los militantes y miembros de la resistencia que participaron en estas tareas. El compromiso de los compañeros de tareas cerradas en el exterior fue muy importante para el desarrollo del Partido y la resistencia en Chile. Podría decir, que los compañeros de tareas cerradas del exterior casi formaban parte de las tareas de dirección en Chile”.

Mamá Regina y Guille eran militantes, pero Chemo y Ariel sólo aspirantes y debieron esforzarse por alcanzar el grado superior. Al cumplir 18 y 16 años respectivamente y luego de pasar infinitas noches sumergidos entre libros polvorientos y densos, por fin pudieron ser llamados miristas.

Los dos jóvenes se habían dedicado varios meses a la construcción de un gran refugio subterráneo en el patio, que sirvió en varias ocasiones como escondite, e incluso los ayudó a zafar de un allanamiento. Cabe destacar que los montones de tierra, que sacaban luego de cavar por horas, eran llevados todas las noches a un lejano terreno baldío de diversas zonas de Santiago, lejos. Con el pasar de los años la casa estaba convertida al fin en un refugio clandestino perfecto. Eran una célula clandestina del MIR y estaban logrando burlar a los aparatos represivos de la dictadura. El 78 terminó con una gran noticia: Pilar estaba embarazada.

### **Viviendo clandestinamente con Andrés Pascal Allende**

Al final de 1979, Andrés Pascal Allende<sup>62</sup>, secretario general del MIR, vivía junto a Hernán y “la gran familia” luego de que, el 4 de agosto, doce vehículos de la Central Nacional de Inteligencia (CNI) entraran a una parcela en El Arrayán, donde vivía clandestinamente junto a otros militantes encargados de su seguridad, varios de los cuales cayeron esa noche en combate.<sup>63</sup>

---

<sup>62</sup>Tras la muerte de Miguel Enríquez en el enfrentamiento de Calle Santa Fe en 1974, Andrés Pascal Allende asumió la conducción del MIR desde la clandestinidad. Un año más tarde, el 16 de diciembre, agentes de la DINA atacaron su refugio en Malloco, pero logró evadir el ataque y junto a su mujer se asiló en la embajada de Costa Rica. Desde el exilio en Cuba comandó la Operación Retorno y en 1979 regresó clandestino a Chile.

<sup>63</sup> El 4 de agosto más de doce vehículos de la CNI llegaron a una parcela de El Arrayán, donde permanecían ocultos Andrés Pascal Allende, secretario general del MIR que había ingresado clandestinamente al país, junto a algunos militantes encargados de su protección. Fue abatido en enfrentamiento Antonio Lagos Rodríguez y herida Ana Luisa Peñailillo. Pascal no llegó al refugio esa noche.

Llevaban más de un año trabajando juntos en el diseño de la Operación Retorno<sup>64</sup>, incluso mientras Andrés estuvo en el exilio, en Cuba. Una tarde, tras notar que Hernán se movía en transporte público por la ciudad, pese a su cargo y condición de clandestino le sugirió o, más bien, le exigió comprar un auto.

“Yo no usaba auto fuera de la casa, porque la práctica en la clandestinidad y golpes represivos anteriores, había demostrado que su uso era un elemento más de identificación que podían tener los servicios de inteligencia. Andrés Pascal, cuando llegó, me dijo que comprara uno, que cómo si yo salía en los diarios andaba en micro y a pie. Mi ayudante finalmente lo compró con identidad falsa”.

Días después, Hernán estaba profundamente arrepentido de haberle hecho caso. Estaba, por culpa del auto, sentado en la banquilla de una comisaría esperando su turno para ser interrogado.

Todo había comenzado horas antes, cuando, volviendo de una reunión del partido en la población Pablo de Rocka, el sector de la Pintana, divisó el Volvo viejo cerca de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile, donde lo había estacionado, ahora custodiado por un carabinero. En breves segundos barajó distintas alternativas y, dado que su presencia no había pasado inadvertida, resolvió acercarse a preguntar qué ocurría como si no tuviera nada que ocultar.

-Nos llegó la información de que este vehículo es robado. Necesito sus documentos-, dijo el uniformado pronunciando cada letra con exageración. Hernán inmediatamente sacó su billetera del bolsillo trasero del pantalón y le mostró el montón de papeles falsos que traía. El carabinero miró cada letra detenidamente y mientras levantaba una ceja, como advirtiendo que algo no calzaba, añadió: “Va a tener que acompañarme”. La frase retumbó en los oídos de Hernán, quien optó por ir pensando en una revisión de rutina.

Llegando a la comisaría tuvo que corroborar algunos datos. –Nombre completo, apellidos, fecha de nacimiento... -, le preguntaba enérgicamente un oficial mientras tecleaba con fuerza en la máquina de escribir. Todo iba bien, hasta que le pidió la inicial del segundo apellido de su mujer.

---

<sup>64</sup> La Operación Retorno, también conocida como Plan del '78, consistió en el regreso clandestino a Chile de decenas de militantes y dirigentes del MIR exiliados que se reincorporaron a la lucha de resistencia.

Hernán no pudo recordar lo escrito en ese carné de identidad. Tiró una letra al azar y automáticamente el hombre uniformado lo mandó a esperar afuera, luego de cerrar el diálogo con un suspicaz “qué raro”. Luego señaló: “Espere afuera”.

Salió al patio sin nadie que lo vigilara y vio su auto estacionado afuera de la comisaría. Dos golpes de suerte increíbles. En un pestañeo se subió al Volvo, puso primera y salió a toda velocidad. Al llegar a Vicuña Mackenna lo abandonó y emprendió una caminata, donde su ayudante, para contarle lo sucedido.

“En ese momento Andrés Pascal estaba viviendo en la casa con nosotros, imagínate el peligro. Pero además, se perdió el auto, se perdieron recursos, yo podría haber caído, entonces era lógico que mi experiencia anterior de combinar micro, taxi y caminata era mejor. Nunca más volví a tener auto, excepto los que eran de las casas donde vivía y ahí los usaba solo para entrar o salir escondido. Todos estos detalles sirvieron para construir mejor la clandestinidad y la seguridad”.

Andrés Pascal convivió con “la gran familia” durante algunos meses, mientras casi a diario aparecía su foto en los diarios acompañada de frases como “se busca al terrorista líder del MIR...”. Las medidas de seguridad en la casa se endurecieron aún más, lo que no le agradó a los cuatro jóvenes algo cansados de sus vidas paralelas.

Pero no todo era deber y sacrificio. Había momentos mágicos, como el día en que todos juntos grabaron del “Himno de la Resistencia”, que ellos mismos habían compuesto, en uno de los subterráneos de la casa para evitar ser escuchados por los vecinos. Hitos tan maravillosos y únicos vivieron en aquella casa, que fueron dignos de ser recordados, años más tarde, en un libro ilustrado creado por Ariel y Sol, llamado “Historias Clandestinas”.

Llegó el día en que Andrés se marchó de la casa buscando otro refugio y al poco tiempo, Pilar estaba lista para dar a luz a su primer hijo. Con identificación falsa hecha exclusivamente para el parto y con su pelo castaño teñido negro azabache, se dirigió al Hospital San Juan de Dios, donde nació Francisco.



Hernán, respetando las normas de seguridad, no pudo estar en el parto que ocurrió una mañana, pero apenas se oscureció entró escondido a la habitación y pudo conocer a su hijo.

“Fue un parto normal, pero sufrimos mucho, porque mi hijo salió amarillo y tuvieron que hacerle tres transfusiones de sangre. El posparto fue muy complicado y también lo había sido el embarazo y parto, porque había mucha tensión. Teníamos incertidumbre respecto de si nuestro hijo iba a resistir las transfusiones. La flaca Alicia, una de nuestras grandes amigas en la actualidad, que nos había llevado a la casa de la familia Santana, acompañó a Pilar durante. Fue de mucho apoyo para ella. Después todos los integrantes de la familia desfilaron para visitarla. Recuerdo que el primero en ir a verla fue el Chemo”.

Francisco salió del hospital con papeles falsos y se acopló, desde su nacimiento, a la vida clandestina de sus padres.

### **El reencuentro y otras aventuras**

Los focos guerrilleros en Neltume y Nahuelbuta<sup>65</sup> se estaban instalando, pero al interior del partido había opiniones disidentes respecto del futuro del plan del año 78<sup>66</sup>. Hernán, estaba encargado de la logística y el abastecimiento de los mismos. Tenía, entre otras tareas, que coordinar el traslado de camiones cargados con ropa adecuada y comida calórica para abastecer a los compañeros infiltrados en la montaña.

“Lo que hicimos fue un esfuerzo para preparar las condiciones y poder instalar estos frentes guerrilleros. Por las condiciones geográficas y climáticas se requería de mucha logística, apoyo en comida y en vestuario sobre todo. Se requerían tantos recursos que se convulsionó la fuerza operativa en Santiago, porque el apoyo desde el exterior no alcanzaba para cubrir todas las necesidades de abastecimiento que requerían los compañeros en la montaña. Además, las pocas redes sociales que había para apoyar el montaje de los frentes guerrilleros alrededor de Neltume y

---

<sup>65</sup>Una parte del Plan del '78, también conocido como Operación Retorno, contempló la instalación de dos frentes guerrilleros en el Sur de Chile; uno en Neltume y otro en Nahuelbuta. Todos los militantes internados en la montaña varios meses venían del exilio. La derrota del proyecto La represión contra el proyecto guerrillero se desencadenó a fines de agosto y culminó en octubre de 1981, con la muerte de once compañeros del destacamento “Toqui Lautaro” al mando de Miguel Cabrera Fernández, “Paine”, también caído.

<sup>66</sup> Se llama Plan del '78 a la Operación Retorno.

Nahuelbuta eran en su gran mayoría falsas; se hacían con documentación falsa, con redes que a veces estaban quemadas, como familias de ex presos políticos, entonces era evidente que las condiciones de seguridad y de apoyo político social no estaban dadas para montar un frente guerrillero. Esto a tal punto, que cuando Andrés llegó a Chile y me dijo que quería integrarse a los frentes guerrilleros, yo fui partidario que no lo hiciera porque las condiciones no estaban dadas para que él permaneciera en el monte”.

El 27 de junio de 1981, el Destacamento Guerrillero Toqui Lautaro fue detectado por las fuerzas represivas en la cordillera de Neltume. Los guerrilleros, todos provenientes del exilio, fueron cayendo en sucesivas emboscadas y varios fueron entregados a la CNI por familias campesinas a las cuales acudían pidiendo ayuda<sup>67</sup>. El MIR vivía otro gran golpe, el proyecto revolucionario con miras a desarrollar la guerra popular se había desmoronado por completo.

“Tuvimos justamente la mayor discusión respecto al plan del ’78. Llegamos a una solución intermedia y yo creo que fue una mala solución. Se acordó bajar a una parte de los compañeros de Neltume para fortalecer las redes sociales y otra parte que se quedó arriba. Se estaba en eso cuando ocurrió el golpe represivo. Yo era partidario de bajarlos a todos... Cuando supimos del golpe represivo, intentamos tomar contacto con algunos compañeros que trabajaban en logística, pero los puntos de rescate no funcionaron. Ese fue para mí un gran quiebre, aunque las distintas visiones respecto del que debían ser los objetivos tácticos estratégicos del MIR venían desde antes. Este golpe represivo y otros que sufrió el Partido en esos años, ayudaron a fortalecer las posiciones revisionistas en la dirección del partido. El MIR había sufrido su segunda gran derrota táctica estratégica”.

Hernán siguió su vida con normalidad, aunque ahora dividido entre las tareas políticas y la paternidad. El niño Francisco figuraba afuera de la casa como hijo de Regina, quien lo cargaba por el vecindario con propiedad. Pilar no abandonó en ningún momento sus labores como militante y el pequeño creció creyendo que tenía dos papás y mamás.

“Pancho le decía a la Regina “mamá Regina” y al Guille se refería como “Papá Guige”. A mí me decía papá, a secas. Él fue al jardín y al colegio, pero siempre con nombre falso. Cada cambio de casa, como por ejemplo, cuando nos fuimos a Peñaflor y posteriormente al Sur, tenía que cambiar de nombre y pienso que debe haber sido bastante traumático para él, aunque en la actualidad lo toma con mucho humor. Debe ser porque siempre permanecemos a su lado y recibió mucho cariño de todos los que lo rodeaban”.

En 1982 Hernán salió del país, como consecuencia de las diferencias tácticas estratégicas en la dirección. Andrés ya se encontraba en el exterior y se había elaborado la Política de Salvación Nacional en el Comité Exterior. Se recuerda con el pelo teñido y generosas entradas en la frente, entregando su carné falso en Policía Internacional, en el aeropuerto de Santiago. Le temblaron las piernas cuando vio su propia foto pegada en una de las paredes. Lograron volar sin ningún traspie y la primera parada fue en Francia, donde se encontró con su hija Macarena, a quien no veía desde hacía casi diez años.

“Para mí fue tan tensa esa salida, que después siempre lo hice por tierra, por pasos clandestinos. Ese viaje fue por motivos políticos, fue cuando se empezó a incubar la crisis al interior del partido y había que discutir la política de salvación nacional. La reunión era en Cuba, pero antes fui a Francia y me vi con la Maca, aunque ella estaba a punto de ir a lo del Proyecto Hogares, así que en Cuba también nos juntamos”.

Su impresión fue gigantesca cuando vio a Macarena. Entendió que la imagen que a menudo rondaba en su cabeza, de la niña en pañales corriendo por el departamento frente a la Universidad Católica en la Alameda, era parte de un pasado lejano que debía actualizarse con urgencia. Sentía algo de culpa, tenía ganas de recuperar el tiempo perdido.

“Cuando me encontré con la Maca fue muy fuerte. Mucha alegría, pero fue como que recién empezaba a conocerla, porque la había dejado de ver a los tres años y medio. Después del

documental<sup>68</sup>, por lo menos por mi lado, recién pude sentirme padre de ella, fue algo sanador. Creo que para ambos”

Luego de la reunión del partido en Cuba, junto a Andrés, volaron hasta Vietnam, donde tomaron un curso de estrategia política que duró un mes.

“Aprendí mucho de los vietnamitas. Una de las enseñanzas que nosotros deberíamos haber implementado en Chile, es que ellos nunca abrieron al partido públicamente. Solo una minoría de militantes tenía la labor de realizar tareas abiertas. Pero la gran masa de militantes permanecía en las organizaciones de masas, no se abrían como miembros del Partido. Siempre “aferrado a las masas, al terreno y al enemigo”, decían los vietnamitas para sintetizar su estrategia de guerra popular. Entonces se hacía mucho más difícil para los colonialistas e imperialistas encontrar a los militantes y por eso la represión se masificaba, al no poder detectar a los militantes. Uno de nuestros errores fue abrir el MIR. Debimos haber funcionado siempre en forma clandestina, independiente que los militantes fueran legales o ilegales”.

Poco tiempo después, el MIR sufría un nuevo revés militar, esta vez muy sangriento. El golpe represivo en las calles Fuenteovejuna y Janequeo, El 7 de septiembre de 1983, terminó con la vida de varios militantes del MIR en manos de la CNI<sup>69</sup>. Entre ellos estaba Arturo Villabela Araujo, miembro de la Comisión Política y encargado militar del partido en ese momento, y Hugo Ratier Noguera, miembro del Comité Central y jefe de la estructura armada del MIR en la capital.

Hernán dado su estrecho nivel de cercanía con Villabella, decidió abandonar la casa por unos meses, junto a Pilar y su hijo. Cuando tuvo la certeza de que el inmueble no había sido

---

<sup>68</sup> “El edificio de los Chilenos” (2010), es el documental de 95 minutos dirigido por Macarena Aguiló. Retrata parte su vida y la de otros niños chilenos que vivieron en el “Proyecto Hogares”, en Cuba.

<sup>69</sup> Fue una operación de represalia que la dictadura ordenó ejecutar por la muerte del intendente de Santiago mayor general Carol Urzúa Ibáñez, que junto con su escolta cayó en una emboscada montada por un comando del MIR el 30 de agosto de 1983 en la comuna de Las Condes. El primer golpe se descargó en la calle Fuenteovejuna 1330, de Las Condes, donde fueron abatidos por la CNI Arturo Villabela Araujo y los militantes Lucía Vergara Valenzuela y Sergio Peña Díaz. Horas después, el mismo contingente dio muerte en la calle Janequeo 5707, de Quinta Normal, a Hugo Ratier Noguera y a Alejandro Salgado Troquián.

descubierto por los aparatos represivos, regresaron, pero provistos de un nuevo modelo de seguridad.

Por un sistema de radioescucha que enviaron desde el exterior, podían captar las conversaciones de la CNI en Santiago, Concepción y Temuco. Además de eso, que les fue de gran ayuda, instauraron turnos de vigilancia nocturnos entre los miembros de la casa. A través de una ventana, chequeaban cada movimiento de la calle y en un cuaderno anotaban la patente de los autos que pasaban.

“Anotábamos todos los autos que pasaban, entonces ya sabíamos que tal auto salía a trabajar a las 5 am cada día, y así detectábamos las rutinas normales y anormales del barrio. Los equipos con que escuchábamos a la CNI los conectábamos a una grabadora y detectábamos las comunicaciones entre ellos. A pesar de que hablaban en clave, se podía interpretar más o menos lo que hablaban y a veces se les salían algunas zonas donde estaban, e incluso direcciones de sus jefes. Esas dos cosas; el chequeo desde la casa hacia la calle y el grabado de los movimientos de la CNI, nos sirvieron mucho para verificar si había o no seguimiento a los compañeros del partido y la dirección”.

Un año más tarde, Francisco tenía cuatro años cuando en la casa, mientras trajinaba el bolso de su padre, pilló una pistola. -No le puedes contar a nadie que hay armas en la casa, ¿bueno?- dijo Hernán apenas sorprendió a su hijo con el arma en sus manos. El pequeño asintió moviendo la cabeza.

“En ese momento Pancho supo que éramos perseguidos y sufrió mucho, porque le daba temor. Pero por otro lado, siempre estuvo cerca de nosotros y tuvo mucho cariño, eso lo ayudó lo ayudó mucho”.

### **Caminando hacia la legalidad**

En 1986 por primera vez Hernán, Pilar, Guille y Regina, estaban juntos a sus hijos acampando en el Alto Biobío. Por unos días escaparon de la locura de sus vidas en la ciudad. Estaban

clandestinos, pero con la tranquilidad de la soledad de la montaña y con el río caudaloso a sus pies.

Poco tiempo después, Hernán tenía la sospecha de que la casa donde vivían había sido descubierta por la CNI. Se despidieron de la gran familia y comenzaron a trabajar en el montaje de una nueva vida, igualmente clandestina, en la localidad de Florida al sur del país, cerca de Concepción.

Para ese entonces, las diferencias en el interior del MIR se habían acentuado fuertemente, lo que desembocó en una división del partido que públicamente se ha conocido como tres sectores diferentes.<sup>70</sup> Hernán quedó como líder de uno de ellos, conocido como el “MIR Comisión Militar”.

“Yo, en el momento de la crisis, seguía como jefe del Partido en Chile, pero además se me había encargado en el último pleno del Comité Central en el año 85, que se realizó en Buenos Aires, preparar las condiciones políticas y de redes para un futuro frente guerrillero. Por eso que públicamente quedé como militarista, cuando en la práctica incluso creo que lo fui en menor medida que otros compañeros de la dirección y que posteriormente derivaron a posiciones revisionistas. En ese momento seguía creyendo en la estrategia de la guerra popular, pero pensaba que era necesario generar las condiciones si se quería intentar nuevamente montar un frente guerrillero. Se conformó un sector que fue revisionista y abandonó la estrategia tradicional del MIR; ese sector estuvo encabezado por Gutiérrez y Moreno, y públicamente se autodenominaron como el sector político. Ellos se fueron directamente detrás de la salida democrático-burguesa que en ese momento se negociaba con la dictadura. El otro sector, donde estaba Pascal, a mi modo de ver, se quedó con la estrategia tradicional del MIR, es decir, la constitución de una fuerza social revolucionaria, pero sin hacer la autocrítica de cómo el partido se estaba construyendo, para conseguir ese objetivo. Posteriormente, como se sabe Andrés y algunos otros ex dirigentes han entrado a militar en el Partido Progresista de Marco Enríquez Ominami”.

---

<sup>70</sup>Luego de la guerrilla de Neltume, diversas posturas dentro de la dirección del MIR en torno a las formas de lucha para enfrentar la dictadura, provocaron una división interna. Se conformaron inicialmente tres fracciones: una que privilegiaba las formas armadas de lucha encabezada por Hernán Aguiló, otra dirigida por Nelson Gutiérrez, conocida como el “MIR político” y la última al mando de Andrés Pascal Allende, que continuaba con la línea histórica.

En 1988, Hernán, Pilar y su hijo Francisco habían migrado al pueblo de Florida, cerca de Concepción. Por primera vez en muchos años vivían solos en una casa. Seguían en la lógica clandestina, sólo que ahora podían figurar como una familia normal, con la ayuda de nombres falsos y puestos de trabajo reales. Francisco podía andar en bicicleta por la calle y mostrar por fin a sus padres reales para presentarlos a sus vecinos. Después de un corto tiempo se fueron a vivir a Concepción.

“En Concepción tratamos de que Pancho tuviera una vida lo más normal posible. Desde que se produjo la división del partido, nos planteamos el autofinanciamiento de todos los militantes que formamos el sector Comisión Militar. El objetivo era vivir como el común de la gente, sin militantes profesionales del partido, incluidos los que éramos ilegales. Yo trabajé haciendo clases particulares de matemáticas y física y además hice algunos cursos de computación que empezaba a ser el *boom* del momento. Mi compañera, con gran talento artístico, aunque de profesión terapeuta ocupacional, hacía clases de batik, que es una técnica de teñido en género, original de la Isla de Java. Yo enmarcaba sus trabajos y también los vendíamos como una forma más del autofinanciamiento”.

En 1989 tuvieron a su segundo hijo, Alejandro Marcelo, en Concepción. Hernán pudo entrar al parto, que esta vez no mostró complicación alguna.

“Con Pancho lo celebramos con un almuerzo, mientras Pilar sufría los dolores y molestias del postparto”, recuerda muy contento y orgulloso. Era su segundo hijo nacido en la clandestinidad. Un año después idearon un encuentro clandestino con Macarena que para ese entonces estaba en Chile. Acamparon cerca del lago Icalma, fueron a Panguipulli y por fin Hernán pudo recorrer el ensangrentado Neltume.

Su participación en la Comisión Militar del MIR llegó a su fin a mediados del 91, por diferencias internas nuevamente. La crisis del socialismo a nivel mundial lo había remecido y razones políticas más globales no hacían posible en ese entonces la viabilidad e implementación de una estrategia de guerra popular.

Apenas dejó de militar en el MIR quiso recuperar su vida “legal”. Luego de varios trámites y con la ayuda de un abogado pudieron regresar todos juntos a Santiago a fines de 1992. Recuerda la cara desfigurada de la mujer del Registro Civil mientras le explicaba que sus hijos, de diez y tres años, no tenían certificado de nacimiento real porque habían nacido en la clandestinidad. Ellos tienen rut consecutivos, a pesar de su diferencia de edad de 10 años.

Hernán, a los veinte días de haber vuelto a Santiago, encontró trabajo como jefe de planta en una fábrica de acero para construcción. Esto gracias a un compañero de la universidad. Posteriormente se recibió de ingeniero e hizo un postgrado en medio ambiente. Pilar entró a la universidad para terminar la carrera de terapia ocupacional y un año después se recibió. Pancho entró a cursar octavo básico en el Instituto Nacional, pero antes tuvo que rendir exámenes libres, en vista de que sus años anteriores habían sido aprobados con identidad falsa. Alejandro no tiene noción de la vida clandestina, pero Hernán piensa que las tensiones durante el embarazo y cambios durante sus primeros años de igual modo lo afectaron.

“Con el tiempo me doy cuenta de que la política no puede desligarse de lo humano. Dejé muchas cosas de lado mientras fui militante. No pude ir al funeral de mi padre y estuve casi diez años sin ver a mi hija. Mis hijos vivieron el rigor y la dureza de la clandestinidad. Es un aprendizaje que la política por un nuevo proyecto libertario debe integrar y recoger, para el futuro”

Estábamos con Hernán en la revisión de su testimonio y me dijo que quería agregar algo que no había dicho. ¿Qué? le pregunté. Y me respondió: “Después de más de cuarenta años quiero descompartimentar y juntarlos a todos, para que se conozcan entre sí y sepan que gracias a ellos fue posible en gran medida darle continuidad a la dirección del MIR en Chile, quiero descompartimentar y juntar a la familia Olivarí-Peña, a la señora Irma Rubio, a los integrantes del grupo Alehp, a don Oscar y la señora Anita, a Nena Salazar, a Marcos Llantén, a la familia Carrasco, a la flaca Alicia, a la familia Rojas Lizana y Santana Lizana, a la Nini y al tío Marcelo como yo les decía a mis suegros. Quiero descompartimentar y juntarlos con los compañeros de las tareas cerradas del exterior y con los distintos integrantes de la dirección del partido en Chile en los 10 años que tuve la responsabilidad de dirigir. Quiero descompartimentar y juntar otros resistentes que no he nombrado en este testimonio. Sé que cada uno de ustedes, los que están



vivos y los que ya nos dejaron, se comprometieron con su pensamiento y su práctica con el proyecto de la resistencia antidictatorial. Quiero agradecerles sus muestras de cariño y amistad en cada momento que estuvimos juntos. Por último, quiero descompañarlos y juntarlos con el futuro proyecto libertario de los trabajadores y el pueblo. Eso quiero”.

**CAPÍTULO III**  
**AMOR EN LA CLANDESTINIDAD**  
**Raquel Echiburú Alfaro**

**Infancia: Unidad Popular y golpe militar**

No sería una mañana como cualquier otra. Raquel despertó como de costumbre, muy temprano para ir al colegio. Se puso el uniforme, con la flojera que significa proyectarse en pocos minutos ante las tablas de multiplicar plasmadas en el pizarrón de tiza. -¡Me voy!-, gritó su madre, Raquel Alfaro Fermandois, mientras ella tragaba un vaso de leche tibia cuya nata espesa cubrió sus labios rosados. Corrió hasta la entrada, sacando el máximo provecho de sus piernecitas cortas, pero el motor se detuvo antes de que alcanzara a subir. Su padre, Lautaro Echiburú Concha, empleado de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), había llamado desde la oficina central para advertir peligro. -No pueden salir ni a la esquina-, ordenó.

A las pocas horas, Raquel figuraba debajo de la mesa del comedor con sus dos hermanos (Lautaro y Margarita), su madre y la mujer que trabajaba para ellos en labores domésticas, intentado capear las esquivas que cruzaban todo el espacio tras el bombardeo. Pensaba que el mundo se iba a acabar, mientras su mamá, con ataque de llanto, les explicaba que estaban viviendo un golpe militar. Con nueve años no entendió cabalmente aquellas palabras, pero tuvo la certeza de que algo malo pasaba.

Estaba en medio de una lluvia de piedras. Pero aquellas no eran piedras, sino escombros de la casa de su vecino en la calle Tomás Moro y hasta ese día Presidente de la República, Salvador Allende. Los militares habían bombardeado también la escuela aledaña y el polvo copó cada rincón de su casa. Tendrían mucho que limpiar.

Minutos más tarde, se escuchaban los festejos del barrio, uno de los más acomodados del Santiago de 1973. No faltó champaña, no faltó risa, ni faltaron los brindis con el himno nacional a todo chancho. Fue un día lánguido y confuso para Raquel hija. Estuvo frente al televisor escuchando los bandos, mientras esperaba ansiosamente un reporte de su padre, pero tenía la

sensación de que los minutos se resistían a pasar. Ya era de madrugada, cuando la puerta de entrada por fin gruñó. Era su papá en perfectas condiciones, aunque con malas noticias: el tío Cocho estaba preso en el Estadio Nacional.

Desde ese día, ser niña se transformaría en una difícil tarea. Ya no volvería a alzar banderines entre las multitudinarias marchas en apoyo al primer presidente socialista del país, tampoco haría colas para el aceite, la leche o el pan, y menos, podría volver a salir a jugar por el barrio hasta el anochecer. Aquellas escenas se transformaron en recuerdos polvorientos e intocables. A sus padres, miembros de la logia de los masones, militantes del Partido Radical y fieles colaboradores de la Unidad Popular, ese día les truncaron de golpe cada sueño.

Luego vino el toque de queda. Las veredas del país se transformaron en el fruto prohibido de cada noche, las calles en escenario del horror, el río Mapocho, en un receptáculo de cadáveres.

A la mañana siguiente una vecina tocó la puerta de Raquel, quien abrió junto a su madre. -Vengo a traerte algunas cositas de comer; no te preocupes que no les va a faltar nada *gansa*: nosotros tenemos la despensa repleta-, dijo la mujer de pómulos pronunciados, piernas rechonchas y voz grave, mientras exhibía un canasto de mimbre lleno de mercadería.

La madre de Raquel se desfiguró ante la escena. Había sido presidenta de la Junta de Abastecimiento Popular (JAP) durante la Unidad Popular y cada semana se preocupaba de repartir equitativamente los alimentos en el vecindario. Si apenas le quedaba un par de latas de chanco chino, no podía explicarse la abundancia en la casa de su vecina. -Tenemos exactamente la misma tarjeta de abastecimiento- pensó y, casi simultáneamente, cerró la puerta con furia contenida, mientras balbuceó una despedida.

“Mi madre fue presidenta de la JAP<sup>71</sup> y mi padre trabajó como interventor de las radios en la época de Allende. De verdad no teníamos nada y mi mamá hizo pan con tallarines, no me puedo

---

<sup>71</sup> Según informe “Orientación para el trabajo de las JAP”, del CEME, se entenderá por Junta de Abastecimiento y Control de Precios, “aquella organización de trabajadores que luchan por mejorar las condiciones de vida del pueblo dentro de cada unidad vecinal, de preferencia esforzándose por un adecuado abastecimiento, velando por un adecuado control de precios, luchando contra la especulación y los monopolios, promoviendo el mejor

olvidar de eso. La masa la dejó remojando en agua y la cosa es que lo logró, aunque quedaron duros como palo. Obviamente no iba a aceptar la propuesta de la vecina, que a todo esto, un día que llegaron los milicos a mi casa, y se acercó nuevamente a mi madre para decirle que si la llevaban presa, ella se iba a quedar con sus hijos”.

Hubo un antes y un después en la vida de Raquel. Se acabaron las excursiones por Los Domínicos, en ese entonces despoblado, no volvería al Cerro Calán con sus amigos del barrio, tampoco pudo pisar de nuevo las casas que casi diariamente frecuentaba después del colegio para jugar. Ella y toda su familia fueron marginados de la vida social en el barrio. Aunque eran acérrimos militantes radicales, los tildaron de comunistas y el cartel no se los quitó nadie.

Las maletas de cada integrante de la familia Echiburú estuvieron listas y apoyadas en la entrada de la casa durante un año, esperando el momento en que los fueran a buscar. Sus padres habían trabajado arduamente en el proyecto de la UP y ahora bajo la dictadura de Pinochet, pagaban con intereses su adhesión a Salvador Allende. Su madre fue despedida de la CORFO, donde había trabajado por años, mientras que su padre debió enfrentar un juicio que lo acusaba de haber disparado a militares desde su oficina el día del Golpe.

Raquel y sus hermanos, todos estudiantes de básica, también pagaron los costos. Fueron citados sorpresivamente a la oficina del director, donde les informaron que el colegio “ya no era para ellos”. El establecimiento de la masonería al cual habían asistido desde pequeños, los invitaba a irse porque ya no podrían pagar. El mismo Liceo Salvador Allende que un año antes había sido bombardeado los recibiría, aunque ahora además de profesores y alumnos, habían militares deambulando por los pasillos. Tenía nuevo nombre: Escuela 481 Adela Edwards.

“Fue *heavy* como los amigos nos dieron la espalda. Nos decían ‘se van los upelientos’. De ahí en adelante no nos juntamos más con esos niños y entré al nuevo colegio a cursar sexto básico el año ’74. Mi mamá se fue a trabajar a Motochi, una empresa de motos de fabricación chilena como vendedora y gerente de un área, pero la vida profesional de mi papá se acabó definitivamente y ni siquiera lo dejaron optar por la jubilación, aunque estaba en edad de hacerlo. Obviamente ambos

---

aprovechamiento de los medios de subsistencia del pueblo, y cooperando en general con todas las funciones de la Dirección de Industria y Comercio.”

despidos tuvieron que ver con su apoyo a la UP. Tenían relación con el sindicato y se tomaban muy en serio en tema de la distribución de energía a partir de la escasez. Yo empecé a vivir la dictadura a través de lo que consideré que había sido una injusticia con mis papás.”

Cada día obsesivamente, el padre de Raquel prendía la radio para escuchar los bandos. Esperaba ser llamado, como todos sus compañeros de trabajo, muchos de los cuales estaban muertos, pero sin tumba para llorarlos o dejarles siquiera una flor.

Por sorpresa un día golpearon fuerte la puerta de entrada. Un grupo de militares de la FACH entró con alboroto y en cosa de segundos, toda la familia estaba aglomerada en el living. Los pusieron en el suelo y los apuntaron con armas, mientras trajinaban cada rincón. El padre de Raquel se había adelantado a los hechos y meses antes, cavó dos hoyos grandes en el patio interior de la casa. En uno enterró todos los libros, incluida la colección de Quimantú y las revistas Mampato, mientras que el otro quedó atiborrado de música, de discos de Inti illimani, Los Jaivas y Víctor Jara, entre otros insignes artistas de izquierda.

Raquel tuvo miedo al ver que quemaban la colección de afiches que su hermano colgaba en la pared. Frases como “Águila Negra”, “Los niños son el futuro de Chile”, “Ya caerás”, “Viva la educación”, se desfiguraban tras las llamas.

“Yo no te puedo decir que en ese momento viví el terror, porque era muy chica para percibir, pero cuando me preguntas por qué entré a la política, supongo que todo esto influyó. El allanamiento no fue tan violento como en las poblaciones, pero sentimos que era una especie de aviso, que nos tenían en la mira, así que mi papá construyó unos muebles modulares cuadrados, que eran como cajas por dentro donde metieron todo lo que podía ser usado en nuestra contra”.

A fines de 1974, los padres de Raquel, conscientes de que la dictadura sería larga y cruel, decidieron postular a una beca del World University Service. Era la mejor vía que encontraron para abandonar el país. Un año más tarde, la familia entera estaría abordando un vuelo con destino a Londres.

## Exilio en Escocia

Cruzó de la mano con su tía Carmela, a la misa que celebraban en el convento de monjas colindante con su casa. –Tenemos que rezar, porque los comunistas están dejando la embarrada- dijo mientras se persignaba frente al altar. Raquel, en su pellejo de niña, estaba confundida. Veía cómo sus padres trabajaban para derrocar la dictadura, haciendo panfletos de resistencia, buscando la manera de ayudar a más de algún amigo preso, o juntando cosas para quienes partían al exilio. Pero sabía que todo ese trabajo era clandestino y que por su boca, nada podía salir. Se sentía censurada, sobre todo en el nuevo colegio público, donde todos los días debía formarse como una pequeña militar. Todo se mezclaba en su cabeza. Le gustaba ver la serie *Sombras Tenebrosas* por la televisión, pero llegó la noche en que Barnabás Collins se apoderó de sus sueños. Despertaba inquieta, con el cuerpo hundido en el fondo de la cama, rezando para que los vampiros no se la llevaran por las ideas comunistas de sus padres.

Otra preocupación se sumó en los hombros de la pequeña Raquel, cuando su padre le contó que dejarían el país.

-No sabemos dónde vamos a vivir, aún no tenemos casa, no hay nada definido, pero es seguro que nos vamos. No pueden llevar muchas cosas, sólo lo mínimo.- le decía acelerado, empujando el dedo índice, mientras la incertidumbre se tomaba su frágil cerebro.

En dos meses las becas estaban listas, los pasajes comprados. La excitaba la idea de tomar un avión por primera vez; se imaginaba volando como un pájaro nuevo que sale a descubrir el mundo, aunque le angustiaban las despedidas que se tomaron su último mes en Chile.

“Sabía que nos íbamos hasta que se terminara la dictadura, porque así mis papás no podían trabajar, pero estaba la sensación de que dejábamos a los amigos, la familia y eso igual me afectaba. Pensaba que mis abuelos ya no iban a estar para nuestro regreso. Era mucha información para una niña”.

A principios de 1975 estaba en el aeropuerto, vestida igual a sus hermanos: un abrigo negro hecho a telar y un gorro de lana blanco tejido por su abuela. Estaban a minutos de partir y los llantos de despedida se tomaron el momento. Contempló la cordillera desde arriba, la vio tan inmensa que se sintió diminuta como los bichitos que cazaba en el patio de su casa. Horas después aterrizó a miles de kilómetros, en Londres.

El siguiente recuerdo ocurre en un hotel ubicado en el centro de la ciudad; número 14 de la calle Sinclair. -No hagas sonar la sopa, que la reina no come así-, le ordenó su madre mientras compartían la cena con varias familias chilenas que se alojaban ahí mismo, y que al igual que ellos, estaban a la espera de que el Comité de Solidaridad con Chile les asignara el lugar de destino final.

Dormían los cinco juntos en una habitación del subterráneo. Se turnaban con los demás huéspedes para hacer aseo y cocinar. Raquel y sus hermanos, a los pocos días figuraban como alumnos de un colegio cercano y los fines de semana sagradamente recorrían los museos, palacios y parques que parecían infinitos y gloriosos. Rápidamente dominaron el inglés, a excepción de su padre, cuya lengua se resistía a dejar el castellano.

Por primera vez Raquel subía al metro. Se sintió protagonista de una película futurista cuando las puertas se cerraron y vio a toda su familia tras el vidrio, parados en el andén con cara de tragedia. “Para chofer *conchatumadre*, que mi hermanita va ahí”, gritó su hermano pequeño, mientras corría como quien intenta parar la micro en pleno centro de Santiago. Se bajó en la siguiente estación, donde esperó que la recogieran. De ahí en adelante se esmeró por aprender a moverse en la ciudad, a conocer las calles y la movilización, pero apenas lo había logrado cuando les informaron que en Escocia los esperaba su nuevo hogar.

“Había una organización detrás de todo esto, que eran los comités de solidaridad con Chile. Generalmente estaban encabezados por sindicatos y partidos políticos, que se dedicaron a acogernos de la mejor manera. Su labor fue impresionante”.

Les asignaron un departamento dúplex, estilo Villa Frei, completamente equipado en Coltness, un barrio de Wishaw. Raquel entró al Cold Ness Primary School a cursar séptimo básico. Quedó asombrada con la pulcritud del lugar; la calefacción central, las amplias canchas de pasto verde y cortado a la perfección. También adoraba la leche con chocolate y las manzanas que recibía en los recreos.

Pero con el pasar de los días el panorama ideal se fue desmoronando. La discriminaban por ser extranjera. “Nigger”, “Paki”, le gritaban sus compañeritos escoceses en los recreos, mientras la perseguían por el patio aledaño a la sala de clases. Raquel no lograba familiarizarse con la pronunciación gutural del inglés y le costaba seguir el ritmo de las clases. La bajaron de curso mientras hacía nivelación en un centro de lenguaje.

El país le era completamente extraño. Comer papas a todo evento y la nieve incesante no eran de su agrado. Chile se veía lejano, aunque volver era su mayor anhelo. Los padres de Raquel se esmeraron por mantener la conexión con el Chile golpeado. Participaban en ferias junto a otros chilenos, vendían empanadas y chapitas con la imagen de Salvador Allende. Se mantenían informados a través de la radio y jamás perdieron contacto con sus compatriotas exiliados y mucho menos, dejaron las tareas políticas.

Raquel se fue adaptando, aunque lentamente. Ya manejaba el idioma, tenía amigos en el barrio y en la escuela, logró pasar de curso y hasta entró en la selección de natación y de hockey. Sus padres cursaban un máster en ciencias que les copaba casi todo el día, de modo que ella, como hermana mayor, se encargaba de sus hermanos y de los quehaceres domésticos. “Cuando los Echiburú se quedan sin la mamá”, era el manual de aseo y recetas de cocina que su madre le dejaba antes de partir.

Raquel vivió su adolescencia en torno al estudio, el deporte y las excursiones. Muchas tardes se le fueron en el trago amargo de las tareas extras que sus padres le asignaban como método para alcanzar la perfección académica. Con doce años se movía sola en tren por Europa. Ávida por conocer, aprovechaba cada oportunidad de viaje. Disfrutaba escuchar rock: fue a conciertos de



*Deep Purple*, *Sting* y *The Police*, aunque nunca pudo cultivar la moda *punk* que tanto le gustaba, por prohibición expresa de su madre, una mujer muy clásica y rigurosa.

“Mi papá no se la pudo con el estudio, porque no aprendió el idioma. Trató de tener un trabajo allá pero no quedaba porque no hablaba bien. Para él fue muy frustrante, porque vivía del seguro social. A mi me marcó mucho verlo deprimido. Estaba en el exilio, sin pega, sin entender el idioma, las posibilidades para él eran acotadas. Era como el dueño de casa, le decíamos “Sra. Nilda”. Se puso maniático, encerraba demasiado, los cubiertos tenían que estar súper derechos y tonteras así. Él siempre estaba haciendo cosas y, como tenía más tiempo, fue quien se dedicó a las tareas políticas. Estaba muy metido en la reconstrucción de Chile desde allá con lo que yo me imagino que debe haber sido la Concertación en sus albores. No sólo querían sacar a Pinochet, sino que querían reconstruir la noción de Estado. Mi mamá era el sostén económico de la casa y al regreso del exilio fue lo mismo. Pero nunca ellos lo plantearon como un problema, se asumía nomás”.

En su imaginario de niña la familia Echiburú retornaba a Chile, pero la realidad decía otra cosa. Cada día se veía más lejana esa posibilidad, en vista de la cruda represión que se vivía a fines de los 70 en el país. Por radio Moscú se enteraban de los detenidos desaparecidos, el asesinato de Orlando Letelier los remeció desde cerca y de reinserción laboral ni hablar.

Pero llegó el momento de tomar decisiones. Raquel se graduaría de enseñanza media, aunque sólo tenía catorce años y debía entrar a la Universidad. Las opciones eran volver o hacer definitivamente una nueva vida en Escocia.

“Desde que nos fuimos queríamos volver, pero teníamos miedo de no poder hacerlo. A Escocia llegaba mucha información que aquí no se entregaba. En las noticias hablaban de las guerrillas en Salvador y en Nicaragua por ejemplo, pero yo pensaba que eran gorilas, por la pronunciación. Se hablaba de los abusos a los Derechos Humanos, en fin... Mis padres empezaron a planear el regreso el 79 más o menos y no tengo claro cómo fue la logística, pero sé que teníamos casa en Chile y en el fondo lo más complejo era buscar trabajo”.

Las despedidas se volvieron a tomar los días de Raquel. Subió al avión con un peluche de Snoopy que le habían regalado sus amigos del barrio. Estaba feliz y triste a la vez. Durante el aterrizaje le dolieron tanto los oídos, que no pudo siquiera mirar por la ventana la cordillera que tanto extrañaba. Sentía que algo en ella renacía, pero a la vez un pedazo de su vida quedaba lejos y, de alguna manera, intocable.

Un hermano de su madre los esperaba en el aeropuerto de Santiago. Era el tío *Cocho*, pintor, comunista, lo adoraban. -No me llamen por mi nombre-, advirtió antes de saludarlos. -Ahora me llamo *Pepe*-, terminó. Acto seguido, ya acomodados en el auto, les preguntó a Raquel y a su hermano menor dónde querían miliar. No pasaron ni tres segundos y ella había contestado decididamente: “En la Jota”.

“Este era un país distinto. En el camino, mientras iba en el auto, vi la cordillera y me impresioné; era de día. Estaba nevada y me pareció literalmente majestuosa, más cuando uno venía de Escocia, donde el Manquehue es más alto que cualquier cerro de allá. Pero cuando vino la noche todo me cambió. Encontré todo muy oscuro, una ciudad muy apagada. La gente se vestía muy oscura y en la calle nadie se saludaba. Todos esos detalles me decían que este era un país triste, derrotado. Ya no podía irme de excursión a ninguna parte porque había toque de queda”.

Raquel intentó reencontrarse con su país, el que había dejado, pero eso jamás ocurrió. Ella ya no era la misma niña; ya no saludaba con un beso en la mejilla, sino que estiraba la mano. Chile tampoco era el mismo Chile.

### **Militancia en la Jota**

Justo antes de cruzar la puerta hacia la sala, resbaló producto de una zancadilla. Cuando entró, Mr. Mac Farlan, el profesor de francés, ya estaba pasando la lista. Apenas terminó, la sacó de la sala y le dio con saña tres correazos en las manos. El grueso listón de cuero dejó huellas moradas en la piel tersa de Raquel, quien apenas tenía diez años.

Cuando volvió a su casa le contó a sus padres lo sucedido, esperando alguna defensa, pero para su sorpresa la madre le contestó: “Algo habrás hecho para merecerlo”. Así que decidió hacer justicia por sus propias manos. Esperó que oscureciera y que sus padres estuviesen completamente dormidos. Junto a su hermano menor, que había sufrido similares agresiones, saltó por la ventana sin zapatos, para evitar el ruido y corrieron hasta el bosque aledaño. Idearon la venganza, mientras asaban papas en una fogata y operaron. Al otro día, el profesor se quejaba en clases contra los vándalos que habían roto su huerta. -La destruyeron completamente, me sacaron todas las betarragas-, decía enfurecido, mientras los escupitajos se colaban entre sus dientes separados y mojaban el rostro de los alumnos de la primera fila. Raquel gozaba silenciosamente desde su escritorio al final de la sala.

Aquella acción fue sólo un preámbulo de un sin fin de riesgos que tomaría a lo largo de su vida. El primero de ellos fue entrar a militar en la Jota, con 15 años y en plena dictadura, el año 1980.

Hacía pocos meses habían regresado de Chile y Raquel estudiaba para dar exámenes libres. Volvió a hacer cuarto medio en el Liceo N° 14 de mujeres de Vitacura para ponerse al día con historia, pulir la ortografía y llenar otros tantos vacíos que le había dejado el exilio en Escocia. Su madre por fin había encontrado trabajo como ingeniero en la empresa de la red de agua potable EMOS (actual Aguas Andinas) y su padre tuvo algunos trabajos esporádicos, pero se dedicó casi de lleno a las labores políticas.

La parte trasera de la casa funcionaba como taller donde se imprimía el diario El Siglo con un antiguo mimeógrafo. Aunque seguían fieles al Partido Radical se convirtieron en un implacables ayudistas de los comunistas.

Una tarde, Raquel llegó a su casa y un joven que parecía tener veinte años, la esperaba a ella y a su hermano. Era de la Jota, no tenía nombre y los venía a “atender”. Les contó a grandes rasgos de qué se trataba la militancia e insistió particularmente en los conceptos de la rigurosidad y discreción. Se repitieron las tardes de adoctrinamiento por algunos meses, hasta que llegó el día en que se vieron en medio de una reunión de la Unión de Estudiantes de Enseñanza Media y ya

eran militantes formales de la célula del Liceo 17. Había un único norte en su nueva vida: sacar a Pinochet.

Pero los meses se desvanecían entre rallados, panfletos y protestas. No se trataba de un trabajo clandestino, pero su militancia debía pasar desapercibida por motivos de seguridad. Tarea fácil para Raquel en vista de su look gringo, que no encajaba en el prototipo artesano característico de los “jotosos”. Con sus zapatillas deportivas y polerón estampado con la foto de Snoopy, pasaba colada; era “la escocesa”.

Recuerda el primer “punto”. Debía comenzar su trabajo como orgánica junto a dos compañeros mayores; uno con cargo político y otro de masas, a quienes no conocía. Ambos estarían esperándola en la calle Tomás Moro. Raquel debía llevar un clavel rojo en sus manos como señal visual para que la reconocieran. Uno de los muchachos es su actual pareja y el otro uno de sus grandes amigos.

“Se empezó a dar esta dinámica de reuniones y la militancia tomaba tiempo. Reuniones, campamentos, rayados, etc. En mi casa los permisos se pusieron duros, porque a mi mamá le daba miedo. En la noche nos arrancábamos para hacer los rayados, por ejemplo, pero ahora me cagaba de susto, porque estaba el toque de queda, y ya no iba a comer papas asadas al bosque”.

El Partido Comunista aún no hacía una inflexión en su línea política, la perspectiva insurreccional de masas aún se veía lejana y Raquel comenzaba a impacientarse. Atareada con la preparación de la Prueba de Aptitud Académica, las competencias de la selección de natación de la Universidad de Chile y la militancia, decidió congelar su vínculo con la política.

“En un momento *caché* que la universidad era mi plataforma para meterme de verdad más de lleno en política. Ahí decidí congelar mi militancia para preparar bien la prueba y ya en la universidad me metí a trabajar bien a fondo. Entré a Pedagogía en Historia y Geografía en la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, el Pedagógico de Valparaíso”.

## Valparaíso- Relación con Nelson (Jota)

Lo vio por primera vez hablando en la asamblea. Pensó, por su modo tan elocuente, que se trataba de un militante del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), pero a los pocos minutos supo que era un reconocido líder estudiantil de la Juventudes Comunistas. Su vista quedó clavada en el verde profundo de sus ojos y perdió en absoluto la atención del discurso. Se llamaba Nelson Garrido, le decían el *Zuki* y era estudiante, al igual que ella, del Pedagógico de Valparaíso. Como buen porteño, le mostró cada cerro y ninguna escalera, por más vertiginosa que fuera, quedó sin ser recorrida. Contemplaron juntos los colores y *graffitis* que visten la ciudad, y los encantos del puerto fueron devorados por la naciente pareja. Era junio de 1980. Raquel tenía 16 años y estaba enamorada por primera vez.

Había postulado sólo a universidades porteñas con el propósito de salir de su casa e independizarse para, por fin, poder sumergirse en la política sin rendir cuentas a sus padres. Aprovechó que su papá estaba en África por trabajo, para emprender. Por fin se sentía libre y dueña de su vida en esa pensión de estudiantes ubicada en Playa Ancha, cerca de Las Torpederas, a pasos de la casa de estudios.

La carrera de Pedagogía en Historia y Geografía estaba en último plano. A contramano de sus planes, no era precisamente una alumna ejemplar y sus días se iban entre el pololeo con Nelson y la militancia, nuevamente en las Juventudes Comunistas, sólo que ahora en la célula Huerta Navarro.

“La base se llamaba Huerta Navarro, en honor a dos estudiantes; Huerta, muerto en Nicaragua y Navarro, papá de una compañera de universidad, detenido desaparecido. Ahí militaba toda la gente de la carrera de historia de todos los años. Esa era una base que tenía mucha vida, éramos como diez personas”.

Raquel casi no le dedicaba tiempo al estudio. Con suerte, por las noches, junto a sus compañeros, calentaba las pruebas del día siguiente. Un día, tras un desfile de notas rojas, fueron citados por la profesora de psicopedagogía. -La mediocridad no cabe en los revolucionarios. Si quieren serlo

realmente, den el ejemplo- dijo Cecilia Magni, profesora de la asignatura, con tono desafiante. Intentaron tomarse más en serio el estudio, pero era tarde y el grupo entero quedó con asignaturas pendientes para marzo del año próximo.

La adrenalina se apoderaba de los días de Raquel: los mítin en el Paseo Atkinson, las manifestaciones en el Plan de Valparaíso y las tareas asignadas por el partido eran cada vez más frecuentes. Asumía cada riesgo con la impulsividad que la caracteriza, pero el miedo estaba ahí: le temía a los “sapos” que se camuflaban entre sus compañeros, a la CNI, a la tortura, a los interrogatorios.

“Valparaíso fue muy golpeado, todas las juventudes: MIR, MAPU, PC, etc. Cada vez que hacíamos algún tipo de manifestación, nos reprimían. Llegábamos, gritábamos nuestras consignas, tirábamos panfletos, con suerte hacíamos algún rayado y siempre caían compañeros presos, muchos tenían que pasar a la clandestinidad y así. Tiene que ver con que Valparaíso fue el centro donde se empieza a gestar el movimiento estudiantil de los 80. Se hizo el consultivo nacional, todos encerrados y la CNI afuera... A mí me gustaba estar ahí, pero tenía mucho miedo”.

Raquel migró rápidamente de la cómoda pensión a una pieza, donde apenas cabía su cama y un velador. Con el dinero que ahorra cubría los gastos que implicaban las tareas de la Jota. Compraba resmas de papel para hacer panfletos, tarros de pintura para los rayados. Sus compañeros la bautizaron como “la beca Kelly”.

El movimiento estudiantil agarraba fuerza. Las calles eran tomadas por los universitarios que trabajaban en la conquista de una orgánica estudiantil pública, que posteriormente derivó en la Confederación de Estudiantes de Chile. Después vino la lucha por ganar federaciones y centros de alumnos, en el marco de una dictadura que prohibía cualquier intento de organización estudiantil. Ahí estaba Raquel, navegando contra la marea de la mano con “el Zuki”.

“Esos fueron nuestros primeros logros, pero lo principal era la denuncia e ir en contra de la dictadura. Nelson era un personaje, siempre lo iba a buscar la CNI. No vivíamos juntos, pero de repente nos quedábamos a dormir juntos. Nuestra vida se iba entre las tareas del partido, la U y

ver a nuestros amigos que estaban en la cárcel, porque los habían pillado con bombas Molotov o panfleteando o por cualquier cosa”.

Varias noches se le fueron escuchando la guitarra de Nelson, fanático de Pink Floyd y Silvio Rodríguez. “Tienes que cultivarte más”, le decía entre rasgueos, insistiendo en la idea de que debía leer más acabadamente a autores como Marx y Sandino. Llevaban más de un año juntos, pero él se negaba a presentarle a su familia, sin dar motivos. Ella pensaba que probablemente se trataba de una familia muy adinerada y quisquillosa, pero esa idea se borró de golpe cuando sin previo aviso Nelson la llevó al Café Riquet de Valparaíso. La tomó de la mano, saludó a cada mesero y pasaron directo al baño de mujeres, donde estaba su madre repartiendo el papel higiénico.

“Yo lo presenté a mi familia en Santiago, en junio del 80, pero él no me llevaba a su casa y yo no entendía por qué. Cuando abre la puerta del baño y veo a su mamá, me calló la teja. Era una mujer muy joven que había quedado viuda con cinco hijos. Vivían en el Cerro Toro, cerca de Playa Ancha arriba en el camino Cintura. La casa tenía dos piezas: un dormitorio que era como el living comedor, otro donde dormían todos y afuera una letrina. Nelson era el *concho*. Las hermanas mayores estudiaban: una ingeniería, otra se había recibido me matrona y el hermano trabajaba”.

Raquel se fue desencantando de la vida porteña a medida que la represión se endurecía. Yuri Rojas, el mejor amigo de Nelson, con quien había compartido en infinitas ocasiones, fue apresado y torturado luego de participar en un *meeting*. Varios de sus compañeros estaban presos y temía ser la próxima.

“Me salí de la universidad y volví a la casa de mis papás en Santiago, porque mataron a un compañero; ése fue el detonante. El segundo semestre me metí a un preuniversitario en Santiago. Seguí pololeando y en ese tiempo me empecé a vincular con la Jota del sector poblacional de la zona oriente. Hicimos un par de barricadas en Colón, pero no mucho más. Al poco tiempo decidí salirme, porque sentía que no encajaba ahí. Volví a nadar y me pegaba escapadas a Valparaíso cada cierto tiempo”.

Volvió a nadar en la selección de la Universidad de Chile. Pero su amor por Nelson la devolvió al puerto en innumerables ocasiones. Tiempo después era una estudiante más de Pedagogía básica de la Universidad Católica o, al menos, eso aparentaba. En los hechos, durante 1984 dedicaba todo su tiempo a la política como militante de la Jota en una base del Campus Oriente. Su primera misión fue levantarse como candidata independiente al centro de alumnos, aprovechando su imagen de niña del barrio alto como gancho, pero no funcionó, como tampoco dieron resultados sus innumerables intentos por ser parte de la brigada Ramona Parra, a pesar de su talento para el dibujo y la pintura. No encontraba su lugar, se sentía inútil frente a la dictadura, pero a fin de año fue invitada a formar parte del Comité Local y con ello su plan de migrar hacia algo más radical se vio suspendido, pero solo por unos meses.

Empapada en los versos de Benedetti y en la literatura de Ortega, con el ideal del hombre nuevo a cuestas y contagiada por las revoluciones que se estaban llevando a cabo en su propio continente, Raquel decidió participar de los trabajos campesinos voluntarios del verano de 1985. Estuvo en Linderos, Alto Jahuel y Paine. Las campañas de alfabetización escolar, de higiene y de construcción, entre otras varias, eran el fruto de la valentía de cientos de jóvenes que iban en contra del régimen y se disponían a ayudar a los más necesitados.

Pero aquello funcionaba también como una perfecta pantalla para instruir militarmente a las bases. Técnicas de chequeo, contrachequeo, barretines y maquillaje fueron tópicos infaltables. Raquel se ve en la soledad del campo al atardecer, practicando posiciones de tiro con un revólver A38 en la mano.

El terremoto del 3 de marzo de 1985 coronó aquellos trabajos. Buena parte de lo avanzado se vino abajo y, entre eso, una pared que Raquel y sus compañeros habían pintado con devoción en Linderos. Fue una especie de mal presagio para ella, que se vería reafirmado los primeros días de abril cuando mataron a su amigo Oscar Fuentes, luego de un *meeting* realizado en el Paseo Ahumada, cuando un grupo de militares lo balearon por la espalda provocándole la muerte.



“La muerte de Oscar fue lo que detonó mi entrada al Frente. Yo sentía que en la Jota había mucho *macuqueo* político, sin desmerecer el trabajo de algunos amigos que fueron buenos dirigentes. Pero no era lo mío, no me sentía cómoda ahí. Ya teníamos mucha acumulación de torturados, reprimidos, relegados, y todo eso hace que yo adopte una actitud más fuerte, que busque otras formas. Tomé la decisión que el partido nos estaba mostrando por lo demás, porque desde inicios de los 80 nos instruyen con la perspectiva insurreccional de masas”.

En octubre de 1985 Raquel era formalmente parte de las filas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

### **La puerta de entrada al FPMR**

-Tienes que pasar por un período de reclutamiento. Aquí no entras así nomás- le dijo su amiga, con tono severo. Raquel tenía miedo, pero estaba segura de que la propuesta de Jota ya no era suficiente. Se puso a entera disposición de ella, una muchacha escuálida, de brazos largos y lampiños, con ojos azules saltones y nariz aguileña. Cada semana, sin falta, se juntaban en una casa antigua de techos altos y puertas mazacotudas, ubicada en pleno centro de Santiago. El piso de parquet rechinaba mientras practicaba posiciones de tiro y hacía ejercicios para fortalecer su débil musculatura, poco compatible con las tareas milicianas. Ayudó en varias tareas cuyo fin desconocía por completo; se sentía como una pluma a merced del viento.

Imprevistamente, un hombre, más instruido que las dos muchachas, se unió al grupo. Era el jefe, siempre escondido tras una capucha negra que apenas dejaba ver su mirada. No le producía confianza y, al poco tiempo, Raquel dudaba de la veracidad de su militancia. No sabía si efectivamente trabajaba para el FPMR, para el aparato militar del PC o para algún grupo anarquista y desarticulado de un par de cabezas de pistola.

“En el fondo, al principio empecé a *cachar* que estaba participando en algo, pero nunca estaba segura de qué era, no me lo decían. Tiempo después me corroboraron que eran del Frente y recién un año más tarde vine a saber quién era el encapuchado y me produjo mucha desconfianza,

porque se trataba de un compañero de Valparaíso que nunca me dio buena espina; era muy cabeza de pistola, entonces todo mi ingreso al Frente tuvo un componente de incertidumbre”.

Pasó varios meses con la incertidumbre a flor de piel, pero no estaba dispuesta a quedar en la nada, sin espacio para volcar el ánimo guerrillero que la invadía, así que persistió. A mediados de 1985 ingresó formalmente a un destacamento del FPMR, una estructura compartimentada y clandestina encargada de las tareas de exploración.

Le tocó vestirse de colegiala, monja, empleada y deportista, todas apariencias que le servían para no levantar sospechas mientras observaba los lugares donde posteriormente se harían operaciones, en lugares como comisarías, radios y cuarteles de detención. Luego se juntaba con otra persona, que muchas veces rotaba y cuyo nombre desconocía, para construir mapas, dibujos y redactar archivos con toda la información recopilada: ¿cuánta gente transita por el lugar?, ¿cuáles son los puntos de peligro más cercanos?, ¿cuál es la duración de los semáforos?, ¿qué familias habitan la cuadra?, eran algunas de las interrogantes que debían quedar resueltas cuando le tocara rendir cuentas al jefe de grupo.

“Ya no estoy en una estructura de militante como estudiante, estoy en una estructura absolutamente compartimentada y clandestina que es militar. Tú tienes comandantes, jefes, tú eres rodriguista, ya no eres de la JJCC. Eres un soldado y tienes que cumplir las tareas. La toma de radios, la voladura de torres de alta tensión, el ataque a comisarías se hacía. Era como decirle a los aparatos represivos: nosotros estamos aquí, sabemos dónde están ustedes”.

“Se necesita empleada para casa particular”, decía el papel que un compañero de destacamento le dejó en un quiosco de La Florida. Era un mensaje cifrado, con valiosas instrucciones para su próxima tarea, que sólo ella podía entender. A esas alturas no sólo se dedicaba a tareas de exploración, sino también a las comunicaciones dentro del aparato.

Todas las mañanas se levantaba temprano, tomaba desayuno con su familia, contaba algún cuento sobre la Universidad, simulando ser una alumna responsable y ejemplar. Partía con la mochila al hombro a sus supuestas clases en la UC, pero en realidad se dedicaba casi de lleno a las tareas del

Frente y se mantenía como estudiante para no levantar sospechas. Nelson, con quien llevaba años de relación, desconocía sus andanzas, aunque cada vez más frecuentemente la atrincheraba con alguna interrogación incómoda. –En algo andas, tú ya no estás en la Jota, cuéntame- insistía con la mirada fija, intentando doblegarla. Pero Raquel, aprovechando sus dotes de actriz, evadía sin cesar con risitas coquetas y besos en el cuello que, implacablemente, lo desconcentraban de su inquietud.

Llegó el día en que debió sincerarse con su querido Nelson. Su jefe le había prohibido explícitamente mantener aquella relación de pareja por temas de seguridad. Una figura pública de la Jota, como era él, no podía compartir la vida con una rodriguista bajo ningún punto de vista. Desconcertado y luego de múltiples intentos para que Raquel abandonara su incipiente militancia, Nelson se dio por vencido. Ella no dio marcha atrás, pero desobedeció a la organización, dando rienda suelta a su amor clandestino. Vivía en la clandestinidad dentro de la clandestinidad.

“En un momento yo me sinceré con Nelson porque a mí me habían prohibido mantener mi relación con él en la jefatura. Él era de la JJCC y muy público, entonces esa apertura era un flanco débil para mí y para el resto de la estructura. En el fondo me hicieron optar. Pero en eso no fui ordenada”.

Fingieron una ruptura, pero los encuentros se hicieron cada vez más frecuentes e intensos. Fijaban puntos de encuentro y se amaban a escondidas, exprimiendo la última gota de amor en el otro, como sabiendo que serían sorprendidos y, más dramático aún, que el final llegaría más temprano que tarde. Lejos de las predicciones de ambos, la historia recién comenzaba: Raquel estaba embarazada .

“Hacíamos puntos, él a un lado del metro y yo al otro, nos mirábamos para que no nos siguieran, así era. No fue fácil pero era lindo también. Mi relación con él era como una forma de salida, por el clima de inseguridad que vivía en ese grupo del Frente. En teoría, estar con Nelson significaba abandonar la militancia. Pero no fue así en la práctica”.

El 4 de enero de 1986 se casaron. Informó a la jefatura del Frente sobre su embarazo, pero aquello no impidió su continuidad en la estructura. El trabajo clandestino tomaba otro tenor; el cansancio y la adrenalina se duplicaban en las tareas de exploración, sus pies estaban hinchados de tanto caminar. Ahora vivía junto a Nelson en el sector de Departamental y, en resumen, la vida se había puesto más dura.

En marzo, con cinco meses de embarazo, Nelson le anunció que se iría del país a tomar un curso de preparación militar que el PC le ofrecía. No había fecha de regreso clara, tampoco destino, pero algún rincón europeo de la orbe socialista lo esperaba con las puertas abiertas y Raquel no se sintió capaz de negarle la oportunidad.

“Yo no me opuse a que él fuera al curso; creía que era lo correcto y que él podría estar aquí para el parto. Yo de verdad quería hacer familia, darle más hijos a la revolución. Sé que era algo duro, pero para mí, en lo místico, era darle un problema más a la dictadura: un nuevo revolucionario”.

El 1 de abril, envuelta en una soledad ensordecedora, Raquel perdió a su hijo de manera espontánea. Estuvo catorce horas con trabajo de parto, hasta que parió un cuerpecito frágil y diminuto, ya sin latidos. Quedó adolorida y desanimada por largo tiempo, anhelando que Nelson, como una visión divina, se apareciera a su lado para contarle lo sucedido. Lejos de eso, no tuvo noticias de su paradero y hundida en una depresión dejó de ir a clases y abandonó la militancia.

Los esfuerzos de su madre lograron que se mantuviera como alumna regular, pero aquello estaba ya en el último escalafón de sus prioridades. Acogotada por la soledad del departamento, decidió ir a vivir con una amiga cerca del Campus Oriente. Ella también era parte del FPMR y rápidamente comenzarían a trabajar juntas.

“Mi marido se va, perdí la guagua, me quedé viviendo sola, entonces fue un período difícil en el cual cumplía simplemente. Yo calzaba bien para el Frente porque fui promovida en la vida para cumplir. Mis papás me enseñaron a cumplir siempre. La universidad me reintegró después de la pérdida y yo intenté reincorporarme, pero no fue posible. Me gustaba mucho la pedagogía, enseñar está en mi naturaleza, pero la militancia, el sentido político, era más fuerte”.

Nelson regresó en octubre, pero Raquel ya no lo esperaba.

### **Amor en la clandestinidad**

En mayo de 1986 conoció a Miguel, su nuevo jefe. Se vieron en contadas ocasiones. Su amiga, con la que vivía, era la intermediaria entre ellos, encargada de traspasarle todo el trabajo que hacían durante la semana.

La primera vez que lo vio, sólo reparó en su vejez. Aunque tenía menos de cuarenta años, le inspiraba una imagen paternal, muy distante de su pasar veinteañero. A las pocas semanas se veían con más frecuencia, luego de que su amiga fuera trasladada a otra unidad del FPMR. Ahora, entre tardes de estudio, jornadas de entrenamiento y algunos trabajos clandestinos, lo miraba con otros ojos: le gustaba su acento cubano, su seriedad a todo evento y las calugas marcadas que dejaba a relucir cada mañana, cuando salían juntos a trotar. Podía percibir en él el mismo deseo, pero consciente de la pronta llegada de su marido Nelson, reprimió cada uno de sus impulsos.

“Mi jefe se acercó mucho a mí por motivos de trabajo y yo lo empecé a mirar con otros ojos. Mi marido aún no llegaba a Chile. Me gustaba, pero era raro porque nunca me habían gustado los hombres mayores. Tenía un formato muy milico, era extremadamente serio. Él a mí me conocía de verdad, sabía mi nombre real, pero yo no el suyo. Su chapa era Miguel y la mía era Paula. Como estaba casada, estaba metida en un gran dilema”.

La tensión no resistió más, el freno ya no era posible. Poco a poco eran los protagonistas de una novela rosa, aunque a espaldas del Frente y con la sombra de Nelson en cada momento. A fines de septiembre de 1986, un contacto de Partido Comunista se acercó a Raquel y le informó que su marido llegaría los primeros días de octubre.

“Al final era mucho lo que nos gustamos y pasado un tiempo nos enamoramos. Ya en septiembre nos preguntábamos qué iba a pasar con nosotros cuando llegara Nelson. Yo pensaba que este amor paralelo debía terminar”.

Llegó el momento de la bienvenida, del temible aeropuerto. Pasó todo el camino arriba del taxi practicando un discurso. Hilvanó mil palabras de amor, como intentando borrar los meses de ausencia de Nelson en que todo, absolutamente todo, había cambiado. Pero apenas lo tuvo al frente vomitó cada secreto, cada verdad, cada noticia, cada reproche: “Ya no seremos padres”, “tengo una relación con otro hombre”, “desapareciste demasiado tiempo”, “aún podemos intentar salvar nuestro matrimonio”, frases que repetía entre llantos y abrazos entrecortados, pero que estaban condenadas a un solo destino: el final.

Raquel no sólo terminó con su matrimonio, sino que también dejó la naciente historia con Miguel, quien la castigó, desvinculándola totalmente del FPMR. Perdieron todo contacto, al punto de llegar a ser dos desconocidos que se cruzan en la calle sin siquiera levantar la vista.

Fueron meses sanadores para ella. Pudo cerrar heridas viejas, como la pérdida de su hijo y el fracaso de su matrimonio, pero la soledad le comía hasta los huesos. No encontraba la manera de reintegrarse al Frente, aunque era su máximo anhelo. Por los altos niveles de compartimentación, no tenía a quién acudir. Se sentía en tierra de nadie, inútil ante la brutalidad desplegada por el régimen, atada de pies y manos.

“Cuando uno quedaba desvinculado, era algo casi irreversible, por los altos niveles de compartimentación con los que trabajábamos. No era llamar y volver. De hecho, hacerlo era muy difícil, porque como ya no hablaba con mi amiga ni con Miguel, no tenía ningún vínculo para regresar”.

A mediados de 1987, Miguel estaba superado y casi resumido a un puñado de recuerdos románticos. Pero eso cambió cuando lo vio parado a su lado en la micro. Su corazón se desbordó de palpitations, su piel se erizó, sus ojos se humedecieron. Quiso decir algo, pero no tuvo tiempo. Él la ignoró por completo y se bajó en cuanto llegó el próximo paradero. Raquel supo que seguía enamorada y, coincidentemente, a los pocos días del mal rato llegó un contacto anónimo a tocar su puerta: le ofrecían reintegrarse a las filas del FPMR. Entraría a una nueva estructura dedicada a las comunicaciones, dejando atrás las tareas de exploración. Era llamada a

impartir clases de historia en escuelas clandestinas dedicadas a la preparación política y militar de los rodriguistas.

“El período que pasé sola fue corto, fueron meses y luego volví con Miguel. Él no me había perdido la pista, al contrario de lo que pensaba. De hecho, el vínculo que me pedía reintegrarme al Frente, supe tiempo después, que me lo había mandado él. Yo podría ser muy romántica y pensar que quería estar cerca de mí y por eso me volvió a contactar, pero la gente se necesitaba, porque éramos pocos”.

El panorama había cambiado drásticamente. Raquel se adhería al proyecto del Frente Autónomo, ya no bajo el alero del Partido, aunque la idea de la lucha armada seguía en pie y con más fuerza que nunca.

Junto a otros compañeros, se dedicó a la organización logística de varias escuelas. Luego, a impartir clases de historia de Chile en diversas escuelas clandestinas ubicadas todas en la capital.

“En la matanza de Corpus Cristi<sup>72</sup>, hubo gente que murió en una escuela por la cual yo pasé como dos semanas antes. Me tocó estar en muchas escuelas donde lo que se enseñaba era exploración, inteligencia y contra-inteligencia. En el fondo era aprender a movernos como estructura miliar autónoma en el marco de la dictadura”.

En esas andanzas pudo retomar su relación con Roberto, aunque pasaron el verano del 87 separados, ya que fue destinada como profesora a una escuela clandestina ubicada en El Quisco. En una casa cerca de la playa, con olor a humedad y sillones empolvados, daba clases de historia varias veces al día a distintos grupos de militantes, casi todos jóvenes, que iban rotando semana a semana.

“En casas que arrendábamos en la playa y había una pareja visible, que hacía de pantalla, pero adentro de la casa habíamos muchos más, como 20 personas que permanecían en las piezas sin

---

<sup>72</sup> Ver nota 28, Capítulo I: “La única mujer”.

luz incluso y salíamos sin que nadie nos viera, detrás de algún auto, que se yo. Era literalmente una escuela; había horarios para todo”.

Estar ahí era una misión audaz, en vista de que los aparatos represivos estaban desplegando sus energías en boicotear al FPMR, ahora con más fuerza que nunca. Como era de esperar, una noche se les informó que debían escapar rápidamente de la escuela, porque la CNI los había descubierto.

“Ya teníamos la experiencia de lo que había pasado en la Operación Albania<sup>73</sup> en otra escuela, entonces nos preparamos. Teníamos bombas, armamento y la idea era repeler este ataque. Afortunadamente nada de eso pasó y pudimos salir. Pero, como habíamos armado todas las bombas, las tuvimos que sacar de ahí y un compañero se llevó algunas. Cuando llegó su casa se le dio vuelta una bomba y explotó. Era la casa de su familia, el piso 18 de un edificio en Las Torres del Fleming. No murió nadie, pero el departamento quedó destruido. Yo conocía legalmente a esa persona y, por lo tanto, era muy fácil que llegaran a mí, así que tuve que fondearme”.

Raquel deambuló por distintas casas durante tres meses y dejó de participar activamente de cualquier operación para evitar ser vinculada a los hechos. La echaron definitivamente de la Universidad Católica, así que pidió ayuda a sus padres, sin dar explicación alguna. Rápidamente le arrendaron un departamento con la idea entregarle un lugar de refugio que sólo ellos tres conocerían. En el primer piso de un edificio emplazado en calle Marcoleta, a pasos del Hospital Clínico UC, vivía Raquel.

En marzo de 1987 se ve sacando apresuradamente uno de los tantos maceteros que adornaban su balcón. Era la señal visual que habían acordado con Miguel para impedir su ingreso al departamento cuando hubiesen visitas o alguna situación peligrosa para su seguridad.

-Dime con qué letra empieza tu apellido. ¿con P, con R...?, le preguntaba Raquel escondida bajo las sábanas.

---

<sup>73</sup> Ver nota 28, Capítulo I: “La única mujer”.



-Niña curiosa. Sólo te digo que tengo sangre azul- respondía él entre risas y sin agregar detalles.

A pesar de la intriga que sentía por saber quién era realmente su pareja, asumía de buena manera no obtener respuesta. Por su acento, deducía que había pasado largo tiempo en Cuba, intuía que había pasado por Nicaragua también y que era comandante del FPMR, pero ni siquiera dimensionaba la importancia que tenía dentro de la organización.

“Era bien difícil tener a mi pareja como jefe; al final no lo veía como mi jefe. Teníamos mucha vida de pareja, pero gran parte de esta vida estaba basada en el Frente. Él me conocía, yo hablaba de mi familia y mi hermana iba a mi casa bastante. Leíamos mucho, estudiábamos juntos y cuando te digo estudiar, me refiero a interiorizarnos, leer sobre las cosas que tenían que ver con nuestra experiencia. Era muy militar; yo lo molestaba con esto jerárquico que tenía el Frente, de que cuando entraba un comandante había que pararse. Eran cosas que me daban risa y ahí *cachaba* que no tenía nada que hacer en una estructura militar”.

La relación avanzó a paso de gigantes y el trabajo en conjunto se hizo insostenible. Nuevamente, motivados por la seguridad, Raquel fue derivada a otra estructura. Las reglas para mantenerse junto a Miguel eran muchas y nada fáciles de cumplir: tenía prohibición de ver a su familia y amigos, debía dejar de frecuentar sus lugares habituales y nadie podía sospechar de su vínculo.

“Dejé de ver a todos mis amigos y me salí de natación, pero no fui matea con el tema de mi familia y los seguí viendo a escondidas de Miguel. En ese tiempo dejé de trabajar con él directamente y me pasó a otra estructura. Recuerdo que en ese período se empezó a gestar la Juventud Patriótica y también fuimos parte del apoyo. Ya se había producido el quiebre entre el Frente y el PC<sup>74</sup>, entonces todo era más difícil y tuvimos que rearmar muchas cosas. Yo siempre operé desde mi legalidad, me guiaba mucho por la intuición”.

---

<sup>74</sup> El FPMR nació como el brazo armado del Partido Comunista Chileno, sin embargo, tras el fracaso de la internación de armas en Carrizal Bajo y el posterior intento por ajusticiar a Pinochet el 7 de septiembre de 1986, el Partido decidió dar un paso al costado respecto a la política de Rebelión Popular. El abandono de la vía armada en pos de una salida política pactada con la dictadura, coronó la fractura definitiva entre ambos, dando origen al Frente Autónomo.

Miguel entraba escondido al departamento, generalmente por las noches. Era el único rincón del mundo que acogía la pasión y el amor que los movía por esos días. Ya que no siempre coincidían en los horarios, tenían un sistema de cartas a través de las cuales se comunicaban, pero siempre camuflando los mensajes. De la puerta para afuera eran dos desconocidos que jamás se tomaron siquiera de la mano.

### **Muerte de Nelson**

“Ahora solo me queda buscarme de amante la respiración...”. Sus vidas estaban resumidas en esa canción. Tarareaban a Silvio Rodríguez, se miraban a los ojos, las lágrimas rodaban sin contención y por fin se perdonaban tras la abrupta separación. Esporádicamente Raquel se encontraba con Nelson. Entre caminatas y guitarreos, él le aconsejaba renunciar a su nueva relación, dejar el Frente y volver a trabajar para el PC. “No sabes con quién andas, es peligroso”, le insistió en varias oportunidades, pero ella hacía oídos sordos.

“Yo quería mucho a Nelson. Me di cuenta de que éramos como hermanos, que habíamos sido una pareja, pero sobre todo amigos. Nos juntamos varias veces. Él se quedó en el partido y por eso me buscó mucho. Le preocupaba mi militancia y mi relación con Miguel. Siempre me decía que tuviera cuidado con él, entonces yo creo que él sabía quién era realmente. Yo me imaginaba que era comandante, pero no sabía qué tan importante era su cargo”.

El 31 de enero de 1988, Raquel asistió al bautizo de una sobrina. Luego de la celebración, volvió a su departamento, sabiendo que ese día Miguel no dormiría con ella. La angustia la invadió por completo; se sentía sola y tenía miedo de morir. Lloró varias horas, acurrucada en su cama, sin saber por qué y a las 11 de la noche se durmió. Vio a Nelson en sus sueños. Se juntaban en café de Plaza Italia, él le pedía que estuviera tranquila, pero siempre despierta. Raquel solía tener sueños premonitorios. Tiempo atrás se había adelantado a un accidente que tendría su abuela y, luego, a la muerte de un compañero. No podía sino poner atención a lo que pasaba por su cerebro en la oscuridad de la noche.

Eran las seis de la mañana cuando llegó Miguel y la despertó. “¿Sabes algo de tu maridito?”, le dijo, mientras prendía el televisor. En pantalla mostraban una explosión provocada en Villa Portales, hablaban de terroristas, había muertos y un prófugo.<sup>75</sup>

“Automáticamente pensé que Nelson era quien se había escapado. Asumí que él había participado en la operación, porque me había contado que estaba muy metido en el aparato militar del PC y además luego de su curso en Bulgaria era lógico que debía entregar su conocimiento de alguna manera”.

Esa mañana Raquel fue a la casa de sus padres. En el camino se encontró con la mamá de un amigo en común que tenía con Nelson. “La Nelly y el Nelson”, le cantó recordando la manera en que los llamaba mientras eran novios<sup>76</sup>. Todo el camino pensó en él, se preguntaba dónde habría escapado, tenía ganas de verlo.

Apenas llegó a su casa, dejó la cartera en un sillón del living y atendió el teléfono que sonaba sin parar.

- Hola, habla Ana Laura Cataldo, periodista de Radio Cooperativa.

- Sí, dígame.

- Quería saber cómo está la niña María.

- ¿Por qué María pregunta?

- Por María Raquel. Lo que pasa es que nos llegó información de que ella está presa, la agarró la CNI.

- Esa información es falsa, yo soy Raquel.

---

<sup>75</sup> El 31 de enero de 1988, estalló una bomba al interior del departamento N° 409, del Block 10, ubicado en calle Las Encinas de Villa Portales, Estación Central. Días después, el 3 de febrero en el diario El Mercurio, se ratificaba la muerte de tres implicados: Fernando Villalón Pérez de 22 años, estudiante de ingeniería de la U. de Chile, Claudio Paredes Tapia, de 18 años, egresado del Liceo de Aplicaciones y Nelson Garrido Cabrera, de 25 años, ex-estudiante de Filosofía de la U. Católica de Valparaíso y militante de las Juventudes Comunistas. Waldo Ramírez Venegas de 26 años, estudiante de Ingeniería Electrónica y dirigente del MIR en la Universidad de Santiago, quien presumiblemente, también había estado en el lugar de los hechos, estaba prófugo de la justicia.

<sup>76</sup> “La Nelly y el Nelson” (1986) es una canción de Payo Grondona, cantautor y exponente de la Nueva Canción chilena, oriundo de Valparaíso, conocido por su tono de protesta en el período de dictadura.

- Tu marido, Nelson, fue uno de los que murió en la explosión. Escóndete, porque te están buscando.

Así terminó la llamada. Raquel sintió que las rodillas se le juntaban con el pecho y el pito del teléfono quedó resonando en sus oídos por varios minutos.

“Nosotros nos vimos una semana antes de que él muriera. Nos fuimos caminando por Providencia hasta el Parque Forestal y fue como una despedida; nos quedamos mirando de una forma como si fuese la última vez que nos íbamos a ver”.

La noche del 1 de febrero de 1988 allanaron la casa de los padres de Raquel. La fueron a buscar, pero ya no estaba ahí. Luego de la llamada, junto a la hermana menor de Nelson, fue al Servicio Médico Legal para reconocer su cuerpo, desfigurado por el fuego.

“El recuerdo que tengo del Servicio Médico Legal es horrible; fue muy duro, pero me correspondía hacer esos trámites, porque era la viuda. Él tenía una nariz muy linda, era como un Principito, ojos claros, blanco con pecas, cejas gruesas... La onda explosiva lo tomó subiendo la escalera y le explotó en la cara. Su nariz estaba intacta eso sí”.

El primero de febrero apareció en el diario La Segunda una nota que la identificaba como mujer de Nelson, asegurando que estaba detenida en un centro de la CNI. Apenas terminó de leer el artículo, se fue a Investigaciones (actual PDI). Explicó que llevaba mucho tiempo separada, que no sabía nada de la vida de Nelson y exigió que sacaran la noticia de circulación.

“En el fondo me fui a enfrentar y a ponerme a disposición y lo que hice fue actuar en la normalidad y en la mayor legalidad posible. En el fondo, si yo estaba casada con Nelson, me estaba convirtiendo en viuda y desconocía supuestamente sus pasos en el aparato militar del PC. Lo lógico es que siguiera todos los conductos regulares, así que me hice cargo de los trámites que me correspondían, ayudé a preparar el funeral, asistí al velorio, etc.”.

Cientos de personas llegaron a Playa Ancha para despedir a Nelson<sup>77</sup>. Carabineros bloqueó una de las calles para impedir que pasara el cortejo, pero no lo consiguieron. En tanto, varias micros llevaron gratis a los pasajeros desde Playa Ancha hasta el cementerio.

“Cada funeral era una nueva protesta. Ibas a protestar no solamente por la muerte, sino también por la dictadura. La familia lo tuvo en una iglesia, los compañeros de la U. de Valparaíso, gente del Frente, del MIR, muchos fueron a cargar el ataúd, porque era un personaje en Valparaíso, muy popular. Fue una pérdida muy grande. Lo sacaron de la parroquia y se lo llevaron al Sindicato de Estibadores creó. Dio huelga hasta el final”.

Luego del funeral, Raquel volvió a su departamento y acordaron con Miguel dejar de verse, mientras duraba la investigación del caso de Nelson a cargo de la fiscalía militar.

“Me fui a vivir donde mis papás, porque empezó la investigación y me ofrecí para que me fueran a preguntar. Era una forma de proteger mi relación, y de ahí en adelante tuve que tener una vida "normal". Era imposible mantener la vida que llevaba, que siempre estuvo en el límite entre la legalidad y la clandestinidad. La otra opción era empezar una vida completamente clandestina y no opté por eso. Mi familia también me pidió que no lo hiciera”.

Miguel le exigió a Raquel abandonar el FPMR. No tenía otra opción y accedió por la seguridad de ambos. A los pocos días su vida había dado un giro completo. “¿Qué hace una persona normal?”, se preguntaba. Entró a terminar la carrera de pedagogía en el Instituto Blas Cañas, en horario vespertino, y empezó a trabajar como administrativa en la Caja de Compensación Javiera Carrera. Así se iban sus días: lejos de su amor, lejos de la política, cada vez más lejos de sus sueños.

“Mantuve esa vida para aparentar normalidad. Entremedio me llamaron varias veces a declarar y eso fue todo un *show*; me disfrazaba de niña pituca para ir, hablaba muy *cuica*, me hacía la que no conocía ni lo que era la Jota. Eso para mí fue muy fuerte también porque terminé siendo

---

<sup>77</sup> El 4 de febrero en Valparaíso, fueron sepultados los restos de Nelson Eric Garrido Cabrera. Al día siguiente, se realizó su funeral en la Iglesia Corazón de María, oficiada por el sacerdote José Durán.

experta actuando, pero con el dolor de mi alma, porque sentía que lo estaba traicionando de alguna manera. En todo caso, no tenía alternativa, era por protegerme a mí y al Frente”.

### **Plebiscito – Embarazo**

Recortaba palomitas de papel y sobre ellas escribía mensajes contra la dictadura. Al día siguiente se fue tarde de la oficina y, apenas quedó vacía, dejó una en el puesto de cada compañero. Fue su máxima subversión por esos días en que Chile se debatía entre el “Si” y el “No” ante la dictadura.

¿Quién habrá sido?, se preguntaban al día siguiente, intentando buscar el candidato perfecto para la hoguera. Raquel no figuraba entre los sospechosos y, como todos en la sala, fingía estar carcomida por la intriga. Se había esmerado por parecer una muchacha apolítica, trabajólica y estudiosa. Cuando le tocaba dar explicaciones sobre su prematura viudez, contaba con los ojos empapados en lágrimas que su marido había muerto atropellado por un bus. Respecto de su nueva pareja, no se esmeraba demasiado y acudía a los clásicos: “Estamos felices”, “es un buen hombre”, “no viene porque trabaja mucho”.

Raquel había dejado su militancia por completo para resguardar la seguridad de Miguel. Se sentía aliviada y de algún modo caminaba con menos incertidumbre por las calles, pero al mismo tiempo, le daba impotencia no poder luchar en contra de la dictadura que le había arrebatado amigos, familia y amores.

“El 88 fue un año de un poco más cuidado. Yo me quedé en lo romántico de la militancia, teniendo a mi pareja militando. Igual a mí me daba pica, porque yo había tenido que salir por protegerlo a él y estaba amarrada de manos, no podía hacer mucho. Era una sensación ambivalente, porque por un lado sentía alivio y, por otro, sentía que estaba en deuda. A Oscar lo habían matado, Nelson había muerto y yo ahí haciendo nada al respecto”.

Las horas luego de la votación pasaron lentas. Se respiraba una fuerte tensión el 5 de octubre de 1988 cuando por fin el plebiscito abrió una ventana de esperanza, por más pequeña que fuera. Desde el escritorio de su oficina ubicada en plena Alameda, vio a miles de personas celebrando.

Los cantos, banderines y abrazos se tomaron las calles para despedir al dictador y celebrar el triunfo del “No”. No pudo contener la emoción y salió a la calle casi galopando, como un potrillo que recién sale de las caballerizas.

Al otro lado de la vereda estaba Manuel, un muchacho con el cual había trabajado en la Jota. Recordó el flechazo que sintió el día que lo vio por primera vez, lo recordó actuando en el grupo Incasmo, mirándola fijamente mientras le hablaba de política. Cruzó la calle, se saludaron con timidez o, más bien, sutil coquetería y obtuvo el abrazo preciso para celebrar el triunfo.

“En la celebración del triunfo del ‘No’, me encontré con mucha gente, entre esos, con Manuel, que había sido mi primer amor aquí en Chile, pero en ese momento estaba muy enamorada de Miguel; entonces no había posibilidad de nada. A Manuel lo conocí por la Jota. Él pertenecía a un grupo de jóvenes del liceo que hacían teatro callejero. Se presentaban a festivales y eran muy populares. La gente más valiosa y valiente que conozco está ahí. Estaba el Z que estuvo preso y Alejandro que es mi gran amigo hasta hoy. También estaba el Papo, Jesús, Carlos, y otros más. El período de clandestinidad había sido muy solitario: dejabas de ver a mucha gente, te encerrabas temprano, no podías estar mucho en la calle, en fin. Ese día fue lindo, porque retomé mi relación de amistad con ese grupo, cosa que me hacía mucha falta”.

A pocos días del triunfo, cerca de quince mil chilenos cruzaron la Cordillera de los Andes para asistir al recital Derechos Humanos Ya, organizado por Amnistía Internacional en Mendoza. Era un festival en solidaridad con el naciente proceso democrático chileno. Raquel y su familia eran parte del tumulto que cantaba al unísono con Peter Gabriel, Sting y Bruce Springsteen. “Chi chi chi, le le le, que se vaya Pinochet”, era la consigna que se tomó el estadio Malvinas Argentinas.

Paralelamente, Miguel junto a varios compañeros del FPMR se preparaban para dar inicio a la Guerra Patriótica Nacional, como política de insurrección que contemplaba el levantamiento popular en las localidades de La Mora, Aguas Grandes, Pichipellahuén y Los Queñes. Raquel desconocía estos planes.

Al regresar a Santiago, notó que Miguel estaba tenso, cansado y nervioso. Llevaba tiempo viajando sin explicitar el destino, pero las papayas y el queso de cabra que le traía de regalo lo delataban. El 21 de octubre se puso en marcha la fallida operación que terminó con la muerte de Raúl Pellegrini y Cecilia Magni luego del asalto al cuartel Los Queñes.<sup>78</sup>

Miguel volvió al departamento abatido. No tenía apetito, casi arrastraba los pies y apenas hablaba. Se despidió de Raquel con mesurada tristeza y sin dar explicaciones ni detallar rumbo, se fue de Chile por un tiempo.

“La muerte de Raúl y de Cecilia fue una hecatombe para el Frente y en ese minuto la dirección completa estaba tocada con la situación. Después de la muerte de Raúl, un grupo, no sé quiénes, pero por lo menos Miguel sale de Chile. Yo creo que ese viaje se hizo también para proteger a los que quedaban de la dirección, porque nadie sabía quién era el delator, porque el Frente ya estaba infiltrado. En ese momento yo suponía que Miguel había participado, pero no tenía ninguna certeza. Jamás hablamos de lo que él hacía para el Frente por seguridad. Mucho tiempo después vine a saber que había estado en La Mora”.

La ausencia de Miguel le pesaba. En la soledad del departamento sentía que su vida había perdido sentido. Por él había dejado su militancia, pero ni siquiera tenía el consuelo de tenerlo cerca. De la casa al trabajo, del trabajo a la universidad y de vuelta a la casa. Así pasó tres meses extrañándolo y odiándolo, todo a la vez.

No sabía cuándo volvería, pero con dedicación preparó su bienvenida. “Aprieta aquí” decía un papel que colgó al lado de la casetera. “Ya no quiero vivir de esta manera. No quiero ser la mujer que te espera con la comida calentita, mientras tu vas a la guerra”, declaró.

Pero la llegada fue inesperada y los planes de Raquel estuvieron lejos de cumplirse. Cuando lo vio llegar no pudo contener ningún beso, ningún abrazo y el momento de poner “*play*” jamás llegó.

---

<sup>78</sup> Ver nota 30, Capítulo I: “La única mujer”.



“Cuando él regresa fue muy bonito el reencuentro. Me contó que hubo dos hitos principales en el viaje: se reencontró con su hija nicaragüense, María Gabriela, a quien no veía hacía dos años . Además, había estado en Cuba por la celebración de los treinta años del triunfo de la Revolución y me trajo el casete de *Feeling* firmado por Pablo Milanés. Yo lo ponía día y noche, además recién estaba llegando a Chile, apenas se escuchaba, entonces era algo muy especial.”

El 11 de mayo Raquel tiene la certeza de haber concebido a su hijo con Miguel. Días antes y tras varios ruegos de “tener un nene”, botó la caja de pastillas. Fueron juntos a la primera ecografía y mientras veían la imagen diminuta, casi imperceptible, bautizaron al pequeño como “el maní”.

“Al principio me negaba a tener un hijo, aunque Miguel me lo pedía siempre, porque me daba miedo criar sola. De todos modos, era algo muy deseado inconscientemente. Por dentro quería ser mamá y quería tener un hijo con él. Pasé los primeros meses de embarazo delicada y ‘al maní’ lo estaba cuidando sola, porque su dedicación era completa para el Frente”

### **La despedida**

La primera semana de agosto de 1989 abrió la tarjeta postal con ansiedad: la invitaban a una fiesta en Valparaíso el sábado 20 con sus ex compañeros de la Jota. “No dejes de ir”, le escribía su amiga, en cuya casa sería el festejo.

Tenía ganas de asistir al evento, aunque sabía que era peligroso. Le preguntó a Miguel si estaba de acuerdo, suponiendo que se enfrentaría a un rotundo no. Para su sorpresa, le dijo que viajara. El lunes se volverían a ver.

La noche del viernes se despidieron como siempre. Hicieron el amor con la intensidad que ameritaba la posibilidad de no volver a encontrarse. Pero esta vez, aunque no lo sabían, si era la última vez que se mirarían a los ojos, la despedida, el final.

“La despedida fue muy bonita, pero rara. Fue con más emoción de la normal y el embarazo me debe haber puesto más sensible también. Lloré mucho ese día, porque sentí que era la última vez,

aunque casi siempre era así, y más después de que matan a Raúl y toman preso a Manuel Ubilla, uno de sus grandes compañeros de lucha desde Cuba.. Coincide con que en ese último período él estaba bajoneado, estaba notoriamente preocupado, me decía que había dificultades entre los miembros de la dirección. Me hablaba de conflictos que tenía con sus pares, me decía que él sabía que estaba haciendo lo correcto, pero yo no sabía nada concreto”.

Raquel tomó un bus el sábado en la tarde y cuando llegó a la casa de su amiga, el panorama de la fiesta se desmoronó por completo. Se trataba de una reunión clandestina de la Jota. “¿Qué hago aquí?”, les preguntaba, mientras insistían en la importancia de su presencia, “porque nos habría gustado que el *Zuki* (Nelson) estuviese aquí”.

Pese a su incomodidad, se sentó en una de las sillas que formaban la ronda. Uno de los compañeros leyó el informe político del Partido y luego preguntó: “¿Van a votar en las próximas elecciones o no? De a uno fueron respondiendo y resultó que todos las apoyaban.”<sup>79</sup> Raquel tenía el último turno.

“No quiero que se diga después que aquí hubo una infiltrada. Muchos bien saben que yo soy parte del Frente Autónomo y no puedo entender de qué se trataba esta reunión, cómo van a votar, transar tan fácilmente, después de todos los muertos que tenemos”, dijo Raquel. Sus duras palabras marcaron el fin de la reunión. Sólo algunos se despidieron de ella y quedó junto a la dueña de casa y otra de sus amigas.

“Yo sentí siempre mucho afecto por mis compañeros con los que construí la militancia en Valparaíso, porque eran ejemplos de audacia, de vida, de entrega. Ahí había hijos de fusilados que estaban en la clandestinidad total y los admiraba. Aún tengo dudas de esa reunión, no se a quién se le ocurrió ni por qué... Lo cierto es que no podía dejar de decirles lo que pensaba, porque eran mis amigos. Era lo más honesto que podía hacer, porque como todos eran clandestinos no

---

<sup>79</sup> El PC discutió internamente la idea de incorporarse a la nueva institucionalidad de Pinochet. Había dos posiciones: mantenerse como partido clandestino hasta la total derrota del dictador y derogación de la constitución o incorporarse al proceso de democratización y dar la lucha en las urnas a través de un partido instrumental, cosa que finalmente ocurrió a través del Partido Amplio de Izquierda Socialista, donde el PC llevó candidatos a senadores y diputados en las elecciones de 1989.

tenían por qué saber que yo no era parte de la Jota y después me podían acusar de doble militante o de infiltrada”.

Durmió con sus amigas, pasaron el domingo juntas, dieron un paseo en bote por la bahía y, llegada la tarde, Raquel decidió regresar a Santiago con la idea de alojar en la casa de sus padres.

Ya estaba oscuro cuando llegó al terminal y sintió que alguien la seguía. No dejó de percibir esa sombra durante todo el camino, pero siguió el rumbo sin vacilar. Logró llegar donde sus padres y se sintió aliviada. Se acostó cerca de la estufa y prendió el televisor. Mientras veía *Gandhi*, la película, sintió algunas contracciones. Recordó que al otro día, por la mañana debía ir a cobrar el sueldo del mes, así que le pidió a su padre que la acompañara hasta el departamento.

“Cuando me despedí de Miguel, me insistió mucho en que nos veíamos el lunes, pero no fue enfático en decirme que no volviera al departamento. Le pedí a mi papá que me llevara a mi casa, porque desde ahí el pique a mi oficina era largo y además andaba sin ropa. Mi papá me insistió que me quedara con ellos, pero me entró una prisa inexplicable por volver”.

A las tres de la madrugada estaba por fin acostada, acariciando su barriga levemente crecida. Dormitaba, cuando sintió gritos y golpes en el departamento de su vecina. “¿Serán *dealers*?”, pensaba. El caos se intensificó en pocos minutos, cuando decidió levantarse y mirar por la ventana. Se le paralizó el corazón cuando vio a varios CNI en el techo. Tomó una carpeta con los documentos de Miguel y antes de que lograra esconderla, los golpes habían llegado a su puerta. Pensó en el computador soviético, marca Kaipro que hace pocos meses él había instalado en el departamento con la intención de que lo ayudara con algunas tareas del Frente, pero no tuvo tiempo de hacer nada.

La puerta, abollada de tantos golpes, estaba a punto de venirse abajo. Intentó gritar que estaba embarazada, pero le salió apenas un hilo de voz y en pocos segundos estaba en el suelo, con su frazada colorinche de lana chilota en la cara, recibiendo las patadas de varios hombres que decían: “Dinos dónde está”.

“Hay muchas cosas que no recuerdo. Si recuerdo que un tipo decía ‘llévense todo lo que sea papel’, entonces yo no tengo recuerdos, no tengo fotos, ni cartas, se llevaron mis libros. Yo sentía como desmantelaban mi departamento, como rompían las murallas, levantaban el piso. Me preguntaban dónde está él y yo decía que no sabía de qué me estaban hablando. En un momento llegó un hombre al cual le preguntaron ‘¿es ella?’ y él dijo ‘no, no es ella’. Había una sapo entremedio, pero yo no le vi la cara”.

Llevaba años preparándose para ese momento, pero cuando finalmente llegó, no supo que hacer, estaba totalmente paralizada. Mientras desmoronaban cada rincón de su casa, uno de los hombres le aconsejó que se pusiera varias capas de ropa. “Vas a pasar frío” le aseguró. Se puso algunos polerones de Miguel, le vendaron los ojos y la subieron a una camioneta.

Gritó que estaba embarazada, que por favor no se la llevaran, que no había hecho nada, que no podía faltar a su oficina porque ese día le pagaban el sueldo. Estaba perdida, descontrolada, aterrada. Se sentía como un bulto, inútil.

## **Detención**

“Tu noviecito está en el cuarto del lado y adivina que nos contó: ¡Que tu manejabas el computador que encontramos en el departamento! Así que vas a tener que cooperar muchachita”, le dijo el hombre, a quien no pudo mirar debido a la venda sobre sus ojos. Incluyó la cabeza y abrió los ojos como nunca. Sintió que la pupila se dilataba y pudo reconocer los zapatos gastados de su amado, ahora en los pies de su torturador.

Luego de varias horas de interrogatorio, estaba convencida de que Miguel estaba a pocos metros de ella, delatándola y, lo que es peor, inculpándola de cosas en las cuales jamás había participado.

-¡Tráiganmelo, que lo diga en mi cara. Maricón!- gritaba Raquel entre llantos desconsolados.

“Siempre en el interrogatorio había un *gallo* de la CNI, el fiscal y el actuario, pero que también eran CNI. Por eso yo no sabía bien si estaba en la CNI o en otro lugar, porque en todas partes era igual, todos eran lo mismo. Intentaba concentrarme en los interrogatorios, porque no podía

declarar una cosa y después desdecirme. Una cosa es declarar ante un fiscal y otra, muy distinta, es hacerlo bajo apremios ilegítimos, como en este caso. Todo lo que decía podía ser usado en mi contra”.

Desnuda contra una muralla, recordaba la amarga salida de su departamento. Las advertencias sobre su embarazo, las negaciones infinitas sobre su militancia y su relación con Miguel fueron inútiles. En cosa de segundos estaba en el asiento del copiloto, escuchando “resistiré para seguir viviendo” a todo volumen, mientras el aguacero limpiaba el parabrisas polvoriento de la camioneta.

Llevaba cuatro días en el cuartel Borgoño de la CNI incomunicada, junto a una decena de mujeres. El denominador común entre ellas: todas conocían a Miguel y militaban en el FPMR, excepto una viejecita que lo hospedaba de vez en cuando, a pesar de no tener ligazón alguna con la organización.

Estaba sola en una pieza. Paredes resquebrajadas por la humedad, una mesa y dos sillas. El CNI selló su entrada con un portazo. “Mira quien se murió”, le dijo y le lanzó agresivamente el periódico La Tercera sobre la mesa. Supo que era viernes 25 de agosto. “Hijastro de Volodia mató al teniente”, advertía un titular del segmento de crónicas del diario. No entendía nada.

A los pocos segundos, con la ayuda del agente, entendería que Miguel era en realidad Roberto Nordenflycht, hijo de Volodia Teitelboim y segundo jefe del FPMR. Sintió que el mundo se paralizaba, que la sangre casi congelada fluía a penas por su cuerpo. “Y está muerto”, agregó el CNI.

“Leí la noticia entera y no lo podía creer. Al principio sentí que era algo totalmente ajeno a mí, porque no conocía al hijastro de Volodia. Cuando el supuesto fiscal me dijo que él era Miguel, fue muy fuerte. Primero, porque estaba muerto, segundo porque no había ido al funeral, tercero, porque mi hijo nunca iba a ver a conocer padre”.

Algunos miembros del cuartel le decían “la viuda negra”, enrostrándole a cada momento la muerte de sus dos maridos. “¿Y ahora a quién le va a tocar?”, le preguntó uno de ellos entre risotadas grotescas. Los labios ensanchados enmarcaban el amarillo zapallo de sus dientes teñidos por el cigarrillo. Raquel estaba anulada.

## **El final**

Luego de quince días fue levantada la incomunicación a las reclusas que ahora estaban, a petición del Fiscal Fernando Torres, aisladas en la Cárcel de San Miguel, lejos de las demás presas políticas.

Raquel empezaba a conocer a las demás mujeres, con las que, tenía certeza, debería convivir por un largo tiempo. Entre ellas, y para su sorpresa, estaba la amante de Miguel o Roberto. Días atrás, uno de los mortificantes interrogatorios había comenzado con una lectura de cartas. Cartas de amor que su amado había escrito durante su último mes de vida, pero cuya destinataria no era ella, sino Jessica Liberona, una instructora del Gimnasio Fisic.

El amorío era lo de menos. La perturbaba el hecho de que su Miguel hubiese pasado sus últimas horas de vida en la casa de Jessica, desde donde salió por segunda vez al Aeródromo de Tobalaba para insistir en una operación que había fracasado el día anterior.

“Él se quedó en la casa de ella ese fin de semana que pusieron los explosivos, entiendo que era algo como su puesto de mando. La persona que manejaba el auto donde él iba es la Oriana, que ya murió de cáncer, pero me relató mucho de ese momento. Se supone que al Roberto lo mata un milico en el aeródromo y es muy posible que eso haya sido así. Ellos habían ido el día anterior allá a instalar unos proyectiles que supuestamente iban a detonar en un galpón donde estaban los helicópteros que usaba Pinochet. Esto era una acción que el Frente iba a hacer para conmemorar el natalicio de O'Higgins, por eso estaba planeada para la madrugada del 20 de agosto. La acción se hizo el sábado, pero los cohetes no detonaron, entonces a Roberto lo fueron a buscar para que intentara nuevamente.”

De a poco, las nueve presas, fueron construyendo una rutina dentro del apartado de la cárcel de hombres. Almorzaban juntas, hacían aeróbica, casi de memoria se sabían capítulos enteros de la vida de las demás, que repasaban en la sobremesa infinita entre los barrotes. Había días de visita, que agobiaban a Raquel. Odiaba escuchar palabras lastimeras como “pobrecita” o frases de aliento tipo “todo va a estar bien”. Prefería estar tranquila, viviendo la típica fantasía de los presos que acortan los días ideando la mejor manera de escapar. Pero a contramano de sus anhelos, le llovían amistades y familiares, todos cargados de regalos, comida y abrazos.

Cinco cartas de Manuel llegaron a sus manos mientras estuvo presa. Aquel amigo de la Jota, un actor barbón y atractivo, que tiempo atrás había vuelto a ver para el triunfo del “No”, se esmeraba en conquistarla con su pluma poética, audaz y cargada de erotismo. Tanta pasión había en aquellas letras, que pasaron de celda en celda, cumpliendo la mágica función de remecer los cuerpos abandonados, casi empolvados de las nueve mujeres aisladas.

“Libertad para Raquel”, dice el cuadro que cuelga en el comedor de su casa, la réplica de un rayado que hicieron sus compañeros del Blas Cañas en varias paredes del Gran Santiago, el año 1989.

“Fue un período duro, pero me salvó el amor. Mi familia, mis amigos no dejaron nunca de acompañarme, eso fue increíble. Delegaciones que vinieron a Chile a ver cómo estaba siendo el proceso después del triunfo del ‘No’, intervinieron en mi caso. El Comité de Solidaridad con Chile, que funcionaba en Escocia cuando estuve exiliada, trabajó también por mi libertad; se dedicaron a mandarle cartas a todo el Parlamento. Hasta de Nelson Mandela me llegó carta, de The Police, de la Emma Thomson, de mucha gente de afuera”.

Había llegado octubre y una mañana recibió una libretita de regalo. Sus páginas blancas se fueron colmando de recuerdos que afloraban en los días eternos de prisión, esos en que una siesta tendida en el pasto, un encuentro casual en plena vereda, la luz del sol chocando en la cara, tu cama o una simple conversación, se valoran como nunca antes.

“Tu padre fue y en mi memoria sigue siendo un hombre inquieto, grande y asombroso. Para mí, un gigante. En estas páginas trataré de contarte más de su historia y de la nuestra. Te quiso mucho desde mucho antes que te hiciéramos”. Con esas palabras escritas con tinta verde comienza el primer regalo que le haría a su hijo. Pasaba horas en la soledad de su celda, hilvanando cada letra del abecedario, esperando ansiosamente que llegara la hora de tenerlo entre sus brazos y confundirse en su cuerpecito diminuto.

Pasaron varios meses. Infinitas declaraciones, muchas solicitudes para obtener la libertad condicional, todas negadas. Pese al triunfo del Patricio Aylwin como Presidente de la República –el primero de la transición liderada por la Concertación de Partidos por la Democracia–, la salida de la cárcel de San Miguel se veía lejana, casi inalcanzable.

Luego de haberse negado rotundamente a ser controlada por Gendarmería, el 23 de noviembre de 1989, tres camionetas policiales fueron a recoger a Raquel a la cárcel para controlar su embarazo, ya casi de término. Llegaron hasta Providencia, a la consulta de su ginecólogo habitual. “Hoy, cuando me llevaron al doctor por primera vez me vi frente al espejo. ¿Sabes?, casi me muero de la impresión, ¡Estoy más que tremenda!, apenas me pude concentrar en la ecografía después”, escribió al día siguiente en el cuadernito para su hijo, un rato antes de ser trasladada a la Cárcel de Santo Domingo, junto a algunas de sus compañeras. A las pocas que quedaron en la cárcel de San Miguel les dejó de regalo el gran tesoro: las cartas de Manuel.

Por fin había ganado la batalla de estar junto a las demás presas políticas. Le gustaba el ambiente, ese afán que veía en ellas por seguir trabajando en un país mejor, aún desde el encierro. Las observaba haciendo manualidades, palomitas de la paz, que luego entregaban a la Vicaría de la Solidaridad para ser vendidas en el extranjero. Pero Raquel no tenía inspiración para aquello. Sólo pensaba en la llegada de su hijo “el terrible”, como lo apodaron sus compañeras, por sus extensas jornadas de hipo.

“Llegué a la celda que compartí con la Karin Eitel. Ella ya me había estado escribiendo; nos llevamos muy bien desde un comienzo, fuimos hermanas rodriguistas, curiosamente en la cárcel me sentía protegida por estas tremendas mujeres. Todas las presas estaban preparadas para el



nacimiento ahí en Santo Domingo, porque una semana antes del parto seguía presa. Fui bien floja y me regalonearon mucho, porque tenía *chipe* libre para el aseo y todo. Hacía mucho ejercicio, porque una compañera era matrona, la Paty Herrero, que siempre estaba preocupada de mí. Mi mejor amiga a quien conocí en la carrera de Pedagogía Básica de la UC era la Asmara. Ella nunca me abandonó y me iba a dejar comida casi todos los días. Tenía cerros de yogurt; a veces en la noche me iba a dejar un Barros Luco, lasaña, de todo y mi mamá hacía lo mismo”.

A contrarreloj, la madre de Raquel presionaba a las autoridades por la libertad de su hija. El 9 de febrero de 1990 a las 11:40 de la mañana, nació Bastián Nordenflycht Echiburú, en la Clínica Las Lilas, en Santiago. Una semana antes, le habían otorgado la libertad condicional.

“Creo que si no hubiese estado embarazada, me habría muerto, habría dicho cualquier cosa para que me mataran, no sé. Mi hijo me salvó la vida, me di cuenta de que tenía que seguir viviendo. Bastián tiene cosas muy parecidas a su papá biológico, hasta la letra es igual, tiene su forma de pensar, sus gestos... Lo que hace el ADN”.

**CAPÍTULO IV**  
**DE LA MANO CON GLADYS**  
**Historia Marta Fritz**

**Primeros pasos**

Era 1954 y desde su banco intentaba escuchar las palabras de bienvenida que daba la directora del establecimiento. Pero su aspecto similar al de un sapo la desconcentraba; era gorda, muy baja y tenía los ojos tan saltones, que temía se desprendieran de las cuencas. Así ella se recuerda.

“Ninguna profesora podrá salir de esta escuela siendo surda”, dijo con tono tajante la mujer. Fue tal la cara de espanto que puso Martita al oír la sentencia, que la compañera que estaba sentada a su lado peinada con cola de caballo bien tirante, y a quien no conocía, le pegó un codazo cómplice y con una sonrisa que dejaba a entrever sus dientes blancos y alineados, le dijo: “No le hagas caso a esta vieja”. La muchachita era Gladys Marín, y desde aquel día y para siempre, su mejor amiga.

A pesar de que el Partido Comunista recién salía de la ilegalidad<sup>80</sup>, Gladys y Martita se adhirieron rápidamente a sus postulados<sup>81</sup>. Desde la Escuela Normal, ubicada en Recoleta 500 y donde ese formaban los profesores de Chile bajo un sello republicano, salían juntas todas las tardes de clases a las reuniones de la Jota en la sede de Huérfanos con Compañía.

Era común pillarlas en los campamentos del Cerro Blanco haciendo trabajos voluntarios o repartiendo las cajas de alimento y ropa que habían logrado recolectar durante la semana. Los zapatones de colegio cubiertos de barro y las manos teñidas de pintura luego de haber arreglado

---

<sup>80</sup> En 1948, bajo el mandato de Gabriel González Videla se puso en marcha la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, conocida como la “Ley Maldita”, que proscribió la figura del Partido Comunista en la política nacional. Fue derogada diez años después.

<sup>81</sup> Luis Alberto Corbalán fue nombrado miembro del Comité Central en 1950 y posteriormente secretario general en 1958 hasta el '90. Fue uno de los principales promotores de la Unidad Popular y tras el Golpe Militar, fue detenido y deportado a Isla Dawson hasta 1974, cuando fue asilado en la URSS. Regresó a Chile en 1983 y participó en el proceso democrático hasta su muerte el 21 de julio del 2010 a los 93 años.

los juegos de alguna plaza pública, también eran un clásico, al igual que las infaltables visitas a los ancianos del hospital psiquiátrico.

Martita vivía junto a su padre, inspector del Servicio Nacional de Salud, su madre, una impecable dueña de casa muy dulce y sumisa, sus cinco hermanas y su abuelo materno David, de más de cien años, a quien adoraba. Creció entre las paredes de una casa antigua en Cumming con Yungay, jugando al luche, el *paco* y el ladrón, y su pasatiempo favorito era leer. Con frecuencia asaltaba el librero de su padre donde se alojaban las revistas “Don Fausto”, “El Peneca” y “El Billiken”, sus favoritas.

Gladys, en cambio, vivía en una pensión junto a su hermano cerca de la escuela, en la capitalina calle Recoleta. A su corta edad disponía de sus horarios, salidas y comidas, mientras que Martita estaba obligada a cumplir las estrictas reglas que su padre le imponía: mucho estudio y poca calle.

“Creo que la Gladys me arrastró al mundo de la Jota, me enseñó a mirar afuera, a interesarme por la justicia social. Yo no era de la militancia formal, porque me lo tenían prohibido, hacía todo escondida. Si mi papá andaba de viaje, iba a las fiestas de la Jota. Eran fiestas de baile y como yo me peinaba muy a *lo pava*, la Gladys me daba unas cepilladas locas y me prestaba su ropa que era escotada, más corta. Mis vestidos eran de señoritas de la época, con la manguita y el cuellito bordado”.

Martita se recuerda en la sala de clases, desordenando la escena de las alumnas, bailando ordenadamente cerca del piano mientras cantaba un bolero. Junto a Gladys se ponía a tararear algún hit del *Rock&Roll*, mientras movían la cabeza de lado a lado con el pelo suelto y daban pasos al estilo tejano. Las compañeras se sumaban a la fiesta hasta que el sonido de la campana mandaba a parar.

Ambas asistían a las reuniones de la Federación de Estudiantes Normalistas, donde trabajaron por modificar los criterios pedagógicos de las Escuelas Normales, que para ese entonces no permitían siquiera la formación de centros de alumnos.

Los sábados por la mañana infaltablemente repartían el diario “El Siglo”, del Partido Comunista, en alguna esquina o plaza del centro de Santiago, mientras compañeros con virtudes musicales amenizaban con guitarra. Eso, hasta que un día el padre de Martita descubrió sus andanzas y en vista de que varias veces le había prohibido interactuar con los comunistas, la castigó sin salir todo un verano.

En 1963 y con 17 años se graduó de la Escuela Normal y entró a trabajar como profesora de enseñanza básica en el Liceo Rafael Sanhueza Lizardi. Paralelamente empezó la carrera de castellano en el Instituto Pedagógico, lugar que se convirtió en el escenario perfecto para desarrollar sus tareas de militante. Mientras tanto, Gladys se dedicaba exclusivamente a la política<sup>82</sup>.

“Me presenté para trabajar en al Liceo 3 y quedé, pero mi papá tenía muy oculto que tenía dos hijas mellizas que estudiaban ahí, entonces como ellas estaban internas le pareció que era peligroso y me convenció de que entrara a la escuela de la Sociedad de Instrucción Primaria, de la familia Matte”.

Martita, siempre a espaldas de su padre, participaba de las asambleas políticas que se hacían en el campus, también asistía a las marchas estudiantiles y de tanto trabajo voluntario en poblaciones y en caseríos rurales, sus manos estaban callosas. Andaba con la hoz, el martillo y con su amiga Gladys siempre cerca.

Los años avanzaron rápidamente en esos menesteres y en 1970, ya egresada, trabajó arduamente en la candidatura de Salvador Allende. Mientras Gladys dirigía el Comando Juvenil de la Jota, Martita se transformó en su enlace, encargándose especialmente de su seguridad. El sueño de la

---

<sup>82</sup> En 1960 Gladys Marín es elegida en el Comité Central de las JJ.CC. y en 1963, asume como dirigente del Comando Juvenil de Salvador Allende. Ese mismo año, asumió la Secretaría General de la JJ.CC. , sucediendo en el cargo a Mario Zamorano. Fue diputada entre los periodos 1965-1969, 1969-1973 y reelecta en 1973, año en que se disuelve el Congreso tras el golpe Militar.

Unidad Popular se había transformado en su único norte y juntas recorrieron el país para dar a conocer el programa.

“En la campaña anterior voté y cuando Allende perdió lloraba a mares<sup>83</sup>. Ya en el año 1970 me convertí en el enlace de la Gladys y la acompañaba a todas partes. Ahí uno se aprende a cuidar, aprendes a observar y a grabarte las cosas que pueden ser sospechosas. Ella me decía que tenía buen olfato”.

Ese mismo año, luego del triunfo de Allende<sup>84</sup>, emprendieron un viaje a Lonquimay junto a otros compañeros de la Jota, entre los cuales estaba Jorge Muñoz, marido de Gladys desde 1963. Alojaron en el internado de la zona y caminando a cabalgando entre los bosques de araucarias, intentaban aflojar en algo la miseria con que vivían los campesinos.

“Yo no tenía pololo, era regalona de todos los de la Jota. Eso sí, me derretía cuando cantaba José Cebes de los Inti Ilimani. Era bajo y gordito, entonces la Gladys no entendía que me gustara, pero yo lo idealizaba, se subía al caballo blanco en el campo, cantaba canciones y lo veía como un príncipe. Siempre me tiraban a trabajar con Juan Carlos Arriagada Acuña, mi actual marido, pero en ese entonces no me gustaba”.

Martita recuerda con emoción una tarde en la casa del compañero Lagos, sobreviviente de la matanza de Ranquil<sup>85</sup>, que les relató sobre el fatal episodio. Todos formaban una ronda alrededor de la cocina a leña que calentaba un gran fondo de agua. Escuchaba el relato del hombre ya de pelo nevado, y con la vista pegada en las costras de tizne alojadas al fondo de la olla, pensaba en la manera de combatir tanta injusticia.

---

<sup>83</sup> Ver nota 39, Capítulo II: “Veinte años en la sombra”.

<sup>84</sup> Luego de tres candidaturas fallidas, el 4 de septiembre de 1970, el candidato de la coalición de izquierda Unidad Popular, Salvador Allende, se convirtió en Presidente de Chile. Derrotó al candidato del Partido Nacional Jorge Alessandri y Radomiro Tomic de la DC.

<sup>85</sup> En 1934, durante el segundo Gobierno de Arturo Alessandri Palma se llevó a cabo la matanza de Ranquil. Más de quinientos mapuches y pehuenches fueron asesinados por fuerzas de Carabineros en la cordillera de Lonquimay, tras la sublevación que llevaron a cabo en defensa de sus tierras ancestrales, ahora en manos de colonos extranjeros.

“Él se salvó porque se hizo el ahogado, se quedó en el agua y lo dieron por muerto. Nos contaba como habían matado a algunos con palos, otros que nunca más vio... Nos empapamos de muchas historias así, y tratamos de ayudar lo más posible. Nos sentíamos útiles, contentos de estar descubriendo y haciendo nuestros pequeños aportes”.

Regresaron a Santiago y Martita, además de continuar con sus tareas políticas, retomó su trabajo como profesora ya no sólo en la Escuela Matte, sino también en el Liceo A37 de Recoleta. En su mente no hay un mejor tiempo que el de la Unidad Popular. Recuerda con gozo las marchas en apoyo al gobierno, junto a varios de sus alumnos empujando las banderas del Partido, las noches en la peña de la Isabel Parra, los cantos de Víctor Jara, la colección de libros Quimantú.

“En ese tiempo todo nos resultaba, no nos ponían barreras y además del trabajo que hacíamos lo pasábamos muy bien. En ese tiempo íbamos al Festival de Viña, porque cantaban nuestros conjuntos. Volver cantando con Víctor Jara era lo máximo. Nos pasaba a dejar hasta la casa con la Gladys, eran íntimos. Iba con su poncho rojo, su pelo negro como de carbón”.

Pero todo no era color de rosa. El desabastecimiento, los cacerolazos y el posterior Tanquetazo<sup>86</sup> dejaban a entrever la inestabilidad creciente del gobierno de la UP. El Partido Comunista llamaba a la cautela.

### **Mal presagio**

-Profesora, desapareció Ramírez y Villanueva-, dijo uno de los alumnos con la respiración agitada luego de una larga corrida.

-¿Cómo que desaparecieron?- preguntó Martita.

- Se metieron al río y no los vimos más-, terminó el muchacho.

Estaban en un paseo de curso en Isla de Maipo, eran casi las tres de la tarde y a pesar del día soleado, Martita, la profesora jefe del curso, había sido enfática en prohibir el baño debido al fuerte torrente.

---

<sup>86</sup> Ver nota 47, Capítulo II: “Veinte años en la sombra”.

Sintió las palabras del niño como un ladrillazo en la nuca, pero no había tiempo para retos ni lamentos, así que rápidamente pidió ayuda a Carabineros.

-No podemos hacer nada, hay que esperar al menos 24 horas para comenzar la búsqueda por desaparición-, respondió uno de los uniformados.

Mientras tanto, el presidente del Centro de Padres del liceo, un Patria y Libertad (movimiento de ultra derecha) alto y delgado, que siempre andaba con bototos gruesos y con el linchaco a cuesta, organizó grupos de alumnos para rastrear el vasto terreno. Al llegar de la comisaría, Martita se encontró con nuevas noticias: un atado de ropa mojada de los muchachos perdidos había sido hallada entre los matorrales a orilla del río.

Las horas pasaron sin novedades, ante lo cual decidió avisar a sus padres lo ocurrido. Le pidió a los demás profesores que estaban con ella que la acompañaran, pero todos se negaron excepto el bibliotecario, un hombre mayor que la acompañó a dar la fatal noticia.

Tomaron una micro hasta Santiago y llegaron al liceo a buscar la dirección de ambos alumnos. Estaban rastreando los papeles cuando el portero les informó que el cuerpo de Ramírez había sido encontrado sin vida. Era un niño dulce, según Martita, y el más estudioso de su clase.

Fue a la casa de su madre, una señora humilde que bordeaba los 40 años. Ella abrió la puerta de entrada pensando que su hijo, como todos los días, había llegado, pero chocó con la realidad. Gritó y lloró como si toda la tristeza del mundo se hubiese resumido a ese momento.

“Al niño lo vestí yo. Lo trasladaron a la morgue cerca del cementerio general. Lo peiné, le limpié la carita que tenía rasmillada... fue muy fuerte. El padre del niño se desmayó cuando lo trajeron en una bandeja de fierro. No lo podría volver a soportar”.

Faltaba avisar a la familia de Villanueva, de quien no había rastro. Al escuchar la noticia, la madre del muchacho entró en un ataque epiléptico y Martita, ya sin fuerzas, se desmayó.

Pasaron días y el cadáver no aparecía. Infaliblemente, todas las tardes después de clases volvía a Isla de Maipo con la esperanza de encontrar a su alumno. Se encomendó a San Juan Tadeo a pesar de su escepticismo y ya había perdido toda esperanza, cuando le contaron sobre Mami Berta, una farmacéutica vidente, a quien decidió contactar.

Le mandó los datos del niño en una carta. “El cuerpo está cerca del Paico, a orilla del río, justo donde hay tres sauces”, dijo la mujer. Fueron hasta allá y dieron con el cadáver ya tieso y frío del joven de 16 años, enredado en un saco de papas, como había asegurado Mami Berta.

“Fue una de las cosas que me marcó tanto como las atrocidades que se venían después con la dictadura. Fue como un mal presagio”.

## **Golpe de Estado**

A comienzos de septiembre de 1973, Martita estaba en el Festival de la Juventud<sup>87</sup> de Alemania. Se recuerda junto a varias de sus compañeras, entre ellas Gladys, todas uniformadas con mini falda de *jeans* y polera azul con el escudo de Chile a la derecha. Alzaban las banderas de la Jota, mientras escuchaban algún conjunto musical. Le gustó especialmente la presentación de Quilapayún e Inti Illimani.

El último día en Berlín se oía a todo volumen “Fuerza Chile”. Martita sabía que las cosas en su país no estaban bien, pero jamás dimensionó lo que sucedería a su regreso.

“La cosa ya estaba fea, salían los Patria y Libertad con los linchacos y los palos, había compañeros que nos decían que esto se venía feo, que había que prepararse, pero yo no lo dimensionaba hasta el Festival, donde paré la antena. La Gladys estaba en la primera fila, era dirigente de la delegación chilena y yo iba a cargo de los pioneros, intercambiábamos pañolines”.

---

<sup>87</sup> Entre el 28 de julio y el 5 de agosto de 1973 se celebró en Berlín el décimo Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Alrededor de 30 mil jóvenes de tendencia progresista se unieron “por la solidaridad antiimperialista, la paz y la amistad”.



El 9 de septiembre Martita volvió a un Chile distinto al que había dejado. No había locomoción, el comercio estaba cerrado y al llegar a su casa, en la calle Riquelme llegando a Rosas, su madre le contó que por las noches se escuchaban balaceras.

“Siempre iba con miedo a pagar las cuotas del pasaje, no dejaba que nadie fuera por mí, por si me tomaban detenida. El esposo de la Gladys me decía que había que aguantar dos años... Y no *po'*, fueron 17”.

El 11 de septiembre se celebraba el día del maestro. Esa mañana Martita amaneció desganada, el día estaba nublado y le dijo a su madre que no tenía ganas de ir a trabajar. “Anda a arreglarte, hoy es tu día y vas a llegar llena de regalos”, le contestó. Tenía la radio prendida mientras se cambiaba de ropa en su habitación, cuando escuchó las noticias que advertían sobre el movimiento militar.

Rápidamente se fue al liceo y en vista de que ese día le tocaba reemplazar a la subdirectora, debió hacerse cargo de los alumnos. Muchos no llegaron y otros fueron retirados por sus padres durante las primeras horas.

A media mañana llegó un apoderado vestido de militar.

-Estamos a su disposición-, le dijo.

-Cómo se te ocurre venir a decirme esto después de que han atropellado así nuestro gobierno-, contestó Martita enfurecida y cortó el diálogo de cuajo. A las dos de la tarde ya no quedaban alumnos, cerró el portón del liceo y salió hacia el puente Recoleta para volver a su casa.

“Me llamaban los muchachos del liceo, ellos estaban organizados y me preguntaban si se lo tomaban. Les dije que no, que se tenían que ir, porque los iba a tomar detenidos. El puente Recoleta estaba cerrado por los milicos, intente por el puente Bulnes y tampoco pude. En Pudahuel la gente había tirado unos tablones para cruzar el río. Con miedo pasé al otro lado, porque iba con tacos”.

Se puso a caminar y a mitad del trayecto un hombre se acercó a conversarle. Era militante DC, joven y delgado, que aprovechó el largo camino para coquetear. Ella mientras simulaba escucharlo, pensaba en la manera más decorosa de escabullirse, pero fue imposible, dado que insistió en dejarla en la puerta de su casa.

Antes de entrar, cruzó donde su vecino y pidió prestado el teléfono. Llamó a Juan Carlos, su enlace con el Partido, quien le aseguró que Gladys estaba a salvo y le ordenó que esperara en su casa hasta nuevo aviso.

Su hogar le pareció distinto. La repisa de su cuarto en vez de libros, estaba repleta de santitos y cruces. Escuchó ruido en el baño, al fondo del pasillo y vio su madre quemando varias de sus pertenencias en la tina. Se fueron los pañolines que había intercambiado en la RDA, sus libros de Lennin, sus cuadernos y cartas. Todos sus tesoros se habían hecho ceniza en pocos minutos.

“Empezaron los bandos y a una de las primeras que nombraron fue a Gladys. Mi papá tenía un rompe fila, una tarjeta que le permitía pasar cuando los milicos cerraban un lugar. Entonces fue a buscar a Julio, un primo que trabajaba en un asentamiento de izquierda. Nosotros quedamos en la casa, pero antes de irse me dijo ‘si viene su amiga dígale que la podemos tener’. Ahí lo habría condecorado, ése fue el momento de probarse”.

Al día siguiente Martita no salió de su casa, pero si se permitió asomarse cautelosamente por el balcón, desde donde contempló su calle vacía. Ya era tarde cuando se asomó por última vez y vio pasar a un hombre de pelo largo, que vestía patas de elefante y tenía cara de despistado. “Soy yo”, le gritó intuyendo que traía un mensaje para ella y no se equivocaba.

“Mándame una carta larga, cuéntame todo lo de mi casa. Dame tu opinión. ¿Están bien los niños o es mejor que salgan? Yo prefiero que se queden. Por favor te los encargo...Bueno, escíbeme de todo. Mándame un trocito de queso, un tarrito de paté, tengo hambre. Ya volverá el día que miremos las araucarias. Mientras tanto, ayúdame un poquito con los niños. Cariños, Carmen”, le escribía Gladys con lápiz pasta rojo en una hoja de cuaderno cuadriculada que aún conserva dentro de una carpeta.

“El tipo me dijo que íbamos a seguir en contacto y se fue sin identificarse. Me dijo que no comentara nada, que me cuidara, que rompiera el papel y que esperara nuevas órdenes. Ese mismo día le preparé un bolsito a la Gladys con lo justo y lo necesario. El papel no lo rompí, lo guardé muy bien dentro de una cómoda. Ese fue el primer paso de trabajo hacia la clandestinidad. Yo había leído libros, experiencias de otros países donde mataban gente por haber comentado cosas, así que sabía que tenía que *morir pollo*”.

Dos días después Martita recibió la visita de otro compañero a quien entregó el bolso que había preparado para su amiga. Él disimuladamente le entregó un papel que contenía la dirección de una casa. Debía ir a la población Juanita Aguirre. “La puerta de entrada estará abierta. Pasa nomás y no digas nada”, dijo el muchacho.

Siguió todas las indicaciones al pie de la letra. Entró a la única casa que tenía la puerta abierta donde la esperaba Julia Flores, una señora modesta, de pelo negro recogido. Había un fuerte olor a parafina y mientras caminaba a la pieza del fondo escuchó los alegatos del dueño de casa. “Quiero que esa mujer salga luego de aquí”, refunfuñaba.

Entró a la habitación y su impresión fue grande al ver a Gladys con el pelo rubio teñido de negro. Ambas rompieron en llanto y se abrazaron cálidamente. Conversaron hasta que la dueña de casa las interrumpió y le pidió a Martita que se fuera pronto de su casa.

Le entregó una tenida nueva y le dijo que saliera por la parte trasera. Se puso los pantalones anchos cuadrillé amarillo con azul, una peluca rubia crespa que escondía su pelo negro liso hasta los hombros y se pintó la boca con un *rouge* rojo intenso.

Caminó por la calle aparentando normalidad y tomó distintos buses que la encaminaron hasta su hogar. Su madre le abrió la puerta y pegó un grito. “Pareces putita”, le dijo. En la escalera se cruzó con una de sus hermanas, que le preguntó por qué estaba disfrazada. Martita, como siempre, evadió la respuesta y siguió hasta su habitación. Guardó la ropa y la peluca en el último cajón de la cómoda y se tendió en su cama.

## Clandestinidad

En la Escuela Matte y en el Liceo A34 todo había cambiado. Un delegado militar leyó la cartita a profesores y a alumnos: prohibieron el uso de mini faldas; desde ahí en adelante las mujeres sólo pudieron hacer clases con pantalón y guardapolvos, el término “compañero” fue reemplazado estrictamente por “colega” y los alumnos debieron mantener el pelo corto, casi al rape porque de lo contrario la afeitadora haría un trabajo poco delicado en sus cabezas. Martita extrañaba la libertad que había gozado en tiempos de la UP.

Una mañana apenas habían comenzado la clase de castellano cuando un militar irrumpió en la sala con un portazo. Los alumnos se pararon rápidamente detrás de sus asientos para saludar y él exigió que dejaran sobre su banco los textos de la asignatura. Martita les hacía repasar con frecuencia la *Antología de Neruda*. “Afuera el poema 20 y el poema 15”, dijo el hombre de verde. Todos los muchachos sin vacilar arrancaron las hojas que él mismo recogió antes de abandonar la sala, mientras un silencio abrumador se apoderaba del momento.

“Fue muy duro volver a trabajar en esas condiciones. En el liceo sabían que yo era comunista, pero nadie decía nada. En ese entonces era asesora del centro de alumnos, presidenta del departamento de castellano, presidenta del Consejo de profesores (éramos 140) y los profes me tenían mucho respeto, porque siempre respeté todas las ideas”.

Martita recuerda con dolor el día del aniversario del colegio, cuando salió elegida mejor profesora. Los alumnos gritaban “Martita, Martita”, haciendo notar su cariño hacia ella, mientras el delegado militar le decía al oído: “Cualquier problema o desorden que tenga, por favor nos avisa. Yo de inmediato sacaré al elemento nefasto y lo llevaré de paseo un fin de semana al regimiento a limpiar los baños y caballerizas”. Recibió la condecoración y, como broche de oro, tuvo que alzar la bandera. No aguantó las lágrimas que ante el delegado justificó como una profunda emoción.

“Para mí era terrible tomar una bandera sucia que ellos habían manchado. Me colgaron la medalla en el delantal y los cabros gritaban apoyándome. Para mí fue muy doloroso. Tenía ganas de pisar la bandera”.

Mientras tanto, Gladys deambulaba por distintas casas donde se escondía de los aparatos represivos. Marta quedó como su enlace, aunque no siempre podía verla. Recibía noticias e indicaciones a través de compañeros de la Jota y el Partido que se hacían pasar por apoderados. Montaban falsas conversaciones sobre las notas o la conducta de algún niño y disimuladamente se intercambiaban papeles con mensajes cifrados.

“Yo era del comité de seguridad de la Gladys. Tenía que tener ojo, captar cualquier anomalía. Mi vida empezó a cambiar. Nunca más me fui en un solo transporte de un punto a otro. Tú subes a la micro, miras, ves quien baja contigo, ves si se te repiten las caras en el camino, cambias de transporte... Te pones en una vitrina, haces como que miras los pantalones, los vestidos, pero en realidad miras la escena, quienes te rodean, cuántos, cómo son....La clave para enfrentar la clandestinidad es la discreción, no hablar de más”.

Martita trabajaba con Jorge, el marido de Gladys, a través de un enlace a quien llamaba “la Conejita”. Procuraba ver a Gladys lo menos posible, en vista de que paralelamente visitaba a sus hijos, Rodrigo y Álvaro, en casa de sus abuelos paternos, donde vivieron desde que su madre pasó a la clandestinidad.

Mario, hermano de Jorge, se hacía pasar por la pareja de Martita y juntos todos los martes a las 4 de la tarde visitaban a los niños. -¿Cuándo vuelve mi mamá?, preguntaba el más pequeño. -Queda poco-, decía Martita, mientras lo abrazaba y desviaba la conversación hacia los pasteles que había comprado para la hora del té.

“En una ventana que tenía los martes los iba a ver. Cuando llegaba, la “mami”, mamá de Jorge, siempre me preguntaba por su hijo y yo lo único que le respondía era que estaba bien...Los niños sabían que su mamá estaba en alguna parte, pero no sabían dónde. Ellos siguieron funcionando como niños y yo me los fui conquistando de a poco. Les di el teléfono del liceo para que me

llamaran cualquier problema, les enseñé que me tenían que llamar justo en la hora del recreo. Lo hacían así, pero abusaban de la cosa y me llamaban para contarme que se habían peleado, que se yo. Los demás profes también querían usar el teléfono y además sabían que yo no tenía hijos, entonces era difícil”.

Así transcurría la vida de Martita, hasta que en octubre de 1973 su amiga Gladys se asiló en la embajada de Holanda. Varias veces pasó por fuera de la embajada con la esperanza de poder conversar con ella a través de las rejas. De vez en cuando la veía por la ventana, pero no pudieron cruzar ninguna palabra.

Tiempo después, a través de un cura holandés, le llegó una carta de ella. “Querida amiga, tanto tiempo sin saber de ti y sin poder escribirte. Pero ahora podremos mantener correspondencia, ya que podremos enviar las cartas a Agustinas y tú llevarme las respuestas allá.”

Se trataba de un sacerdote holandés que ofreció hacer el papel de cartero. Esbozaba un español precario, tenía alrededor de cincuenta años, era alto, canoso y de ojos claros. Se juntaba con Martita en la calle Agustinas, donde recibía las cartas que él mismo hacía llegar hasta la embajada.

“El cura me ofreció llevarle ropa, algo de comida y cartas, pero muy acotadas y dibujos de los niños. Obviamente, tenían que ser cosas sin ningún contenido secreto ni político. Máximo una hoja. Todo lo revisaban en la embajada, así que yo escribía puras tonteras, tipo *cómo estas amiga, te acuerdas de tal viaje, hoy me comí una sandía grande*, etc.”.

En una de las cartas Gladys le pidió a Martita que le enviara un par de zapatillas. Sólo tenía los tacones que llevaba puestos y le dolían los pies. Ella las compró rápidamente y antes de mandarlas se encerró en el baño de su casa, el mismo donde su madre había quemado sus libros para el golpe, y las desarmó. Entre las plantillas y la suela puso un papel con mensajes políticos importantes: le hablaba de la situación del Partido y le contaba por menores de sus hijos.

“La próxima vez le mandé un papel donde le insistía en que usara las zapatillas. Me daba cuenta de que no había encontrado nada, entonces intenté con otros métodos. En una carta me contó que se había hecho un bikini para poder tomar sol dentro de la embajada, entonces se me ocurrió enviarle una crema de sol”.

Escribió en un papel diminuto algunas novedades, lo enrolló, lo envolvió en papel celofán que quemó por ambos lados para sellarlo y lo hundió al fondo del pote de crema *Hains*. Cerró bien el frasco y fue donde el cura, acompañada del pequeño hijo de una amiga del barrio y le entregó el encargo con toda normalidad.

Tres semanas después, Martita recibió una carta de Gladys donde le pedía más crema. Inmediatamente avisó a los compañeros del Partido sobre el éxito del sistema y aquel se transformó en el método para mantener las comunicaciones con ella.

“Trabajamos en esa forma bastante tiempo. Fuimos incorporando cosas, por ejemplo, le mandaba foto de los niños en un porta foto, que por debajo llevaba un papelito, bajo el cartón y la mika. También a través de claves nos indicábamos mensajes que aparecían dentro de algún libro. Me pasaban cartas algunos enlaces de la Jota y del Partido, pero yo no los podía leer. Cumplía por seguridad y por respeto”.

Marta estaba feliz de poder mantener la comunicación con su amiga que, sabía, dentro de poco saldría del país. Sabía también que corría peligro y lo confirmó una tarde cuando, al llegar a su casa, encontró una carta anónima para ella. “Putade mierda, sabemos que eres amiga de la yegua de la Gladys Marín. Cuídate, porque se van a ir las dos presas”. Aquella advertencia no la hizo poner freno a sus tareas, pero sí tomar mayores precauciones.

Desde la embajada autorizaron a Gladys a hablar por teléfono dos veces por semana. Un día se lo otorgó a Jorge, su marido y otro a Martita, quien se las arreglaba para salir antes del liceo y estar a las cinco de la tarde en una bencinera cercana donde podía hacer llamados desde un teléfono público.

“Todo lo hablábamos con mensajes cifrados tipo ‘estuve trabajando para la cordillera’. Ella sabía que eso aludía a que el Partido estaba trabajando bien para el sector de la cordillera... cosas así. Había una bencinera cerca del liceo y como sólo daban cinco minutos para hablar tenía que llegar a esa hora en punto al teléfono. Yo le podía al inspector que me autorizara a salir antes. Le decía que tenía un tratamiento de dentista y no me ponía problemas porque yo tenía buena conducta”.

En julio de 1974, a dos días de la salida de Gladys al exilio, Martita recibió una carta desde la embajada, donde su amiga le pedía que le comprara dos pinches para viajar arreglada y le decía que estaría esperándola a una hora exacta en la ventana, donde tenía que lanzarlos. Así lo hizo Martita, pero cuando estaba a punto de lograr la misión, uno de los militares que cuidaba la embajada le dijo que siguiera su camino. Fingió la retirada, pero a los pocos segundos viró y logró dejarle el encargo a su amiga.

“El milico me vio, pero se hizo el tonto. Jorge, su compañero, pasó por el frente y se despidió con la mano de ella haciendo el gesto de adiós. Eso significó mucho para ellos, porque fue la última vez que se vieron”.

A las cinco de la madrugada Martita debía estar en el aeropuerto. Le pidió a una amiga que vivía en la calle García Reyes, entre Huérfanos y Compañía, que la llevara hasta allá en su Citroneta. “No puedo dejar a mi marido solo con mis hijos. Son muy chicos, además me da miedo, por favor no me metas en problemas”, le dijo la mujer. Pero Martita le suplicó hasta convencerla.

Estaba oscuro cuando empezaron el viaje y se dieron cuenta de que uno de los focos no encendía. Llegaban a Quinta Normal cuando unos carabineros pararon el auto. La mujer sudaba frío y apenas le salía un hilo de voz. “Vamos hasta Villa Portales, aquí al lado; por favor déjenos seguir”, dijo Marta con una dulzura que rallaba en coqueteo al uniformado, quien accedió inmediatamente.

Siguieron camino y vieron pasar el auto escoltado donde iba Gladys. Al llegar al aeropuerto la divisó tras el ventanal, con un impermeable rojo. Intentó hablar con ella a través de la puerta que



estaba semiabierta y custodiada por un carabinero, quien a los pocos segundos la obligó a salir. Marta insistió y el hombre se puso al costado de la puerta y las dejó conversar por la rendija.

“La citroneta de mi amiga sirvió para mucho. Con ésa llevábamos recados de un lado a otro. Aunque la gorda era miedosa, igual me ayudó mucho... Afuera del aeropuerto vendían fotos de la Gladys. Le dije al tipo *te va a ir muy bien, porque todos van a querer fotos de ella*”.

### **Juan Carlos, “mi flaco”**

A mediados de 1974, en un encuentro con motivos estrictamente políticos, Juan Calos invitó a Martita al cine. Él, orgánico de la dirección de la Jota<sup>88</sup>, estaba clandestino desde el golpe de Estado y aunque tenía prohibido exponerse, no pudo aguantar las ganas de tener una cita junto a la mujer de ojos chispeantes con la cual venía trabajando desde hace varios años.

Aunque al principio Martita no se sentía atraída por él, estar a su lado se transformó en una necesidad. Sólo él la hacía sentir segura caminando por las tenebrosas calles de la dictadura y a través suyo se enteraba de las noticias de su querido PC, que a esas alturas era su mundo.

“Para el golpe, mi flaco tuvo que dejar la casa donde vivía. Estuvo deambulando de casa en casa. Había dejado la Universidad en Concepción para dedicarse exclusivamente al trabajo político. Estuvo un tiempo totalmente escondido, no podía salir. Yo lo quería ver siempre, porque me sentía segura con él, pero además era mi única unión con el partido. Lo citaba para decirle cualquier cosa, a veces buscaba una excusa...”.

Así comenzó una intensa relación amorosa clandestina. Se encontraban de vez en cuando en la calle Juan Francisco González, en la casa de *Meche*, una compañera que ambos conocían bien. La rutina era siempre la misma: primero llegaba él, a la media hora ella, compartían algo de comer, pasaban la tarde juntos y salían separados antes de que los agarrara la noche. El encuentro siempre parecía corto y más con la incertidumbre de no saber cuándo sería la próxima vez.

---

<sup>88</sup> Juan Carlos Arriagada y Gladys Marín fueron los únicos miembros de la dirección de las Juventudes Comunistas vigente en 1973 que no figuran entre los detenidos desaparecidos.

Juan Carlos vivía en un departamento del segundo piso en la Villa Olímpica junto a Sonia, una muchacha que tocaba muy bien el piano y que también era militante del PC. Martita y la pareja de Sonia podían tocar el timbre sólo si la cortina que daba a la calle estaba cerrada. De lo contrario, debían seguir de largo ante la señal que indicaba peligro.

“Yo llegaba a ese departamento con la pareja de ella, simulando que era pareja de él. La hermana le había regalado un juego de comedor de colihue. Tenía todo amontonado en la pieza, había que saltar para tirarse a la cama. Lo pasábamos muy bien”.

Hasta el 30 de marzo de 1976 a Martita pocas veces le había tocado toparse con la cortina abierta, pero ese día, luego de comprar jamón, queso fresco y mantequilla en el supermercado de la Villa Olímpica para compartir una rica once con su flaco, tuvo que pasar de largo y volver a su casa con un mal presentimiento que sería confirmado horas más tarde.

Subió a una micro que la dejó en Catedral con Riquelme, a pasos de su casa y las lágrimas que derramó en el camino mojaron el papel café que envolvía los fiambres hasta que el envoltorio casi se deshizo por completo. Eso recuerda.

“Tenía mucho miedo de que algo le hubiese pasado y a esas alturas estábamos patria y muerte. A la semana me llegó un papel de su parte que decía: ‘Cuídate mucho, cayó Checho<sup>89</sup>, yo estoy bien’. Que esperara, que no preguntara a nadie sobre él y que siguiera mi vida normal. Era una letra minúscula en un papel muy chico por si me tenía que comer el papel, como había pasado a otros compañeros”.

El 4 de mayo de ese mismo año la dirección clandestina del Partido estaba reunida en el local de un compañero marroquinero en calle Conferencia<sup>90</sup>. Martita estaba a cargo de Jorge y tenía la orden de avisar a la dirección de la Jota y al Partido si no salía a la hora acordada.

---

<sup>89</sup> José Weibel Navarrete, conocido como Checho, asume como subsecretario general de las Juventudes Comunistas en 1974, cuando Gladys Marín se asila en la embajada de Holanda y debe dejar su cargo. El 29 de marzo de 1976 iba en la locomoción colectiva junto a su mujer a dejar a sus dos hijos al colegio, cuando tres autos con agentes del Comando Conjunto, un aparato encargado de la represión al PC, intercepta el bus y lo toma detenido, acusándolo de haber robado la cartera de una de las pasajeras. Su rastro se desconoce hasta la fecha.

<sup>90</sup> El 4 de mayo de 1976 en calle Conferencia #1587, la DINA desplegó un operativo durante el cual fueron arrestados cinco altos dirigentes del Partido Comunista que se encontraban reunidos en ese lugar: Mario Zamorano Donoso, Jaime Donato Avedaño, Uldarico Donaire Cortés y Elisa Escobar Cepeda y Jorge Muñoz Poutays.

“El dueño del negocio era el compañero Becerra y a él lo hicieron seguir atendiendo con normalidad el negocio, pero bajo el mesón había un DINA que lo tenía apuntado con pistola. La señal para que los miembros de la dirección entraran era mantener abierto el negocio y una cartera que tenía que estar en una determinada posición. Los DINA obligaron a mantener la señal, entonces los compañeros siguieron entrando. Nunca entraban todos juntos; fue uno en la mañana, otro en la tarde y así llegaron los cinco de la dirección. Al día siguiente, la número cinco, Eliana Escobar, al ver que no había noticias de los compañeros, fue al negocio a ver qué pasaba y la agarraron. Está desaparecida hasta hoy... Fue un golpazo muy fuerte para todos.”

Martita siguió con la pantalla de una vida normal, haciendo clases mientras visitaba a los hijos de Gladys. Juan Carlos, en cambio, no podía exponerse y a raíz del episodio en calle Conferencia pasó un año y siete meses escondido en la casa Carlos Castro, un dirigente sindical conocido como el “Comegato”. Todo ese tiempo estuvieron sin verse y sólo algunas cartas que mandaban a través de enlaces sostenían la relación.

Él mantenía su cargo de orgánico de la Jota, pero ahora trabajaba de manera clandestina con los demás compañeros a través de enlaces. En contadas ocasiones se reunían en un club deportivo cerca de la casa. Juan Carlos se escondía en un hoyo que habían cavado en el piso y desde ahí participaba manteniendo siempre la voz baja.

El mismo Carlos Castro se encargaba de tener informada a Martita sobre su flaco, pero muchas situaciones la llevaban a dudar de sus palabras. En el liceo le aseguraron que Juan Carlos estaba detenido y fue tal su desesperación que exigió verlo.

-No lo puedes ver Marta, sabes que es peligroso. Él está bien cuidado en mi casa y por favor no insistas-, dijo Carlos enojado.

-Te voy a seguir-, lo desafió Marta con la voz entrecortada por el llanto.

-Atrévete. ¿No te da vergüenza comportarte de esta manera mientras hay compañeras que están siendo torturadas en este momento? Así no te necesitamos- terminó.

Martita sintió vergüenza de su estado, se secó las lágrimas y se despidió de Carlos, quien le volvió a advertir que no mirara el camino que tomaría.

“Pasaban los meses y yo solamente papelitos, entonces empecé a dudar de todo. A veces pensaba que me estaban mintiendo para protegerme y que Juan Carlos estaba detenido. A través de las cartitas que me mandaba Juan Carlos me llegaban algunas líneas políticas, me contaba que le estaban moviendo los papeles para salir a Alemania”.

En septiembre de 1977 Carlos visitó a Martita con novedades. Dos días después a las seis de la tarde debía estar en la casa de la hermana de Juan Carlos en La Cañada, La Reina, donde por fin se encontrarían. Las horas se hicieron infinitas, deseaba más que nada en el mundo mirarlo, escuchar su voz y abrazarlo.

Hacía frío cuando salió del liceo. Siguió todas las indicaciones y cuando cruzó la puerta de la casa de su actual cuñada se impactó al ver a Juan Carlos que siempre había sido flaco, ahora en los huesos. Sonaba un vinilo de Paco y Lucía, mientras él preparaba un enguindado para brindar por el encuentro. Le contó que en dos días viajaba a Alemania. Martita no pudo siquiera alzar la copa y él tuvo que acercarla a sus labios. Estuvieron juntos algunas horas que parecieron más bien segundos y se separaron con el acuerdo de encontrarse al día siguiente.

“Parecía un prisionero de los nazi. No pregunté cómo había llegado hasta allá. Pero después el muchacho me contó que lo habían traído desde Teniente Cruz (Pudahuel), adentro de un triciclo, de esos grandes que usaban para el reparto de pan o que usan los cartoneros. Con el triciclo entraron al pasaje donde vivía la hermana, llegaron al estacionamiento de la casa y lo sacaron medio acalambrado. Fue muy fuerte todo eso. La hermana avisó a sus padres y la mamá viajó desde Chillán para despedirse. La pobre murió creyendo que su hijo había estado detenido, yo le decía que no, pero nunca me creyó, porque no concebía esta vida clandestina”.

Se volvieron a encontrar al día siguiente para la despedida final. Iban arriba de un taxi tomados de las manos, luego de hacer algunos trámites. Se bajó la hermana de Juan Carlos que los había acompañado. Él intentaba quitarle el calibre de despedida al momento, le aseguraba que pronto se

volverían a encontrar, y aunque Martita asentía dulcemente, en el fondo daba por finalizado este gran amor.

El taxi paró en la esquina la calle Rosas, a pasos de su casa. Ella se bajó y él la miró por el espejo trasero hasta que el auto se perdió de vista. Martita tenía un nudo en la garganta que ya no podía contener y apenas entró a su casa se echó a llorar en los primeros peldaños de la escalera. “Mi hija se enamoró”, dijo su madre abrazándola. Antes de dormir pidió el teléfono a su vecino para confirmar si Juan Carlos había llegado bien.

Al día siguiente, mientras tomaba la Prueba de Aptitud Académica (prueba para ingresar al sistema universitario tradicional en ese entonces) en el Colegio Verbo Divino, a las 14:30 de la tarde escuchó el sonido de un avión. Había revisado los vuelos con destino a Europa y supo que Juan Carlos iba ahí. Cerró los ojos y se despidió mentalmente, con la esperanza de volver a estar a su lado lo más pronto posible.

“La relación con Juan Carlos fue muy intensa; además de que estábamos enamorados, había varias cosas involucradas. Después de un mes recibí una tarjeta de él y pasó nuevamente un año y siete meses más para que nos volviéramos a ver”.

Luego de su partida, Martita concentró sus fuerzas en dar con el paradero de Jorge, marido de Gladys, pero no encontraba respuesta. Rodrigo y Álvaro, cada vez con más frecuencia le preguntaban por sus padres. Ella les aseguraba que ya estarían juntos de nuevo.<sup>91</sup>

“Seguí con la búsqueda de Jorge, hablando con abogados, nos juntábamos con familiares de otros detenidos desaparecidos, etc. Algunos decían que teníamos que sacar a los hijos de Gladys del país, pero yo tenía la orden firme de que no los sacara, porque aquí estaban resguardados con sus abuelos y tíos. Además, Gladys no se podía hacer cargo de sus hijos allá, porque estaba viajando de un lugar a otro contando todo lo que pasaba en Chile. Mantuve el cuidado de los niños, tratando de que ellos no fueran partícipes de la situación que se estaba viviendo. Me preguntaban

---

<sup>91</sup> Gladys Marín interpuso la primera querrela contra Augusto Pinochet en 1998 por la desaparición de su marido Jorge Muñoz, miembro del Comité Central del Partido Comunista, cuyo paradero se desconoce hasta la actualidad.

por Gladys, yo les entregaba sus cartas y les buscaba regalos donados por los compañeros para que se sintieran más queridos”.

### **Viaje a Colombia: reencuentro con Gladys**

Se ve en el aeropuerto de Santiago muy nerviosa antes de pasar Policía Internacional en febrero de 1975. En pocas horas estaría en Colombia muy cerca de su querida amiga.

“Mi familia está avisada. Te van a abrazar cuando lleguemos al aeropuerto, tienes que fingir que los conoces de toda la vida”, dijo su compañera colombiana, a quien el Partido decidió enviar junto a Martita para aminorar las sospechas de su encuentro con Gladys.

“Aún no tomaban a Jorge. Me dijeron que tenía que hacer un encuentro con Gladys fuera del país. Fue en Colombia, donde vivía la madre de ella desde hace mucho tiempo. Yo nunca sentí temor, aunque me advirtieron de que tenía que ser precavida. Estaba muy entusiasmada. A la mujer que viajó conmigo la conocía de antes, éramos muy amigas”.

Durante una semana convivió con aquella familia. Entre paseos esperaban ansiosamente la señal que llegó por sorpresa, cuando el dueño de casa le pidió a Martita que hiciera un bolso con lo mínimo, porque al día siguiente la iría a dejar a otro lugar.

Anduvieron varios kilómetros en auto y a la entrada de un puente en Bogotá la hizo bajar del auto y le indicó que caminara hasta el final. “Tu amiga va a estar de espalda, acércate y salúdala con normalidad”, le dijo.

Se acercó a ella y sin alboroto caminaron hasta el auto de un compañero chileno que las dejó en casa de la madre de Gladys. Ahí desataron la emoción que habían contenido, compartieron una habitación y conversaron largamente. Martita anotaba todos sus relatos, porque debía volver a dar cuentas al Partido.

Recuerda con carcajadas una tarde en el cine. Veían “El bebé de Rosmarie” cuando Gladys le advirtió que se desmayaría. Martita, pensando que se trataba de una más de sus chacotas, la ignoró. Unos minutos después, su amiga figuraba desvanecida y uno de sus zuecos se había arrastrado por debajo de las butacas. No podía pedir ayuda, por temor a que la identificaran, así que la arrastró hasta el baño. En vista de que no reaccionaba con el agua en la cara y la colonia Monix que le ponía en las narices, la sentó en el escusado y le pegó varias cachetadas que la hicieron despertar.

Un año más tarde Gladys le escribiría una carta que comienza así: “Este era un cuento que se trata de dos tontas y lesas que van a ver una película. A la más bonita de las dos tontas le dio un desmayo. La otra tonta, que no era tan tonta, aprovechó para agarrarla a cachetadas. ¿Te gustó el cuento?”.

Luego de un mes juntas Martita volvió a Chile. Tuvo una escala en Cali, donde resumió en una plana la información más importante que debía entregar al Partido y botó el resto de los apuntes. Al llegar a Santiago se encerró en un baño del aeropuerto y memorizó una y otra vez en voz baja. Ya segura de que nada se le olvidaría, rompió la hoja en pedazos minúsculos que se fueron al tirar la cadena del escusado.

Salió, esta vez separada de la amiga con la cual había viajado, y subió al auto de un compañero que la esperaba.

“Me dijeron que si me agarraban en el aeropuerto me tenía que aguantar las torturas, me dijeron que mintiera para que les diera tiempo para buscarme. Me aseguraron que en dos días ellos me encontrarían, porque iban a ir a buscarme al aeropuerto y ahí iban a saber al tiro si me tomaban presa o no. Entonces no era muy estimulante saber lo que podía pasar. Por eso yo fui muy disciplinada”.

A los pocos días recibió en su casa la visita de Jorge, el marido de Gladys, a quien debía dar detalles del encuentro. Todo iba bien hasta que olvidó un número telefónico.

-Eso no sirve, te vas a tener que acordar-, dijo él tajantemente. Le entregó una hoja a Martita y le dijo que escribiera combinaciones hasta que lo recordara. Pasó horas en eso sin poder dar con el

número. Se sentía muy presionada y había perdido toda esperanza, hasta que por fin lo identificó entre los cientos de número escritos con lápiz pasta.

### **Mal paso: Regimiento Buin**

Como todas las mañanas Martita llegó al liceo, pero no pudo hacer clases, porque la venían a buscar para interrogarla en el Regimiento Buin. Era octubre de 1976, el año en que la CNI se esmeraba por descabezar el Partido Comunista.

Convencida de que el interrogatorio era por motivos políticos, suplicó al inspector que la dejara saltar al otro lado de la pandereta, donde estaba la casa del portero. –No le va a pasar nada, tiene que acompañarlos-, dijo sin un gramo de compasión.

Antes de partir intercambió su parka, que por dentro tenía el signo del PC, con una colega. Aterrada subió a la camioneta y apenas llegaron debió identificarse en la portería del regimiento. Entregó su carné y, por fortuna, el muchacho que le hizo el control de identidad había sido su alumno años antes. –Sáquese esa medallita profe, yo se la guardo-, le dijo apuntando la cadena que colgaba de su cuello. En la parte trasera decía “presos de Puchuncaví”. –Por favor avisa al colegio que estoy aquí- le pidió Martita y siguió rumbo al interrogatorio en el segundo piso.

“Llegué al Buin no por cosas políticas, sino porque dos muchachas entran en relaciones sentimentales con el director del colegio y una tercera persona que se dio cuenta de esto (señora Inés, portera del otro colegio) las denunció. Citaron a las muchachas y ellas negaron que tenían que ver con este tipo de cosas y ahí me pusieron a mí como testigo favorable, pero no me lo advirtieron. Entonces, cuando me fueron a buscar no me dijeron por qué e inmediatamente asumí que tenía que ver con cosas políticas”.

Un hombre vestido de civil la interrogó. Al principio se restringió a preguntarle sobre la acusación a sus colegas, pero pasadas algunas horas la calmada conversación había tomado otro tenor.



-Admita que es del MIR, tengo una lista donde sale su nombre-, decía el hombre algo inquieto. Martita, segura de que su carné de militancia estaba cocido dentro del relleno de un sostén y de que su ficha había sido quemada, le respondió que no era de ningún partido.

-Pero admita que es socialista-, continuaba el hombre.

Estuvieron largo rato en un diálogo de sordos, hasta que el hombre, cansado de sus negativas, le ordenó que se retirara al colegio donde debía hacer clases por la tarde.

La directora la esperaba en portería. La retó y la abrazó. “Ahora te vas derecho a darle gracias a la Virgen, mira de la que te salvaste”, dijo la mujer que la llevó a empujones hasta el altar. Martita se arrodillo y respiró tranquilamente algunos minutos.

“Ella era media reaccionaria, pero inmediatamente tomó medidas de seguridad. Hizo abrir la puerta de la portería del colegio que estaba lateral a la sala donde yo estaba haciendo clases y me dijo que si ella me mandaba tiza, tenía que salir arrancado. Eso sí que es un buen gesto, viniendo de una persona de otra tendencia política”.

Martita mandó a avisar al Partido sobre lo sucedido. Convencidos de que la irían a buscar en la noche, le dijeron que durmiera con ropa y con su carné a mano. Estaba convencida de que había salido airosa del mal rato y se acostó tranquilamente.

Al día siguiente llegó quince minutos antes de las clases como de costumbre. A un costado de la puerta de entrada del liceo, estaba el hombre que la había interrogado, mirándola fijamente. Caminó hacia él, quien frente a los alumnos que jugaban en la cancha la tomó del moño y la arrastró hasta la oficina del director. El inspector tocó la campana antes de tiempo y obligaron a todos los niños a entrar a sus respectivas salas de clases. Sentó bruscamente a Martita y él, al otro lado del escritorio, comenzó con las preguntas.

-Usted me mintió, me dijo que no era de ningún partido y resulta que la pillé. ¡Es comunista!-, gritó el hombre, que movía las manos con alboroto de un lado a otro. Martita lo negó. Él le dio un par de cachetadas que dejaron sus mejillas marcadas.

-Usted fue a Alemania con el Partido-, aseguró el hombre que cada minuto agregaba más acusaciones. Martita sólo se defendía asegurando que nada tenía que ver con política. Él revisaba un alto de actas de los consejos de profesores.

-Aquí dice que usted en una reunión dijo que había que apoyar la reforma educacional en la ENU (Escuela Nacional Unificada). ¿Por qué lo hizo?-, preguntó.

-Bueno, porque yo consideraba que debía ser así, una educación para todos y gratuita-, contestó tímidamente.

-En esa ocasión votó a su favor el señor Manzano-, agregó.

-No, fue el compañero Pardo-.

-¿Compañero? ¡Tráiganme a ese tal Pardo!-, ordenó el uniformado al director que estaba afuera de la oficina.

“Yo me excusaba de que no era compañero, sino que colega. Pero me decía que yo dije compañero y que por algo era. El Manzano estaba muy asustado, le hacían preguntas para ver si lo hacían caer. Dieron las 11 de la mañana y anotaba todo lo que yo decía. Me pasó todo lo que escribió en la máquina de escribir para que firmara y estaba lleno de faltas de ortografía. El tipo tenía bigote falso. Cuando me interrogaba se ponía el bigote y se sacaba un diente, que debe haber sido una prótesis”.

-Puede retirarse, directo a clases-, dijo el hombre. Martita se levantó de la silla y caminó hasta la sala. Los alumnos se quedaron en silencio al verla entrar con el pelo desordenado y la pintura corrida. -¿La ayudo en algo profe?-, preguntó uno de los muchachos. Ella apoyó su cabeza sobre la mesa y se quedó quieta algunos minutos.

Volvió a su casa asustada, aunque pensando nuevamente que el episodio había terminado. Al otro día la esperaba el mismo hombre que esta vez no la arrastró del pelo, sino que le indicó con el dedo índice la oficina.

-No se puso la mano en el pecho tal día mientras cantaba el himno nacional- , decía.

-No estoy acostumbrada, señor-, contestaba Marta.

-No me diga señor, dígame oficial-.

Así pasaron varias horas de interrogatorio que se extendieron todos los días implacablemente durante un mes. Martita ya casi no comía y tampoco podía dormir. Le prohibieron el contacto con todos sus compañeros de la Jota y el Partido y además suspendieron todos sus vínculos. Estaba *quemada* y no podían exponerse.

“Para mí fue una tortura; un mes entero todos los días. Me vieron tan mal este par de niñas a las que yo había defendido y fueron a conversar conmigo un día después de un interrogatorio y me dijeron que lo iban a solucionar. Margarita era rubia, de ojos verdes, con harto busto, muy bonita y coqueta y me dijo que iban a hacer algo. La otra era Gloria, del Movimiento de Acción Popular Unitaria (Mapu), bonita también. Fueron al regimiento y pidieron hablar con un capitán de apellido Jeréz. Ese capitán había *pinchado* con Margarita; entonces ella usó eso para pedirle que me ayudara. Le contó lo que sucedía y él inmediatamente llamó al tipo y le prohibió volver al colegio y seguirme, porque ya había terminado su informe y desde el primer interrogatorio no tenía que haber vuelto a molestarme”.

Un mes más tarde, a fines de noviembre, llegó una carta a la dirección del liceo. Martita estaba sobreseída, pero no se habría enterado de no ser por uno de sus colegas que dio con la noticia luego de trajinar los cajones del director.

“A esas alturas Jorge, que era mi enlace con el Partido, estaba desaparecido; entonces me pusieron un enlace. Ese período fue muy difícil para mí porque estaba separada de mi compañero y, además, porque todos los días, por Radio Moscú (que transmitía por onda corta desde la URSS), o por los contactos que te llegaban, tu sabías de desapariciones, de detenciones, sabías que los recursos de amparo no tenían acogida y la gente acudía a la Vicaría de la Solidaridad con una leve esperanza, lo que ayudó en algo”.

### **Regreso clandestino de Gladys Marín**

“Una amiga tuya muy querida va a llegar por allá”, decía un diminuto papel que una compañera, a quien jamás había visto, le entregó en el colegio antes de entrar a clases. Martita tenía una

nueva tarea: conseguir un lugar seguro para una reunión clandestina con un miembro importante, que intuía, era Gladys.

Era 1978 y sus redes estaban quemadas. No sabía a quién acudir, cuando una tarde después de clases los profesores fueron citados por el delegado militar a una celebración. -Brindemos por la patria y por la paz que hay en este momento-, dijo el uniformado. Todos levantaron sus copas y Martita no fue la excepción. Sí, uno de sus colegas permaneció inmóvil incluso cuando el delegado se acercó desafiante a golpear su copa.

“Eso me gustó de él; fue un gesto muy valiente, así que decidí pedirle que me prestara su casa, porque mi red cercana estaba vetada. Yo sabía que era del Mapu y que se alojaba a dos cuadras del negocio de su madre. Le dije que me tenía que encontrar con una persona; él tenía claro que era un asunto de izquierda y le dije que obviamente esto implicaba riesgos”.

El colega aceptó. Cuando Marta llegó a su casa en la calle Sierrabella, cerca de la Plaza Bogotá, encontró una mesa bien puesta, con pan fresco y un termo con café. Tocaron la puerta. Ella se lanzó con emoción a abrazar a Gladys. -Sabía que eras tú-, dijo cuando sintió un pellizco en el brazo. El dueño de casa se retiró y hablaron durante más de dos horas sobre la situación del Partido y las tareas que tenían por delante.

“Yo le advertí que se veía igual, aunque ella me decía que nadie la reconocía. Estaba igual, aunque como una vieja de mierda, porque la pusieron fea, con anteojos gruesos, relleno en las mejillas, una peluca muy mal hecha. Cuando ella llegó me cambió la vida, porque por fin tenía una tarea que hacer y me sentía útil. Yo sabía que Gladys tenía mucha fuerza y confiaba en que las cosas iban a marchar mejor. La idea era reorganizar el Partido”.

A partir de esa reunión, Martita pasó a llamarse Julia Frey. Todos los viernes se juntaba con Gladys en distintos puntos de la ciudad para organizar la semana. Debía revincular compañeros a los que, luego del golpe, les habían perdido la pista. Tenía largas listas de personas que debía seguir secretamente: saber por qué habían dejado la militancia, dónde vivían, en qué trabajaban y así un sin fin de información que le permitiera cumplir su misión final, reclutar militantes.

“Era un trabajo muy fino. A la mayoría de la gente nuestra la habían echado de los trabajos, se habían cambiado de casa, etc. La primera visita siempre era casual, como en medio de un supermercado o lo que fuera. Estudiabas a la persona; a qué hora sale, a qué hora llega, dónde compra, y ahí se producía el encuentro. Con ese tipo de trabajo pudimos recuperar gente que tomara confianza con el trabajo que realizábamos y fuimos ampliando nuestra red. Uno tenía que buscar un lugar, en lo posible departamentos, para juntarse con la gente que captabas, porque no podíamos usar nuestras casas por motivos de seguridad”.

Las reuniones de los viernes se hicieron insuficientes, en vista a lo cual decidieron alargarlas a los fines de semana. Viajaban a Talagante, cerca de Santiago, donde se encerraban en una pequeña casita pueblerina a trabajar sin descanso, junto a otro compañero encargado de su protección.

“Era la casa de una señora viuda, la esposa de César Búnster<sup>92</sup>. Nosotros alojábamos fuera al costado del patio trasero, en una casita independiente con cocina y todo. Recuerdo que a la entrada había una campanita, entonces nuestra señal tenía que ver con una cierta cantidad de veces que tocábamos. Cuando ella estaba con visitas nos avisaba que teníamos que entrar escondidas y en esas ocasiones no podíamos hacer ruido ni prender luces.”

Tomaban apuntes de los reportes que emitía Radio Moscú. Se recuerda casi abrazada a la pequeña Sony que chirriaba para luego redactar los boletines informativos que, en el transcurso de la semana, debían repartir entre los militantes.

“Como me iba a Alemania luego, ella me dijo que tenía que hacer dieta. Ahí empecé a usar sacarina que hallaba pésima y a comer galletas con queso. La casita tenía dos piezas, una donde dormíamos nosotras y otra donde se quedaba el compañero que iba con nosotras, que era profesor de educación física. En el dormitorio nuestro había dos sillas; él nos hizo una rutina para matar el

---

<sup>92</sup> César Búnster Aristía es militante del Partido Comunista desde 1976. Integró las filas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y desde ahí participó en la logística del Atentado a Pinochet. Arrendó con su verdadera identidad la “casa de la Obra”, lugar que sirvió como cuartel de operaciones para los fusileros que atentaron contra Pinochet en 1986. En 2004 la Corte de Apelaciones de San Miguel confirmó su sobreseimiento definitivo por prescripción del delito.

tiempo cuando no podíamos salir de la casucha porque había gente en la casa de la señora. Bajé cinco kilos entre septiembre y diciembre”, recuerda Martita entre risas.

## **Alemania**

El 31 de diciembre de 1978 tomó un avión rumbo a Alemania. Estaba feliz y ansiosa por el reencuentro con su flaco, pero también sentía pena por haber dejado a su familia y a su querida amiga Gladys.

El día anterior había sido intenso por las despedidas que enfrentó. Primero en el liceo, en pleno consejo de profesores le mandó un papelito a sus compañeros más cercanos deseándoles feliz año y salió camuflada de la extensa reunión hacia el terminal.

Tomó un bus con destino a Talagante. Se encontraría con Gladys, que pasaría el Año Nuevo junto un camarada viejo del Partido. Compartieron un pastel de choclo, cola de mono y pan de pascua que una compañera sin pierna, pero con muy buena mano para la cocina, les había regalado.

Al cabo de unas horas se despidieron. Gladys acompañó a Martita hasta el portón de la entrada, desde donde percibió el atropello que sufrió su amiga mientras paraba la liebre (pequeño autobús, más chica que una micro) que la llevaría a Santiago.

“Recuerdo la cara de Gladys impactada tras la reja, pero no podía salir. La mujer que iba manejando la Citroneta me gritaba como loca, era canosa y me decía que le quería fregar las fiestas, que era una desgraciada y cosas así. Más allá estaba la liebre esperándome y subí agitada. El único asiento desocupado era al lado de un hombre con cabeza gacha, medio curado. -Ud. señora tiene más vidas que un gato-, me dijo. Y parece que ha sido así, porque he pasado varias de las que me he librado”.

Esa noche Martita comió con su familia y de madrugada pasó un auto de la ACNUR<sup>93</sup> para llevarla al aeropuerto. -No te veo nunca más-, le dijo su madre entre sollozos. Le tocó viajar junto a Mónica Araya<sup>94</sup>, ambas con un cartel en el pecho que decía “refugiadas políticas”.

“Lo que dijo mi madre se cumplió: no nos vimos nunca más. Ella murió antes del año de que nos separáramos, le vino una afección al páncreas y antes de que la operaran se reventó y se despachó. Para mí eso fue terrible. Desde que me fui hasta su muerte Gladys le mandaba un sobre con algo de plata, pero ella nunca supo de quién provenía esa ayuda”.

El aterrizaje en Berlín no fue como Martita esperaba. No estaba Juan Carlos con un ramo de flores esperándola, sino un montón de militares picando el hielo que había dejado la feroz tormenta de nieve. Bruscamente uno de ellos la tomó del brazo y la llevó a una oficina donde quedó encerrada junto a Mónica. Les exigían algo, pero no lograban entender el idioma.

“Mientras esperábamos a que ellos resolvieran el asunto, veo por el ventanal a Jorge Insulsa, que estaba ahí a cargo de los chilenos. Empecé a golpear la ventana y le gritaba para que nos ayudara. Ese día en la República Democrática Alemana (RDA) estaba todo paralizado. Por los parlantes decían que la gente no podía salir de sus casas, porque el suelo se había congelado y era peligroso pisar. Nos llevaron a la casa de un compañero, pero yo no daba de frío. Prendía la radio o la tv y no entendía nada, no me podía comunicar y mi cabeza aún estaba en Chile, en mi familia y no podía hablar con ellos; fue difícil la llegada”.

---

<sup>93</sup> ACNUR es el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Su objetivo principal es “salvaguardar los derechos y el bienestar de los refugiados, garantizar que todos puedan ejercer el derecho a solicitar asilo en otro Estado y a disfrutar de él, identificar soluciones duraderas para los refugiados, tales como la repatriación voluntaria en condiciones dignas y seguras, la integración en la sociedad de acogida o el reasentamiento en un tercer país”, según definen en su página web oficial (<http://www.acnur.org/>).

<sup>94</sup> Mónica Araya es hija de Bernardo Araya Zuleta y María Olga Flores Barraza, ambos detenidos desaparecidos. Fue una de los profesores secuestrados en marzo de 1985 por Carabineros en la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH), cuando degollaron a Santiago Nattino, José Manuel Parada y Manuel Guerrero. Su hijo, Juan Waldemar Henríquez Araya, miembro del FPMR, fue asesinado por efectivos de la CNI en el marco de la Operación Albania.

Dos días después llegó Juan Carlos a buscarla. Estaba feliz de volver a verlo y partieron juntos a Jena, la ciudad donde él vivía.

Al poco tiempo Martita se desempeñaba como profesora de español en un colegio, tomaba clases de alemán y apenas logró dominar el idioma, entró a estudiar Educación Política a la Universidad de Berlín.

“Allá me sentía como en una taza de leche. Me impresionaban los niños, felices, llenos de helado y dulces, con los papás, mientras que en Chile, en Ahumada (una de las calles más céntricas de la capital) se te acercaban los niños a pedirte comida y veías a algunos hasta hurgueteando la basura. En el colegio se veía mucho la diferencia también. En Chile los alumnos vivían con miedo”.

El trabajo político no se quedó atrás. Codo a codo con Juan Carlos trabajaron organizando reuniones junto a otros compañeros exiliados, donde analizaban la situación de Chile e ideaban estrategias para cooperar con el financiamiento del Partido.

“Teníamos una especie de salón de eventos, que le decían el club de los chilenos, donde nos reuníamos y nos informaban lo que ocurría en el exterior y en el interior. La ayuda financiera que venía desde los exiliados, era crucial para financiar los trabajos allá, a la gente que era funcionaria o ciertas operaciones, entonces hacíamos artesanía y la vendíamos para juntar fondos”.

En agosto de 1989 recibió un telegrama que le informaba sobre la muerte de su madre, pero no la dejaron viajar por motivos de seguridad. En julio de ese mismo año le dieron un mes de vacaciones, las que pasó en Chile. Inmediatamente retomó el contacto con Gladys y visitó a sus hijos. Ellos aún suponían que su madre estaba en Europa.

“Les decía a los niños de Gladys que había visto a su mamá en Europa y les pasaba regalitos y les decía que ella se los mandaba. Activé mi trabajo político al momento pero con mucho más cuidado, porque estaba el registro de que había salido del país”.



Marta regresó a Alemania y retomó su rutina habitual, hasta que en 1981 el Partido la envió a Moscú a reunirse nuevamente con Gladys por motivos políticos.

### **Regreso a Chile: codo a codo con Gladys Marín**

A comienzos de 1982 el Partido informó a Martita que requerían su regreso inmediato a Chile para trabajar junto a Gladys Marín. En marzo, justo antes de volver, se casó con Juan Carlos y justificó su regreso ante los alemanes con el grave estado de salud de su padre. Chile le pareció un país muy distinto al que había dejado.

“Cuando llegué al país me llamó la atención que la gente estaba con ganas de hacer cosas. Una de las cosas que más golpeaba era la economía, había muchos cesantes y las mujeres trabajaban en cosas que antes no se veían, como limpiando en el metro, barriendo las calles, de jardinero, etc.”.

Martita se fue a vivir con Gladys, a quien le habían arreglado los documentos y figuraba como su hermana Helena. La directora de la Escuela Matte, antes de su partida a Alemania, le había dejado abierta las puertas del establecimiento. A los pocos días trabajaba ayudándola a elaborar el Silabario Matte, conocido como “El Ojo” y además, le encargaron la elaboración de un texto escolar para cuartos medios.

Tan rápido como consiguió trabajo lo perdió. La Sociedad de Instrucción Primaria pidió su retiro inmediato, luego de investigarla y comprobar que su viaje a la RDA se trataba de motivos políticos.

“La señora Luz Matte ante esto pidió mi salida. La directora fue muy digna y me ofreció pagarme de su sueldo lo que me debía, pero yo no acepté. Le negué todo cara de palo por supuesto y me fui”.

Martita, con ayuda de un grupo de ex alumnas, hizo cursos de lectura grupal para niños atrasados en la materia. A pesar de que el Partido le asignaba un sueldo por su calidad de funcionaria, no le era suficiente y además el trabajo le servía como pantalla.

Paralelamente trabajaba junto a otros militantes en la población José María Caro, La Victoria y La Bandera. Estimulaban la organización ciudadana, organizaban huelgas de hambre, pequeños *meeting* y marchas exigiendo dar con el paradero de los detenidos desaparecidos, al mismo tiempo que la Vicaría desplegaba programas de salud y comedores infantiles.

Las formas de comunicación entre los militantes y pobladores eran siempre dentro de los márgenes de la clandestinidad. Martita se recuerda en varias ocasiones botando al basurero algún papel con mensajes en clave que luego otro, previamente alertado, recogería. Asimismo, observaba los productos tras la vitrina mientras le entregaba información, casi sin mover los labios, a un compañero que hacía lo mismo a su lado.

“Durante ese tiempo hice un curso de cosmética para tener una manera de acreditar tareas. Di mi examen ante el Servicio Nacional de Salud y me dieron el carné de cosmetóloga. También hice uno de reflexología, que fue muy útil, porque en este contexto vivíamos tensos. En mi bolso ponía los cosméticos o los aceites para masajes y con eso me aparecía en las reuniones. Por si alguien llegaba, yo tenía la excusa de estar atendiendo. Muchas veces allanaron casas con compañeros en reunión y para esas ocasiones debías justificar qué estabas haciendo ahí. No se podía hacer nada al lote”.

En cada población había un compañero a cargo de su seguridad. Caminaba detrás de él y entraba a alguna de las casas donde estaban reunidos los vecinos. Para justificar la aglutinación de gente, montaban eventos falsos, como bautizos o aniversarios de matrimonio. Luego, debía dar cuenta de todo a Gladys, quien generalmente la pasaba a buscar en auto por la tarde en algún punto previamente acordado.

“Siempre había que tener una pantalla para reunirnos. Una vez una pareja mandó invitaciones que decían ‘celebrando mis diez años de matrimonio’, y con ese pretexto nos juntamos como treinta personas. Era la familia de Lenin Díaz<sup>95</sup>, un compañero desaparecido hasta hoy. Era una casa chiquitita, hasta en la escalera había gente sentada. Uno les daba un saludo y les advertía sobre

---

<sup>95</sup> Lenin Adán Díaz Silva, miembro de la Comisión Técnica del Partido Comunista de Chile, fue detenido por agentes de la DINA 9 de mayo de 1976 en el inmueble ubicado calle Gaspar de Orense 993, Quinta Normal. Fue trasladado al cuartel de Villa Grimaldi, donde desapareció.

las medidas de seguridad, como que siempre usaran teléfono público para trabajos políticos, etc. El pobre es muy cariñoso, siempre hay marraqueta, tripa de paté, mantequilla...dan hasta lo que no tienen”.

Frecuentemente Gladys y Martita, las hermanas a ojos del vecindario, debían cambiarse de casa para evitar problemas de seguridad. Marta recuerda uno de los episodios más tensos que pasó, en una casa ubicada en Gerónimo de Alderete, muy cerca de la Villa El Dorado. Un compañero, encargado de buscar viviendas que cumplieran con los parámetros de seguridad requeridos, las había derivado a la casa equivocada. Ambas estaban fascinadas, habían pasado la tarde comiendo las dulces uvas del parrón, cuando en la noche tocaron el timbre. Martita levantó levemente la cortina y divisó a un oficial de Carabineros tras la reja. –Anda a acostarte y hazte la dormida-, le indicó a Gladys, quien corrió enseguida a la cama.

“Patudamente, como lo hacía siempre, porque después me venía el nervio, le dije que pasara. Lo senté en el sillón que teníamos y él me dijo que quería conocer a la hermana con la cual vivía. Me dijo que quería venir con su esposa a tomarse un traguito en esos días. Le dije que encantada, pero que esta semana no podía ser. Conversamos un rato y quedamos en estar en contacto. La conversación fue muy fluida ‘a mi hermana le va a encantar que nos juntemos, un gusto conocerlo’ y cosas del estilo. Cuando se fue, Gladys estaba enfurecida porque estábamos en la casa de un *paco*. Quedamos en que nos teníamos que cambiar de inmediato”.

Martita había puesto a un compañero del Partido como su marido para arrendar aquella casa. Lo contactó, le advirtió lo sucedido y le pidió que al otro día fuera a ayudarlas con la mudanza. Otro camarada del Partido, quien trabajaba como gendarme, puso a disposición una de las camionetas donde trasladan a los presos. La casa ya estaba desmontada y estaban a punto de partir cuando llegó una patrulla de Carabineros pidiendo el salvoconducto.

-No lo tengo, pero me voy igual, porque pillé al sinvergüenza de mi marido encamado con otra. ¿Usted no haría lo mismo si le pasara algo así?-, le preguntó Martita al uniformado de manera alborotada.

Estaban en plena discusión, cuando divisó a lo lejos la citroneta amarilla de su falso marido, que nada sabía sobre el montaje de la infidelidad. –Él es, ése es el desgraciado que me engañó y por eso me voy- dijo apuntándolo para que se diera por enterado. El teniente se acercó a él, lo hizo subir a la patrulla y se lo llevó. Aprovecharon ese instante para partir. A los pocos minutos estaban ordenando su nueva casa en Fuente Ovejuna, en Las Condes, uno de los sectores del barrio alto de Santiago.

“A mi falso marido no lo vi más, pero supe que lo habían soltado y que el cuento no pasó a mayores. Lo vi hace seis años atrás, cuando fui al funeral de la esposa de un compañero que trabaja en mi ONG Memoria Popular, y estoy ahí cuando lo vi. Nos dimos un gran abrazo, yo le gritaba ‘mi marido’ y tenía a mi flaco al lado. Nos reíamos mucho”.

En esos menesteres transcurrió 1982. Martita regresó a vivir a Alemania en marzo del 83, como había acordado con su flaco a quien no veía hace un año.

### **Regreso definitivo a Chile**

Martita estaba disfrutando de las clases de baile en la academia del profesor Valero. Se movía al ritmo del *Rock&Roll* y en una rotación de pareja le tocó bailar con Gladys.

-Amiga, no vas a poder seguir trabajando con nosotros por un par de meses. Es lo mejor que podemos hacer-, dijo con tono amable. Martita había regresado a Chile con su flaco el 4 de agosto de 1984. Entró al país una semana antes que él, porque temía quedarse sola en Alemania si las cosas no salían bien. Vivieron un tiempo en la casa de una de sus hermanas y retomaron sus tareas políticas. Había vuelto a trabajar en poblaciones, era orgánica del Partido y encargada de la seguridad de Gladys nuevamente.

“Estuvimos un mes con mi hermana en su casa y después nos fuimos a vivir con unos niños que quedaron huérfanos, porque la madre había muerto de cáncer y el papá murió en el incendio que hubo en la Torre Santa María. Cuando el tío se hizo cargo de sus sobrinos huérfanos, nos fuimos de La Cañada y arrendamos un departamento en García Reyes con Catedral”.

Todo marchaba tranquilamente en la vida de Marta, excepto por su padre, quien, además de estar complicado de salud, le decía muy seguido y con preocupación que sabía sobre su ligazón con el Partido Comunista. “Esos comunistas te están utilizando”, alegaba desde su cama.

“Cuando Gladys me dice que no iba a poder seguir trabajando con ella porque mi papá podía comentar algo, me quería morir. Yo le había contado eso de mi papá a Juan Carlos y me enteré que él había hablado con el Partido, porque estimó que era peligroso. Recuerdo que después de las clases de baile llegué furiosa a retarlo a la casa, pero no saqué nada. Igual estuve como un mes suspendida y después de a poco me reincorporé con el mismo tipo de actividades”.

En 1985 entró a trabajar al Liceo Alexander Fleming, de Las Condes. Era profesora de castellano de los cuartos medios y asumió la jefatura de uno de los cursos. Frecuentemente visitaba a los hijos de Gladys, que estaban convencidos de que su madre seguía en el exilio. Estaba más pendiente de ellos, porque le habían informado que frente a la casa de sus abuelos, donde vivían, se había instalado un taller mecánico que era pantalla de la CNI.

“Se instala un taller diagonal a la casa de los *tatas*, que daba justo a la calle Jorge Washington, en la comuna de Ñuñoa. Yo seguía frecuentándolos y en 1986, Rodrigo, el mayor, me exigió ver a su madre y me dijo que sino nunca más querían saber de ella, que iban a dar vuelta la página. Yo le conté a Gladys y quedamos en organizar un encuentro en Bariloche, Argentina”.

Martita compró pasajes hasta Buenos Aires para Rodrigo y Álvaro y desde ahí viajaron hasta Bariloche. Ella y su amiga se fueron por tierra. Recuerda el paso fronterizo al atardecer, luego de haber pasado el día en Petrohué.

-Necesito que bajen todos del auto-, dijo el hombre que estaba en la cabina de control. –Mi hermana está dormida. ¿Es necesario que la despierte? Está tan cansada la pobre-, dijo Martita con tono lastimero.

El hombre se asomó hasta el auto y miró de reojo. –Siga nomás-, indicó.

“Media cuadra más allá nos reíamos por haber logrado pasar. Al día siguiente nos juntamos con los niños. Habíamos arrendado una cabañita lejos de la ciudad. Fuimos al aeropuerto a esperarlos y era muy emocionante, porque no se veían desde el año 73. Ella pidió que la dejáramos sola. Sé que se emocionó mucho. Hicimos varios paseos, lo pasamos bien. Me acuerdo de que un día comimos pizza a la piedra y a Gladys le dio cólico. No sabíamos qué hacer, porque no la podíamos llevar al doctor. Menos mal que se le pasó. Sus hijos volvieron un día antes y los convencimos de que su mamá partía desde ahí a Moscú. Dos veces se juntaron: el otro encuentro quedó amarrado para el año que seguía”.

Martita se volvió a encontrar con los muchachos en Santiago. Estaban felices de haber visto a su madre y ya soñaban con el próximo viaje.

## **Rancagua**

Martita y Juan Carlos fueron derivados a Rancagua en 1987. Él era secretario del Partido en la región del Cachapoal y juntos debían apoyar la candidatura para diputado de Anselmo Sule y Carlos Olivares, ambos del Partido Radical.

Todos los fines de semana partían a los pueblos más recónditos de la zona para hacer campaña. Ponían una carpa, preparaban una olla común para compartir la comida con los pobladores y ponían a disposición de la gente un dentista, psiquiatra y ginecólogo, que realizaban controles gratuitos.

Martita adoptó el nombre Soledad. Lejos de su amiga Gladys sintió que no había *chapa* más pertinente que ésa. Recuerda especialmente una noche en su casa, ubicada en medio de una población de la Fuerza Aérea, cuando le vino un fuerte dolor de estómago. Había comido unas humitas avinagradas y pensaba que estaba intoxicada.

Juan Carlos estaba en una reunión esa noche y ella, en vista de que no podía ir sola a ningún centro asistencial, esperó la llamada de un compañero encargado de su seguridad. Apenas llamó le comentó que se sentía mal, pero él sólo contestó con un “qué lástima, cuídate”.

Su vecina tenía un hijo hiperquinético, a quien Martita reforzaba todas las tardes para mejorar su rendimiento escolar. Esa noche ella notó que su luz estaba encendida y al escuchar las repetidas descargas del escusado tocó su puerta para ver si estaba bien. Al verla deshidratada y a punto de desmayarse llamó a la guardia (había toque de queda) y les encargó que la llevaran a la clínica. - Lleva tu carné-, le ordenó. Martita se montó en la camioneta militar cargada de fusiles y fue atendida.

“Yo dije que se me había quedado el carné, porque la señora me conocía como Soledad y mi documento decía otra cosa. Pero por suerte me atendieron, me inyectaron y ya cuando estuve mejor me llevaron de vuelta. Cuando Juan Carlos supo casi mata al compañero que tenía que preocuparse de mí esa noche. De todas maneras, nunca debíamos estar en una casa en medio de una población militar, pero fue un problema de gestión de los compañeros que ubicaban las viviendas para nosotros”.

Estaba terminando 1988, cuando estaban en un acto en la plaza del tradicional pueblo San Fernando. Martita tomaba un descanso en las gradas de la Iglesia y divisó a su amiga. “No puede ser ella”, pensó. Pero a los pocos segundos, Gladys le estaba diciendo al oído que buscara a Juan Carlos, que había recibido una lista de compañeros a los que iban detener y entre esos estaba él.

Se fueron inmediatamente. No tuvieron tiempo de buscar las cosas de su casa, que esa misma noche allanaron. Durmieron en un hotel y al otro día empezó la reinversión. A través de un compañero, dirigente de los mineros de El Teniente, arrendaron una casa en la carretera a la salida de Rancagua y ahí estuvieron viviendo varios meses.

## **Legalidad**

Todos los días, a las cinco de la mañana, salía a la carrera para hacer parar el bus que la llevaba a Santiago. Había encontrado trabajo como agente de viajes en una empresa ubicada en la calle General Holley, en Providencia, en uno de los sectores capitalinos más prósperos. Para ese entonces, habían dejado de recibir el sueldo de funcionarios que les daba el Partido y empezaban

a buscar la manera, nada fácil, de autosustentarse luego de haber vivido años en los márgenes de la clandestinidad.

“Esto fue el 89 y ahí ya había poco dinero de afuera; entonces uno tenía que buscar la manera de mantenerse. En el trabajo usaba mi nombre real, como siempre lo había hecho y seguía trabajando con Gladys y para todo lo que tuviera que ver con el Partido usaba mi *chapa*. Volvía durmiendo a la casa y el auxiliar del bus siempre me tenía que despertar, porque era mucho el cansancio. Para no seguir con estos viajes diarios, me fui a vivir a Santiago con ella en una casa en Vicente Pérez Rosales y me iba los viernes en la noche a pasar el fin de semana con Juan Carlos, que seguía medio fondeado”.

El sábado 13 de enero de 1990, en el marco del aniversario del Partido Comunista, Gladys Marín sale al escenario dejando atrás su clandestinidad. Comenzaba la transición hacia una democracia incierta. “¡Cuánto nos ha costado llegar a este día! Y aquí estamos, los que hemos tenido fe, los que jamás perdimos la confianza, los que hemos combatido. Aquí estamos, en este acto que es de conquista, de avance, que muestra claramente que una época ha terminado.”, decía al estadio repleto de gente.

“Nosotros en el estadio estábamos ubicados en una parte como seguridad de Gladys. Estábamos nerviosos, porque nos daba miedo que nos hicieran algo. Ese fue el hito que marcó el fin de nuestra clandestinidad, pero no se puede hacer un borrón y cuenta nueva y salir a la calle como si nada. Hasta el día de hoy uno toma precauciones. Yo no pongo en una agenda el correo o el nombre de nadie, tampoco uso Facebook ni esas cosas. Recuerdo un compañero de apellido Arriagada, que detuvieron en Plaza Italia. Él iba con su agenda con nombres y sin abrir la boca entregó a muchos compañeros. Me quedaron muchos rollos de ese tiempo”.

Martita trabajó arduamente en la campaña de Aylwin<sup>96</sup>. Recuerda con emoción el día de su triunfo, cuando toda la gente se abrazaba en la Plaza Italia. Con la distancia del tiempo mira atrás y dice que el lema “La alegría ya viene” nunca se hizo realidad.

---

<sup>96</sup> Patricio Aylwin fue el primer Presidente elegido democráticamente en Chile luego del golpe de Estado. Su mandato se extendió entre 1990 y 1994.



“Uno se abrazaba hasta con los *pacos*. Fue un momento muy especial en nuestras vidas, fue como una vuelta a la normalidad. Pero pienso que fue poco lo que avanzamos con él; siguieron las persecuciones incluso y eso fue muy decepcionante”.

Actualmente, Juan Carlos dirige una ONG dedicada a la promoción de las ferias libres y mantiene su cargo de orgánico en el Partido Comunista. Martita es militante del comunal de Ñuñoa y encargada de finanzas y además trabaja en la ONG Memoria Popular, que ella misma fundó junto a otros de sus compañeros.

“Hay que reconocer lo que hizo mucha gente que alojó a compañeros en sus casas para que se pusieran a hacer las reuniones clandestinas. Esa gente que expuso a sus hijos, a su esposo, que salían en la mañana pensando que en su casa tenían la crema con la comisión política reunida. A esa gente le guardo un gran respeto. Ojalá que algún día podamos reconocerlos. La ONG quiere llegar a eso, pero además hace un trabajo por encontrar a todos los detenidos desaparecidos. Que haya justicia y castigo para los culpables. No nos pueden pedir perdón sin hechos. Uno de los objetivos que me he propuesto, y ojalá logre, es trabajar hasta donde me den mis fuerzas por llegar a la verdad de lo sucedido del golpe en adelante. Lo otro que quiero hacer es dar a conocer quién fue Gladys Marín, no solo en su faceta política, sino que destacar su rol de madre y amiga también, porque era una mujer ejemplar.”

## EPÍLOGO

Partí con una visión romántica de la clandestinidad. En mi imaginario se resumía a maquillaje, disfraces, barretines, lucha armada y amores escondidos. Jamás la posibilidad de que el más pequeño error, una llamada equivocada o bajarte un parada antes de lo planificado, podía costarte la vida... Luego de escuchar los testimonios de mis entrevistados comprendí que era un camino duro y sinuoso, un camino que se asemeja a la imagen de un ciego que día a día debe cruzar una ancha y transitada calle sin su lazarillo.

La clandestinidad significó para muchos el final de sus propias vidas. No asistir al funeral de tu padre o de tu madre, dejar de frecuentar a tus amigos, perderte en el camino de tus hijos, dejar ir al amor de tu vida, eran situaciones que construían el cotidiano de la vida clandestina.

¿Por qué hubo hombres y mujeres dispuestos a vivir de esa manera? La respuesta de los cuatro entrevistados es coincidente: lo más importante era terminar con la dictadura, salvar la patria, luchar por una alternativa mejor, más justa, más humana.

En definitiva, el bien común primó por sobre el bien personal y en ese sentido no podemos sino reconocerlos como héroes y heroínas de la patria. Esta afirmación, pese a lo polémica, no es gratuita: es la conclusión a la que llegué luego de decenas de horas de entrevistas. Pero no sólo está sostenida en los testimonios, sino también en las emociones, los énfasis, los dolores, incluso en los silencios y los olvidos de los cuatro personajes que construyen este texto que representa a tantos y tantas.

¿Qué habría sido de Chile sin una contraofensiva, sin una o varias resistencias organizadas? Este cuestionamiento inspiró este trabajo y afloraron muchas respuestas, pero una de ellas es medular y es que sin la entrega y valentía de estos militantes el destino de nuestro país postdictadura habría sido aún más triste y humillante.

Al final fue un salto al vacío por un ideal, a ojos de hoy, inalcanzable. Un vacío infinito pues, ya depuestas las armas y terminada la lucha, estos combatientes que renunciaron a la vida pública y

privada se transformaron en seres del silencio y aún hoy siguen pagando los costos de su elección.

Los rastros de la clandestinidad permanecen en la vida de cada uno de los y las protagonistas, sus huellas son imborrables y en algunos casos las consecuencias han pesado más que en otros, como es el caso de la “comandante Fabiola”, quien tuvo el destino de Chile en sus manos para el atentado a Pinochet y, a casi a treinta años de ese día en el Cajón del Maipo, sigue sin rebelar su identidad, permanece en el carril de una vida solapada y aún prefiere el silencio.

¿Por qué le ha sido tan difícil retomar la vida de un/a ciudadano/a común, si sus cargos están sobreesidos? “Fabiola” apunta al Partido Comunista como principal responsable: “Somos los hijos no reconocidos, de ahí nacimos y de un momento a otro nos quitaron el piso”, dice. En segundo lugar, piensa que Chile aún está muy herido, que todavía hay miles de compatriotas que no están preparados para asumir a mujeres como ellas como protagonistas de la Historia.

Hernán Aguiló dice que recién cuando su hija Macarena elaboró el documental “El edificio de los Chilenos”, estrenado el año 2010, pudo reconciliarse con su paternidad. Su clandestinidad significó la fractura de varias relaciones y, entre ellas, el quiebre con su hija. “Uno de los aprendizajes que tomo es que la política debe hacerse más humana”, dice.

En la vida de Raquel Echiburú hay aún asuntos pendientes que se conectan con su paso por la clandestinidad. La verdad de la muerte de Roberto Nordenflycht, el padre de su hijo, es quizá la deuda más grande, pero aún no está preparada para desempolvar el pasado y advierte, al igual que “Fabiola”, un espaldarazo del Partido Comunista con el FPMR, del cual hasta hoy nadie se hace cargo.

La historia de Marta Fritz sale del patrón común de la lucha armada que comparte el resto. Sin embargo, su testimonio ayuda a conformar el real imaginario de la resistencia en tiempo de dictadura, que no solo se configuró desde las armas, sino que también incluyó el trabajo de hormiga de cientos de militantes que permanecieron con la convicción del cambio y que hasta hoy continúan luchando por la justicia.

Marta nunca más tuvo una agenda con teléfonos anotados, los temas políticos los trata presencialmente y su mejor arma hasta hoy, dice, es la discreción. “Antes del golpe uno se despedía con un chao, que estés bien o nos vemos. Pero después y hasta hoy el ‘cuídate’ se tomó las despedidas. No podía ser de otra manera, porque el miedo a que algo malo pase, a no volver a ver al otro, quedó instalado”, dice.

Mirado con distancia, algunos podrían decir que fue inútil, que no valió la pena tanta lucha, tanta sangre derramada. Pinochet murió en la impunidad, sigue la infinita lista de detenidos desaparecidos y vivimos en la dictadura solapada del neoliberalismo, en la podredumbre de la corrupción y aún ajenos a la utopía de una democracia profunda y directa. Por eso este texto, para aportar un poco más a la trama de quienes pensamos que es tiempo de volver a (re) conocernos para nunca más ser clandestinos de nuestra propia vida, que es la de todos y para quienes el futuro ya no es una promesa.

## BIBLIOGRAFÍA

### Libros:

- ÁLVAREZ, R. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Santiago: LOM, 2003
- BERSOVIC, Daniel; Zurita P., Matías. *Un paso al frente: una historia del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR)* Memoria para obtener el título de Periodista en Universidad de Chile, 2010.
- CAVALLO, A. SALAZAR, M. *La historia oculta del régimen militar : Chile 1973-1988*. Santiago de Chile : Uqbar, 2008
- HUNEEUS, C. *El régimen de Pinochet*. Editorial Sudamericana, Santiago, 2000
- HERTZ, C.; Verdugo, P. *Operación Siglo XX*. Santiago: Ediciones Chile América CESOC, 1996.
- MARÍN, G. *La vida es hoy*. Santiago: Editorial Don Bosco, 2002.
- REBOLLEDO, J. *La danza de los cuervos. El destino final de los detenidos desaparecidos*. Ceibo Ediciones, 3013.
- PEÑA, C. *Los Fusileros*. Santiago: Random House Mondadori, 2006.
- ROJAS, A. Rojas, S. *Historias Clandestinas*. LOM Ediciones, 2014.
- SALAZAR, M. *Las letras del horror Tomo I: La DINA*. Santiago: LOM Ediciones, 2011.
- SALAZAR, M. *Las letras del horror Tomo II: La CNI*. Santiago: LOM Ediciones, 2012.
- SALINAS, S. *El tres letras: Historia y contexto del movimiento de izquierda revolucionaria*. Santiago de Chile, RIL Editores, 2013,
- VENEGAS, H. *Trayectoria del Partido Comunista de Chile: De la crisis de la Unidad Popular a la política de rebelión popular de masas*. Revista UNIVERSUM N°24 Vol. 2, 2009.
- ZALAUQUETT, C. *Mujeres en armas*. Santiago de Chile: Editorial Catalonia, 2009.

## Recursos web:

- Arenas Bejas, Mauricio.  
[http://www.archivochile.com/Memorial/caidos\\_mir/A/arenas\\_bejas\\_mauricio.pdf](http://www.archivochile.com/Memorial/caidos_mir/A/arenas_bejas_mauricio.pdf)
- Archivo Vicaría: Operaciones armadas del FPMR  
[http://www.archivovicaria.cl/archivos/VS4cc58b3cd2ee4\\_25102010\\_1050am.pdf](http://www.archivovicaria.cl/archivos/VS4cc58b3cd2ee4_25102010_1050am.pdf)
- Ataque al retén Los Queñes  
[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_P/pellegrin\\_friedmann\\_raul.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_P/pellegrin_friedmann_raul.htm)
- Balance Autocrítico de mi Militancia Revolucionaria, por Hernán Aguiló.  
<http://www.puntofinal.cl/551/balance.htm>
- Caso degollados
- [http://www.archivochile.com/Derechos\\_humanos/dego/ddhh\\_dego0001.pdf](http://www.archivochile.com/Derechos_humanos/dego/ddhh_dego0001.pdf)
- Caso Vicaría, Asallto Panadería Lautaro <http://www.casosvicaria.cl/temporada-dos/la-vicaria-en-la-mira-del-regimen/>
- Declaraciones de César Búnster  
<http://www.cambio21.cl/cambio21/site/artic/20130402/pags/20130402174732.html>
- Entrevista a Hernán Aguiló por Sebastián Leiva  
[http://www.archivochile.com/Archivo\\_Mir/experiencia\\_neltume/Otras\\_experiencias/mirexpe0004.pdf](http://www.archivochile.com/Archivo_Mir/experiencia_neltume/Otras_experiencias/mirexpe0004.pdf)
- Entrevista a Hernán Aguiló por Eduardo Arancibia y Miguel Ramos
- Entrevista a César Búnster por atentado  
[http://www.archivochile.com/Chile\\_actual/08\\_p\\_ich/chact\\_piz0037.pdf](http://www.archivochile.com/Chile_actual/08_p_ich/chact_piz0037.pdf)
- Especial Emol: Atentado a Pinochet.  
<http://www.emol.com/especiales/infografias/atentadopinochet/>
- Especial Emol: Gladys Marín, a un año de su muerte.  
[http://www.emol.com/especiales/gladys\\_marin/index.htm](http://www.emol.com/especiales/gladys_marin/index.htm)
- El fotógrafo que vino a morir a Chile  
<http://www.casosvicaria.cl/temporada-dos/el-fotografo-que-vino-a-morir-a-chile/>
- El túnel de la libertad <http://www.rebellion.org/hemeroteca/chile/040329mario.htm>
- Grupo Aleph

- <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-97897.html>
- Historia de la captura de Miguel Enríquez/ Tácticas del MIR.  
<http://www.puntofinal.cl/001020/nac.html>
  - Hitos de la historia del MIR  
<http://www.lanacion.cl/hitos-de-la-historia-del-mir/noticias/2007-02-03/235913.html>
  - Ignacio Valenzuela Pohorecky  
[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_V/valenzuela\\_pohorecky\\_recar edo\\_ig.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_V/valenzuela_pohorecky_recar edo_ig.htm)
  - José Carrasco Tapia  
[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_C/jose\\_humberto\\_carrasco\\_tapia.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_C/jose_humberto_carrasco_tapia.htm)
  - La Nación: Atentado a Pinochet, El día en que el FPMR perdió la “Guerra Popular”.  
<http://www.lanacion.cl/atentado-a-pinochet-el-dia-en-que-el-fpmr-perdio-la-guerra-popular/noticias/2013-09-05/200853.html>
  - La Nación: Atentado a Pinochet, El día en que el FPMR perdió la “Guerra Popular”.  
Especial Emol: Atentado a Pinochet.  
<http://www.lanacion.cl/atentado-a-pinochet-el-dia-en-que-el-fpmr-perdio-la-guerra-popular/noticias/2013-09-05/200853.html>
  - Las cuentas pendientes de la alta jefatura del Frente por el crimen de Guzmán.  
<http://ciperchile.cl/2010/10/06/las-cuentas-pendientes-en-la-alta-jefatura-del-frente-por-el-crimen-de-guzman/>
  - Los hijos de Volodia  
<http://www.lanacion.cl/los-hijos-de-volodia/noticias/2008-02-02/224251.html>
  - Las armas de Carrizal: Yunque o Martillo.  
<http://www.casosvicaria.cl/temporada-dos/las-armas-de-carrizal-yunque-o-martillo/>
  - La victoria de la CNI sobre el MIR  
<http://www.casosvicaria.cl/temporada-uno/la-victoria-de-la-cni-sobre-el-mir/>
  - Luciano cruz: su vida y su ejemplo.  
<http://www.archivochile.com/Homenajes/luciano/luciano0001.pdf>

- Las imperdonable  
<http://www.casosvicaria.cl/temporada-uno/las-impredonables/>
- Los que retornaron para luchar. Punto Final N° 551  
<http://www.puntofina.cl/550/neltume.htm>
- Memorias para construir la paz (cronología). Sala virtual Vicaría de la Solidaridad.  
[http://www.archivovicaria.cl/cronologia\\_01.htm](http://www.archivovicaria.cl/cronologia_01.htm)
- Miguel Enríquez Espinoza  
[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_E/enriquez%20miguel.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_E/enriquez%20miguel.htm)
- Nelson Gutiérrez Yañez  
[http://www.archivochile.com/Memorial/caidos\\_mir/G/gutierrez\\_yanez\\_nelson.pdf](http://www.archivochile.com/Memorial/caidos_mir/G/gutierrez_yanez_nelson.pdf)
- Nelson Eric Garrido  
[http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados\\_G/Garrido%20Cabrera%20Nelson%20Eric%20.htm](http://www.memoriaviva.com/Ejecutados/Ejecutados_G/Garrido%20Cabrera%20Nelson%20Eric%20.htm)
- Operación Albania  
[http://www.archivochile.com/Derechos\\_humanos/albania/ddhh\\_albania\\_0001.pdf](http://www.archivochile.com/Derechos_humanos/albania/ddhh_albania_0001.pdf)
- Orientaciones para el trabajo de la JAP  
[http://www.archivochile.com/S\\_Allende\\_UP/doc\\_gob\\_de\\_sa/SAgobde0040.pdf](http://www.archivochile.com/S_Allende_UP/doc_gob_de_sa/SAgobde0040.pdf)
- PC: Biografía Gladys Marín  
<http://www.pcchile.cl/?p=437>
- Un enigma llamado Faviola  
<http://www.casosvicaria.cl/temporada-dos/un-enigma-llamado-fabiola/>

### Revisión de prensa:

- La Tercera. Santiago, Chile, 21 de junio de 1984.
- La Tercera. Santiago, Chile, 6 de julio de 1986
- La Tercera. Santiago, Chile, 12 de agosto de 1986.
- La Tercera. Santiago, Chile, 13 de agosto de 1986.
- El Mercurio. Santiago, Chile, 7 de julio de 1986.
- El Mercurio. Santiago, Chile, 3 de mayo de 1986.



- El Mercurio. Santiago, Chile, 8 de septiembre de 1986.
- El Mercurio. Santiago, Chile, 3 de febrero de 1988
- La Segunda, Santiago, Chile, 7 de mayo de 1986.
- La Segunda, Santiago, Chile, 9 de septiembre de 1986
- La Segunda, Santiago, Chile, 9 de febrero de
- La Segunda, Santiago, Chile, 1 de febrero de 1988
- La Nación, Santiago, Chile, 12 de agosto de 1986
- Punto Final N° 551, 2003
- Punto Final N° 713, 2010
- Revista Hoy, 14 al 20 de julio de 1986
- Revista Hoy, 21 al 27 de julio de 1986

**Apoyo audiovisual:**

- Aguiló, M. Documental *El edificio de los chilenos*, 2010.
- Azócar, P. Serie *Guerrilleros* CHV, 2014.
- Castillo, C. Documental *Calle Santa Fe*, 2007.



Prof. Raúl Rodríguez O.  
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Historias de Clandestinidad (Chile, 1973-1992)" de la estudiante **Sofía Tupper C.**, en la categoría Crónica Periodística:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 <b>Pertinencia y perspectiva</b>	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2 <b>Reporteo y técnicas periodísticas</b>	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3 <b>Estructura</b>	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4 <b>Narrativa y estilo</b>	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	
1.2	7,0	
1.3	7,0	
1.4	7,0	
<b>Nota Final</b>		<b>7,0</b>

## COMENTARIO

La investigación que aquí informo es una gran investigación periodística en clave de crónica. Se valora el sentido ético, histórico y la perspectiva de derecho que cruza cada uno de los relatos de vida que aquí se despliegan con una fuerza necesaria para ir reconstruyendo la historia no escrita de Chile. Considero que se trata de un notable trabajo, muy bien escrito y estructurado. Es una



crónica de época, donde los objetivos planteados al comienzo de este proyecto se cumplieron a cabalidad.

Sofía Tupper logra momentos de gran nivel estilístico, donde la historia siempre es protagonista y ella, en un plano suspendido, logra plasmar un punto de vista, una posición ideológica que da cuenta de un recorrido de madurez por el periodismo. Por tanto, insto a la memorista a publicar este texto, a seguir investigando en la historia de Chile que da cuenta de cotidianidades pocas veces registradas en un país que desanda caminos democráticos de tanto en tanto. Estas historias deben leerse y Sofía Tupper, en ese recorrido que ha hecho, reflexionar sobre los futuros que envuelven estas páginas teñidas de un presente trágico.

Por todo lo anterior, califico esta memoria con un 7,0 (siete)

Atentamente,

**Ximena Póo Figueroa**  
Nombre profesora/a

Santiago, 20 de abril de 2016



Prof. Raúl Rodríguez O.  
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Historias de Clandestinidad (Chile, 1973-1992)" de la estudiante **Sofía Tupper C.**, en la categoría Crónica Periodística:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 <b>Pertinencia y perspectiva</b>	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2 <b>Reporteo y técnicas periodísticas</b>	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3 <b>Estructura</b>	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4 <b>Narrativa y estilo</b>	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

1.1	6,0
1.2	6,0
1.3	6,3
1.4	6,0
<b>Nota Final</b>	<b>6,1</b>

### COMENTARIO

Las historias personales de la clandestinidad, aunque no un tema tan novedoso, no ha sido tratado mayormente desde un ángulo íntimo, sino más bien político, por lo que esta memoria es un aporte a la comprensión de nuestra historia reciente – lo que significó el sacrificio de la clandestinidad para muchas personas y familias.

Fue un logro contar con los testimonios de personas que han sido hasta ahora muy reacias a dar a conocer sus historias (al menos sé que es el caso de las primeras tres). Por ese lado, es un acierto periodístico. Sin embargo, a pesar de ser "personajes" interesantes e incluso, en caso de "Fabiola", enigmáticos, no siempre resultan ser los sujetos adecuados para una crónica de esta naturaleza.



Ahí radica una de mis principales observaciones: En los primeros dos capítulos – sobre Fabiola y Hernán Aguiló, falta intimidad, cercanía con el sujeto. Son relatos operativos, de respuestas lógicas y políticas, pero poco emocionales. No se logra captar la humanidad detrás de la persona entrevistada. Esto se logra mucho mejor en los últimos dos capítulos y debo suponer que se debe a que los primeros dos han construido su defensa política y personal y no permitieron fluir sus sentimientos y experiencias vitales.

En el caso de Fabiola, por ejemplo, no denota ninguna reacción emocional ni da luces sobre sus sentimientos o procesos internos mientras pasaban cosas significativas en su vida, como, por ejemplo, cuando debió dejar sus estudios universitarios, cuando le impuso a su madre ser ayudista sin consultarle y ella debió partir al exilio por ello durante muchos años, cuando iba a operar y suponía que iba a morir, cuando asesinaron a Cecilia Magni, su gran amiga, ¿qué sintió, qué pensó? Sus respuestas son breves y lógicas, carentes de sentimiento.

Hernán Aguiló admite que la relación con su hija Macarena recién se compuso cuando ella hizo el documental, pero tampoco aborda cómo se sintió con las decisiones que tomó a lo largo de su vida política – ¿qué le significó? ¿Cómo se sintió en cada etapa? ¿Qué cosas dejó atrás o sacrificó?

El hecho de que Fabiola y Aguiló sean así puede deberse en parte a sus personalidades pero también puede ser el resultado mismo de la experiencia de militancia y clandestinidad, y eso sería bueno remarcar – cómo han construido sus murallas justamente como producto de esa experiencia. De otra manera, quedan muy desbalanceados los primeros dos relatos con los dos siguientes.

En los cuatro casos hubiera sido positivo retratarlos más – su personalidad, descripción física, actitudes, cómo era su ambiente, para imaginarlos más.

También agregaría valor entrevistar a sus familiares o cercanos – ¿qué sintieron la hija de Aguiló, los hijos de Fabiola, los padres de Raquel, los familiares de Marta? ¿Cómo les impactó la vida clandestina? ¿Lo entendieron, apoyaron? ¿Se desentendieron, los rechazaron? ¿Están resentidos, los aceptan? ¿Qué les significó para sus vidas? Es un ámbito interesante de explorar si existe la intención de seguir trabajando con este tema, ya que las historias de la clandestinidad, como las del exilio, la desaparición y la prisión política, repercuten en toda la órbita familiar y social.

Aunque está claro que son historias personales, falta un poco más de contexto – no tanto que pueda opacar el carácter testimonial de la crónica, pero sí requiere algunas explicaciones. Por ejemplo, en el capítulo sobre Fabiola, explicar un poco más el nacimiento y justificación del FPMR y el contexto en el que se inserta Fabiola (creación



de grupos operativos), el contexto nacional en las distintas etapas y lo que pasaba al interior de la misma organización.

Es deficiente la explicación sobre el giro en la política del Partido Comunista. En el texto se atribuye a los cambios en la URSS y el bloque soviético, la falta de recursos y apoyo político desde el exterior, pero no se menciona en absoluto la política doméstica – pasaban cosas en Chile que también influyeron en el giro del PC, y no sólo tenía que ver con la falta de recursos materiales y apoyo político de la URSS.

En el caso de Marta, también explicar las etapas en que estaba el PC. Se da por sentado algunos contextos, y se mencionan decisiones sin explicación: por ejemplo – ¿por qué se fue a Alemania? ¿Por el ambiente de represión general o algo particular que le afectó a ella y que llevó al partido decidir que se fuera?

No hay que temer contrastar sus testimonios con otras lecturas o informaciones que puedan contradecirlos. Se relatan historias épicas, románticas, sacrificadas, heroicas, pero sin errores – pero errores hubo muchos. La misma Marta menciona algunas situaciones que fueron claramente problemas de seguridad e irresponsabilidades, pero los cuenta como si fueran una gracia.

Aguiló ha sido sindicado por muchos miristas como el responsable del fiasco en Neltume, de enviarlos a una misión suicida, sin las condiciones mínimas y sin el respaldo necesario. Es una deuda que Aguiló aún no admite y debe ser un tema que le pesa - hubiera sido interesante que respondiera sobre ello.

En el caso del FPMR y Fabiola, el asesinato de Jaime Guzmán fue un gran hito que sacudió al FPMR e hizo que se profundizara aún más su crisis interna, y eso sin duda la marcó, pero ni siquiera es mencionado. ¿En qué estaba Fabiola, qué pensó de eso?

Por otra parte, no es correcto identificar a Fabiola como "comandante Fabiola" (aparece así en la introducción y en el epílogo) – eso denota una superioridad jerárquica que ella no tuvo y ni ella ni el FPMR jamás la designó de esa manera.

En cuanto a la redacción y la narrativa:

Es una redacción fluida y se torna más amena y creativa con los últimos dos capítulos. Ahí está mucho mejor logrado, denotando la importancia de la selección del sujeto entrevistado y la naturaleza de las entrevistas.

Hay problemas gramaticales persistentes (construcción de oraciones, uso de coma, falta de acentos) y errores ortográficos (revelar en vez de rebelar, votar en vez de botar, basto en vez de vasto, por ejemplo).



Hay algunos descuidos y desorden narrativo:

Se saltan palabras;

Se repiten las notas al pie sobre Carrizal y sobre Mauricio Arenas;

Se habla de la desaparición de Jorge Muñoz y cómo los abogados lo buscan pero algunas hojas más adelante se relata cómo Marta le rindió cuentas sobre su encuentro con Gladys (se suponía que ya estaba desaparecido, según el relato cronológico);

Se menciona cómo llegó un telegrama anunciando la muerte de la madre de Marta en 1989 (p. 243) cuando se dijo que la madre murió al año de haberse ido al exilio, mucho antes;

Se habla de cómo Marta hizo campaña para el candidato Anselmo Sule (para diputado) pero según el relato cronológico aún no se llegaba al plebiscito de 1988. Es decir, esa campaña tendría que haber sido durante 1989 y correspondía mencionarlo más adelante.

Hay errores puntuales de hechos y situaciones:

Carrizal fue en 1986 (el texto dice 1985);

El nombre de Julio Oliva (aparece como Olivia);

El FMLN de El Salvador se nombra como "Frente Salvadoreño para la Liberación Nacional", cuando es Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional;

Gustavo Laigh (es Leigh);

Es Miguel Enríquez, sin H;

La revolución cubana triunfó el 1 de enero, no el día 8.

La población se llama José María Caro (no María Caro, p. 245);

Se usa la palabra "meeting". Creo que se refiere a mitin.

En 1976 operaba la DINA, no la CNI (en relación a la persecución al PC).

Estas observaciones se hacen con la intención de mejorar un trabajo que ya es bueno, y que valdría la pena seguir desarrollando.

Atentamente,

Nombre profesor/a

Santiago, 07 de abril de 2016



Prof. Raúl Rodríguez O.  
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Universidad de Chile  
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Historias de clandestinidad (Chile, 1973-1992)" de la estudiante **Sofía Tupper** en la categoría Crónica Periodística:

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 <b>Pertinencia y perspectiva</b>	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2 <b>Reporteo y técnicas periodísticas</b>	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3 <b>Estructura</b>	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4 <b>Narrativa y estilo</b>	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0-6.5; Muy Bueno 6.4-6.0; Bueno 5.9-5.0; Aceptable 4.9-4.0; Deficiente 3.9- 3.0

Ítem	Nota	Valor
1.1	6,5	0,65
1.2	6	2,1
1.3	5,5	1,375
1.4	5,5	1,65
<b>NOTA FINAL</b>		<b>5,8</b>





## COMENTARIO

El tema escogido es interesante. En efecto, las labores político-militares clandestinas de la izquierda chilena es un capítulo de la dictadura que aún ha sido poco abordado. Ello se debe, probablemente, a que desde un punto de vista político esa izquierda más radical fue una de las grandes perdedoras en la posterior transición (tanto respecto a su peso político como a la falta de reconocimiento de sus acciones).

Respecto a la selección de los cuatro casos ellos mantienen un buen equilibrio entre ese mundo de la izquierda, contando con representantes de las principales agrupaciones. Sin embargo, uno se pregunta por qué escogió a esos personajes y no a otros. ¿Hasta qué punto sus historias son representativas de ese mundo? ¿Escogió estos casos porque fueron a los que tuvo acceso no más?

Hay dos puntos en los que este interesante trabajo flaquea. El primero es que, al basarse principalmente en los propios testimonios de los protagonistas, el trabajo no logra profundizar más en el actuar y la psicología de estos actores. En este sentido, diría que faltó reporteo adicional, por ejemplo, a compañeros de la época, a familiares, etc. Además, la autora tiende a empatizar en demasía con sus entrevistados, cuestionando poco o nada de lo que afirman. Así, por ejemplo, Hernán Aguiló jamás es cuestionado por su papel en el tremendo fracaso, que costó la vida de muchos militantes del MIR, de la guerrilla de Neltume.

El segundo punto es que falta más contextualización política de la época. La autora hace esfuerzos por incorporar algo de esto, pero a mi juicio equivoca el camino al ponerlo como Notas al Pie y no incorporarlo al texto principal. También aquí faltó hacer un análisis más exhaustivo de la prensa de la época, que podría haberle arrojado a la autora —y, por ende, a los lectores— una mayor comprensión de los actos de los protagonistas.

En general, la redacción es fluida y sólida. Pero la autora comete una serie de errores ortográficos; en especial, tiende a confundir en muchas ocasiones la "v" con la "b" (ejemplo: confusión entre revelar y rebelar, votar y botar, etc.).

Dicho esto, el esfuerzo por arrojar luz a un capítulo y a protagonistas de la historia reciente chilena que, hasta ahora, han sido enterrados en el baúl de la vergüenza, es un buen paso periodístico.

Atentamente,

  
Profesor Víctor Barrio A.

Santiago, 19 de abril de 2016